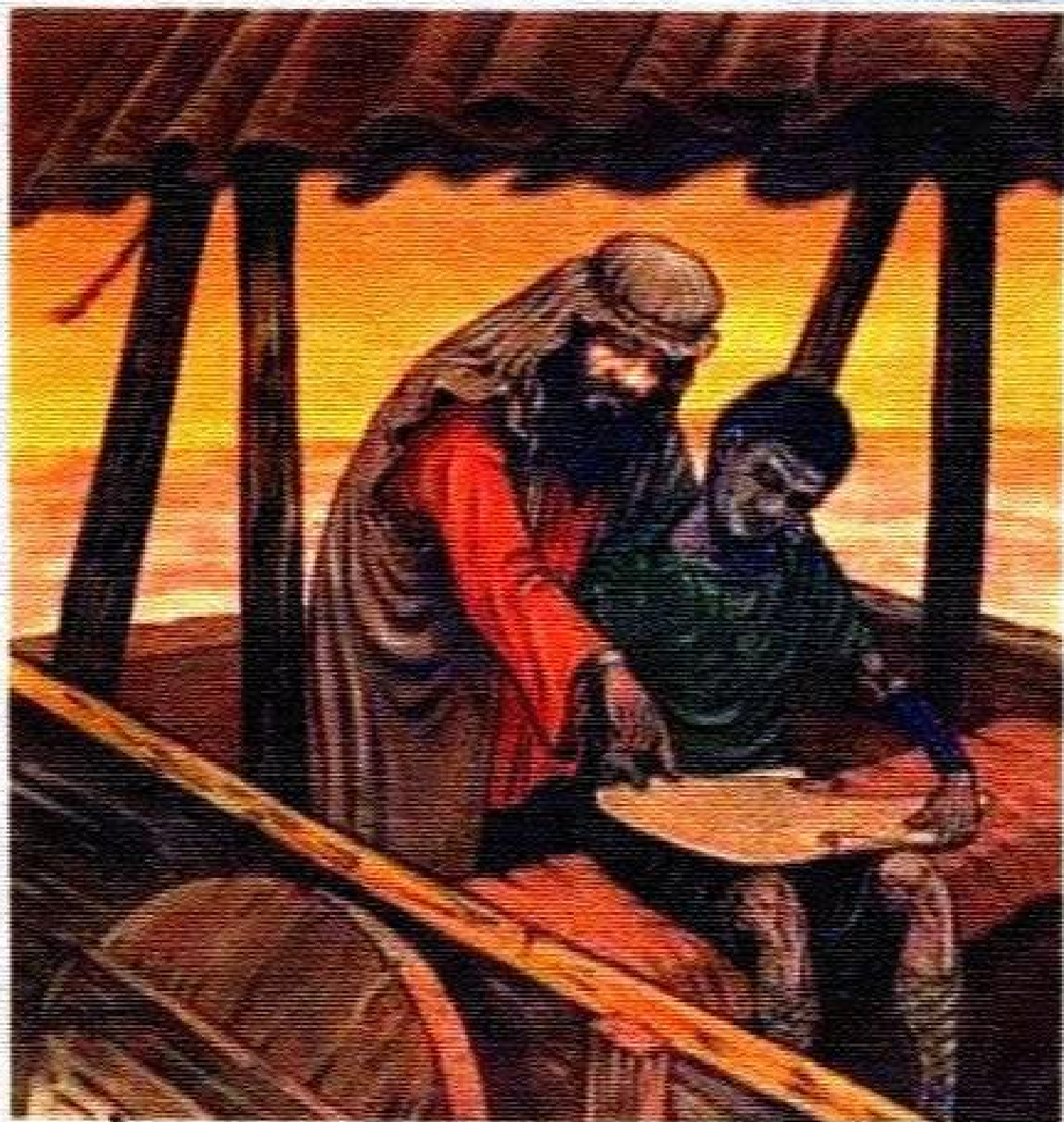


FENÓMENOS DE "TRANSPORTE"



Ernesto Bozzano

RISD

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

FENÓMENOS DE TRANSPORTE

ERNESTO BOZZANO



Prefacio

Introducción

CATEGORIA I

Transportes a petición o en los que se encuentran
modalidades de
producción que excluyen toda posibilidad de fraude

CATEGORIA II

Fenómenos obtenidos a plena luz

Conclusiones

Nota Final

*

INICIO

Ernesto Bozzano fue uno de los más eruditos sabios de los últimos tiempos. Nacido en Savona, provincia de Génova, Italia, en el año de 1861, vino a desencarnar en Génova, el día 7 de julio de 1943.

Dado su inusitado interés por el estudio del Espiritismo, a cuyo afán dedicó la mitad de su proficua existencia de 81 años, mereció el apodo de Gran Maestro de la Ciencia del Alma. Trabajando 14 horas diarias, durante cincuenta y dos años, elaboró un estudio que, si fuese compilado en un libro de tamaño mediano, resultaría en un volumen de 15.000 páginas. Para llevar a cabo sus estudios contó con el concurso valioso de 76 médiums, habiendo además dejado nueve monografías inconclusas.

Con tan solo 16 años de edad, Bozzano ya se interesaba por temas que abarcaban estudios filosóficos, psicológicos, astronómicos, ciencias naturales y paleontológicas. Además, desde su juventud sentía inusitada atracción hacia los problemas de la personalidad humana, principalmente los que conducían a las causas de los sufrimientos, la finalidad y la razón de la vida humana.

Su nombre alcanzó notable proyección internacional, habiendo sido elegido Presidente de Honor del V Congreso Espírita Internacional, llevado a cabo en Barcelona, España, del 1 al 10 de septiembre de 1934. Según noticia estampada en el famoso diario inglés *Two Worlds*, en su edición de mayo de 1939, los espíritas británicos le ofrecieron bellísima medalla de oro, en la cual aparecía en una de sus caras una figura simbólica sosteniendo una corona de laurel en la mano derecha, con la divisa latina *Aspera ad Astra* y, en la otra cara una dedicatoria cuya traducción es la siguiente: Al Gran Maestro de la Ciencia del Alma, Ernesto Bozzano, que abrió nuevos horizontes a la humanidad sufriente, sus amigos y admiradores.

Bozzano fue intransigente defensor del Espiritismo, habiendo asumido incumbencia de tal relevancia, tras haberlo estudiado minuciosamente.

En una época en que el Positivismo de Augusto Comte encandilaba a muchas conciencias, Bozzano pasó a engrosar sus

filas, demostrando nítida inclinación hacia todas las ramas del saber humano y entregándose resueltamente al estudio de las obras de los grandes filósofos de todas las épocas. De los postulados positivistas gravitó hacia una forma intransigente de materialismo, lo cual le condujo a proclamar, más tarde: Fui un positivista-materialista hasta tal punto convencido, que me parecía imposible que pudiese haber personas cultas, dotadas normalmente de sentido común, que pudieran creer en la existencia y supervivencia del alma.

En los idos de 1891, recibió del profesor Ribot, director de la Revista Filosófica, la información sobre el lanzamiento de la Revista Anales de las Ciencias Psíquicas, dirigida por el Dr. Darioux, bajo el patrocinio de Charles Richet. Su opinión inicial sobre esa publicación fue la peor posible, dada la circunstancia de considerar un verdadero escándalo el hecho de que representantes de la Ciencia oficial tomasen en serio la posibilidad de la transmisión del pensamiento entre personas que viven en continentes diferentes, la aparición de fantasmas y la existencia de las llamadas casas embrujadas.

En esa misma época, el profesor Rosenbach, de S. Petersburgo (actual Leningrado), publicó un violento artículo en la Revista Filosófica, situándose en posición antagónica a la introducción de ese nuevo misticismo en el dominio de la psicología oficial. En la edición subsiguiente, el Dr. Charles Richet refutó, punto por punto, las afirmaciones de Rosenbach, que reputaba erróneas, mostrando en seguida sus conclusiones lógicas sobre la materia. Ese artículo del sabio francés tuvo el mérito de disminuir las dudas de Bozzano.

Los últimos residuos de esa duda fueron completamente destruidos en la mente de Bozzano, cuando hubo leído el libro Fantasmas de Vivos, de autoría de Gurney, Podmore y Myers. Las dudas que alimentaba acerca de los Fenómenos telepáticos quedaron así completamente eliminadas. En adelante se dedicó con ahínco y verdadero fervor al estudio profundo de los fenómenos espíritas, haciéndolo a través de las obras de Allan Kardec, Leon Denis, Gabriel Delanne, Paul Gibier, William Crookes, Russell Wallace, Du Prel, Alexander Aksakof y otros.

Como medida inicial para un estudio más profundo, Bozzano organizó un grupo experimental, del que participaron el Dr.

Giuseppe Venzano, Luigi Vassalo y los profesores Enrique Morselli y Francesco Porro de la Universidad de Génova.

En el transcurso de cinco años consecutivos, gracias al intenso trabajo desarrollado, ese pequeño grupo proporcionó vasto material a la prensa italiana y, traspasando las fronteras de la península, llegó a varios países, pues, prácticamente se había objetivado la realización de casi todos los fenómenos, culminando con la materialización de seis Espíritus, de forma bastante visible, y con la más rígida comprobación.

Su primer artículo se tituló Espiritualismo y Crítica Científica, pero el sabio pasó cerca de nueve años estudiando, comparando y analizando, antes de publicar sus ideas. Polemista de vastos recursos sostuvo cuatro acérrimas e importantes polémicas con detractores del Espiritismo. A fin de pulverizar una obra de ataque, publicada en aquella época, hizo editar un libro de doscientas páginas, que llevó por título En Defensa del Espiritismo.

La primera obra por él publicada, con el propósito de sostener la tesis espírita fue Hipótesis Espírita y la Teoría Científica, a la cual siguieron otras no menos importantes: De los Casos de Identificación Espírita, de los Fenómenos Premonitorios, y La Primera Manifestación de Voz Directa en Italia.

Las siguientes obras de Bozzano fueron traducidas al portugués: Animismo o Espiritismo, Pensamiento y Voluntad, Los Enigmas de la Psicometría, Metapsíquica Humana, La Crisis de la Muerte, Xenoglosia, Fenómenos Psíquicos en el Momento de la Muerte y Fenómenos de Transporte.

Su dedicación al trabajo hizo que el gran sabio italiano se convirtiese de derecho y de hecho en uno de los más sobresalientes investigadores de los fenómenos espíritas, imponiéndose por la proyección de su nombre y por el acendrado amor que dedicó a la causa que había abrazado y defendido con todas las fuerzas de su convicción inquebrantable.

Un hecho nuevo vino a contribuir al robustecimiento de su creencia en el Espiritismo. La desencarnación de su madre, en julio de 1912, sirvió de puente para la demostración de la supervivencia del alma; Bozzano realizaba en esa época sesiones semanales con un reducido grupo de amigos y con la participación de una famosa médium. Realizando una sesión en la fecha en que se conmemoraba el transcurso del primer aniversario de la desencarnación de su progenitora, la médium escribió unas

palabras en un trozo de papel, que después de leídas por Bozzano lo dejaron asombrado. Allí estaban escritos los dos últimos versos del epitafio que aquel mismo día él había dejado en el túmulo de su madre.

Durante los años de 1906 y 1939, Bozzano colaboró intensamente en la Revista espírita Luce e Ombra, escribiendo además centenas de artículos para Revistas del género, que se publicaban en Italia, Francia, Inglaterra y otros países.

Prefacio

Ernesto Bozzano es todavía, sin la menor duda, la mayor expresión espírita en los días que corren. Fallecido ya hace algunos años, el gran maestro italiano continúa siendo el autor citado en la literatura espírita contemporánea en el campo de la fenomenología. Es cierto que ninguno de los grandes autores espíritas, desde Croques a Bozzano, desde Flammarion a Geley, ha destruido el cimiento de la obra de Allan Kardec. Terminología nueva, interpretaciones más desarrolladas hasta cierto punto, esto es lo que se viene notando, después de Kardec, incluso porque toda rama del conocimiento se enriquece con la marcha de los años. En el fondo, no obstante, en lo que concierne a los principios generales del Espiritismo, ningún Autor, de la Tierra o del Más Allá, ha sobrepujado la codificación de Kardec.

Ernesto Bozzano aportó inestimable contribución a la ciencia espírita. Basta decir que los trabajos de Bozzano son siempre una fuente universal. No se puede actualmente discutir la ciencia espírita, sin, después de conocer la obra de Kardec, citar a Bozzano. Sus libros están considerados como clásicos en materia espírita.

FENÓMENOS DE TRANSPORTE es, como los demás libros del gran profesor italiano, un trabajo esencialmente científico. Lo dice, por cierto, el propio título, porque el fenómeno, como se sabe, es el objeto, la razón de ser de la ciencia espírita. Sin el fenómeno no habría ciencia espírita, no tendríamos el Espiritismo, aunque el Espiritismo (cuerpo de doctrina) no sea solamente el fenómeno. El fenómeno de transporte es uno de los más objetivos, más característicos de todos los fenómenos del más allá. Bozzano

estudió la cuestión a través de largos años de experimentación, lo cual le da autoridad científica. En sus muchas páginas cita una serie de acontecimientos, todos ellos documentados, comprobados, capaces de hacer frente a la más exigente crítica, a la más rigurosa. Consta en el libro, como cierre, por cierto, bastante apropiado, el fragmento de una carta del Dr. Charles Richet, nombre consagrado mundialmente en los medios científicos como médico famoso y profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de París, relatando un interesante caso de transporte sucedido en Buenos Aires, Argentina, en el año de 1891, que le fue comunicado por el propio protagonista, el vizconde Saúl de Vitray.

Ahora algunas palabras sobre el traductor de este libro. No sería justo hablar sobre la obra de Ernesto Bozzano y no decir, por cierto sin favor ni lisonja, que se debe al Dr. Francisco Klors Werneck la divulgación, en lengua portuguesa, de la mayor parte de la bibliografía del glorioso experimentador italiano y de otros autores ilustres de Europa. En materia de traducción, nadie ha sobrepasado el trabajo de Francisco Klors Werneck en Brasil, durante estos últimos años. Muchos espíritas, no obstante, no tienen conocimiento del gran servicio que este cofrade ha prestado y viene prestando a la causa del Espiritismo en el Brasil, con sus ya numerosas traducciones.

La traducción de FENÓMENOS DE TRANSPORTE del Prof. Ernesto Bozzano, es un nuevo ejemplo.

Se trata, en suma, de un libro muy curioso e interesante, que debe ser leído por todos los adeptos al Espiritismo.

Deolindo Amorim

Introducción

Recorriendo los numerosos resúmenes, con sus relativos comentarios y observaciones, hechos en Italia y en el extranjero, acerca de nuestras experiencias en Millesimo, he tenido ocasión de observar, de modo general, que las manifestaciones supra normales que parecían más dudosas a muchos escépticos, no eran las voces directas sino los fenómenos de transportes (1) y no

desde el punto de vista particular de los casos por nosotros obtenidos, sino del genérico y teórico de la presupuesta inverosimilitud científica del fenómeno en sí, combinada con la ausencia de buenas pruebas en tal ramo de las manifestaciones metapsíquicas. Y lo que más me impresionó fue la circunstancia de que, entre los que se declaraban teóricamente incrédulos, se encontraban eminentes personalidades científicas pertenecientes al movimiento metapsíquico, personalidades que, desde hacía mucho, se habían adherido a la interpretación espiritista de muchas manifestaciones mediúmnicas.

Era pues, natural que las observaciones expuestas me llevasen a reflexionar sobre las causas que determinaban tal estado de incipiente escepticismo en torno a la existencia real de una categoría de fenómenos supra normales que, lejos de ser raros, eran asaz frecuentes en la casuística metapsíquica, fenómenos que investigué durante un decenio con dos médiums privados notables, obteniendo, personalmente, absoluta certeza de su realidad.

Pues bien, yo verifiqué que la causa única de este persistente escepticismo en relación a los casos de transporte residía en el hecho de que nadie jamás había pensado en recogerlos, clasificarlos y analizarlos en una monografía especial, pues, aunque existían numerosos casos del género, obtenidos en condiciones de manifestación inobjetable, se hallaban de tal forma dispersos en libros y Revistas que permanecían ignorados para la gran mayoría de los cultores de las pesquisas psíquicas.

Fueron esas consideraciones lo que me indujo a publicar una primera monografía de ensayo sobre los Fenomeni di apporto ed asporto, de la cual quedasen excluidos – y esto con el objeto de eliminar todas las posibilidades de fraude – todos los casos obtenidos en plena oscuridad, con excepción de aquellos en que los objetos transportados hubiesen sido pedidos y designados, en el momento, por los experimentadores o que, por otros motivos bien definidos, excluyesen igualmente toda práctica fraudulenta, casos todos que reuní en la primera categoría de los fenómenos en examen, para después pasar a una segunda categoría en que estuviesen contenidos los casos de transporte obtenidos con plena luz.

Me satisface esta rigurosa limitación de casos obtenidos en condiciones de excluir cualquier sospecha de fraude, sospecha

difícilmente eliminable en los casos conseguidos en plena oscuridad sin las condiciones expuestas; me satisface, repito, porque así procediendo, deberé llegar a vencer la perplejidad de algunos eminentes hombres de ciencia, especialmente de los representantes de las ciencias físicas, los cuales, calculando la enorme cantidad de energía necesaria para la obtención de los fenómenos de la desintegración molecular de un objeto cualquiera, consideraban imposible que tal suma de energía pudiese ser aportada por los médiums, sin reflexionar que aquí no se trata de energía física, sino de energía psíquica, cuya potencialidad todos nosotros ignoramos; no obstante, deseando ayudar a comprender, recurriendo a pruebas por analogía, entonces habremos de reconocer que, si la Voluntad es capaz de crear casi instantáneamente un fantasma materializado, perfectamente organizado y vivo, de esto resulta que no es el caso de asombrarnos si la misma Voluntad llega a rápidamente desintegrar un objeto en sus elementos moleculares para, en seguida, reintegrarlo instantáneamente en otra casa. El primer milagro parece bastante más asombroso que el segundo.

Por ahora no formularé otras consideraciones teóricas al respecto; pero antes de pasar a la exposición de los fenómenos de transporte propiamente dichos, considero oportuno resumir, de modo breve, algunos de entre los más notables episodios del fenómeno de penetración de la materia a través de la materia, episodios que intrínsecamente se muestran idénticos a los transportes y de ellos difieren tan solo en la modalidad con que se manifiestan.

Siendo así, de esto resulta que tal categoría de fenómenos se hará instructiva en nuestro caso, por cuanto parece indicadísima para predisponer el ánimo de profanos e incrédulos para acoger a la otra categoría afín de los fenómenos de transportes. Y, para empezar, recordaré el clásico episodio narrado por William Crookes en la descripción de sus propias experiencias con el médium Daniel Dunglas Home. Escribe él:

El segundo caso, que voy a narrar, se verificó a plena luz, en una noche de domingo, y en presencia del Sr. Home y de algunos miembros de mi familia, solamente. Mi esposa y yo habíamos pasado el día en el campo y de allí había traído ella algunas flores que habíamos recogido. Llegados a nuestra casa, las entregamos a la criada para que las pusiera en agua. El Sr. Home llegó luego

después y todos nosotros nos dirigimos al comedor. Cuando nos sentamos, la criada trajo las flores que había puesto en un jarrón y yo lo coloqué en medio de la mesa, cuyo mantel había sido retirado. Era la primera vez que el Sr. Home veía tales flores.

Después de obtenidas varias manifestaciones, la charla derivó hacia varios hechos que parecían no poder explicarse más que admitiendo que la materia pudiese realmente pasar a través de una sustancia sólida. A propósito de esto, la siguiente comunicación nos fue dada alfabéticamente: Es imposible que la materia pase a través de la materia, pero vamos a demostrar lo que podemos hacer.

Esperamos en silencio. Una aparición luminosa fue vista enseguida pairando sobre el búcaro de flores, después, a la vista de todos, un ramito de hierba de la China, con 15 pulgadas de largo que adornaba el centro del búcaro, se elevó lentamente de entre las flores y en seguida descendió sobre la mesa, frente al jarrón, entre éste y el Sr. Home. Al llegar a la mesa el ramito no se detuvo, sino que la atravesó en línea recta y todos nosotros lo vimos muy bien hasta que pasó enteramente.

Luego después de la desaparición del ramito, mi esposa, que estaba sentada al lado del Sr. Home, vio, entre ella y Home, una extraña mano que venía de debajo de la mesa y que sujetaba el ramito de hierba, con el cual le golpeó tres veces en los hombros, con un ruido que todos oyeron. Después lo depositó en el suelo y desapareció. Tan solo dos personas vieron la mano, pero todos los asistentes percibieron el movimiento del ramito. Mientras esto ocurría, todos nosotros podíamos ver las manos del Sr. Home puestas tranquilamente sobre la mesa que estaba ante él. El lugar en que la hierba desapareció estaba a 18 pulgadas de donde él tenía puestas las manos. La mesa era una de las de comedor, con muelles, que se abría con un tornillo. No era elástica y la unión de las dos partes formaba una estrecha rendija en el medio; pues fue a través de esa rendija por donde pasó la hierba y al medirla encontré que tenía tan solo $1/8$ de pulgada de ancho. El ramito de la hierba era demasiado grueso para que pudiese pasar a través de la rendija sin romperse y, sin embargo, lo habíamos visto pasar por allí, sin dificultad, dulcemente, y examinándolo a continuación no presentaba la más ligera marca de presión o de arañazo (William Crookes; Expériences sur la force psychique, pág. 171 de la edición francesa).

Hemos visto, en el caso expuesto, que la personalidad mediúmnica operante había dicho que era imposible pasar la materia a través de la materia; no obstante, como después la misma entidad había producido un fenómeno que demostraba prácticamente lo contrario, debe entenderse que, con tal afirmativa, había querido referirse a la penetración de la materia sólida a través de otra materia sólida, al igual que, en igual tiempo, demostró, con hechos, cómo era posible hacer pasar a través de la materia sólida otra materia desintegrada en estado molecular o fluídico.

*

Con referencia a las clásicas experiencias del género en examen, no puedo dejar de tratar las famosas experiencias del prof. Zollner con el médium Slade, en el año de 1877, juntamente con los profesores Veber y Fechner, experiencias por él predisuestas con modalidades de manifestaciones no comunes.

Él había preparado cuatro tiras con 148 centímetros de largo y 1 milímetro de diámetro cuyas extremidades reunió, ató y cuidadosamente lacró. En el momento de servirse de ellas tomó una y la colocó alrededor del cuello y, como los experimentadores se encontrasen a plena luz, él no perdió de vista las extremidades de las tiras en que se hallaban los nudos lacrados. Tras algunos instantes, sin que el médium Slade tocase las tiras, se habían practicado cuatro nudos en una de ellas. En otra experiencia, el prof. Zollner empleó tiras planas de cuero, las dispuso sobre una tabla de madera uniéndolas por las puntas y lacrándolas, llegando de este modo a formar círculos concéntricos de 5 a 10 centímetros de diámetro. A continuación colocó sobre éstas sus propias manos; y bien pronto percibió un soplo frío y también que las tiras se movían bajo sus manos, mientras las manos del médium se encontraban a 30 centímetros de distancia y permanecían inmóviles. Tres minutos más tarde Zollner retiró las manos y verificó que las tiras de cuero estaban entrelazadas unas con otras, habiéndose practicado en ellas cuatro nudos.

Una tercera experiencia fue llevada a cabo con una cuerda de violín, en la cual él introdujo dos argollas de madera y una tercera argolla hecha de tripa, teniendo los tres anillos el mismo peso. Después ató las dos puntas de la cuerda de violín y las lacró.

Pocos minutos más tarde percibieron un ligero olor a quemado y, al mismo tiempo, escucharon el ruido como de dos anillos de madera que chocasen entre sí. Miraron hacia ese lugar y vieron las dos argollas de madera, que cerca de tres minutos antes estaban sujetas a la cuerda del violín, introducidas en la pata de la mesita. Naturalmente, la penetración no podía efectuarse de modo normal, ni por la parte del disco de la mesita, ni por la parte de los tres pies en que terminaba la única pata central de la mesita. Aparte de esto, en la cuerda del violín se habían practicado dos nudos flojos y el anillo de tripa había penetrado en ellos.

Ninguna duda ofrece que, desde un punto de vista estrictamente lógico, las varias experiencias referidas anteriormente, hechas a plena luz, con rigor científico y en presencia de tres hombres de ciencia, deberían por sí solas bastar para probar la existencia real de los fenómenos de penetración de la materia a través de la materia. Sin embargo, si esto es verdad desde un punto de vista estrictamente racional, no es así en la práctica, toda vez que el criterio de la razón se halla en presencia de manifestaciones que se muestran en franco contraste con las concepciones que la humanidad viene formando en torno a las leyes de la naturaleza (concepciones siempre parciales y provisionales, pero constantemente consideradas como definitivas) y entonces se verifica que el criterio humano repele muchas veces lo que es incapaz de asimilar o exige la reiteración, bajo múltiples formas, de las manifestaciones producidas, antes de rendirse a la evidencia.

Y no puede negarse que, si la primera forma de acogida – la de repeler lo que es nuevo – es deplorable, la segunda, en cambio, parece legítima e indispensable para el recto desarrollo del saber humano, que se funda en la experiencia. En suma, si personalmente es lícito que sea lógico conceder pronto y justo valor a hechos bien verificados aunque aislados, no debe ya ser así cuando se trata de consagrar oficialmente el gran alcance de los mismos. En este último caso se debe esperar a que los hechos se acumulen en medida suficiente para aplicarles los procesos científicos del análisis comparado y de la convergencia de pruebas. De ahí la necesidad de clasificar los hechos.

En cuanto al ligero olor a quemado que notaron los experimentadores en el momento en que se verificaba el fenómeno de las argollas introducidas en la pata de la mesita, noto como tal

observación se liga a otra ya por mí referida en los comentarios sobre las experiencias de Millesimo y a propósito de los transportes en general, en que objetos transportados, de piedra o metal, muchas veces se han encontrado tibios, calientes o abrasadores, según la estructura atómica de los mismos objetos, lo cual, en base a la ley de la transformación de las fuerzas físicas, debe justamente producirse cada vez que nos encontramos con un fenómeno de desintegración y reintegración rapidísima de la materia; siendo así, entonces se debería inferir que, en el caso aquí considerado, en que se trataba de argollas de madera, el incidente del ligero olor a quemado podría indicar que la muy rápida desintegración y reintegración molecular de las argollas haya producido una reacción calórica bastante notable para atacar y quemar, en pequeña parte, la celulosa de la madera.

Prosiguiendo en la enumeración de los fenómenos a examen, observo que son también instructivas las notables experiencias de los doctores Dupouy y Puel con una joven inducida al estado de sonambulismo por el segundo de ellos. El Dr. Dupouy, en su libro *Sciences Occultes et Physiologie Psychique* (pág. 213), así escribe:

Como contribución personal a los hechos del orden en examen, recordaré las famosas experiencias de la pulsera, hechas por el Dr. Puel, experiencias en que estuve presente una decena de veces, juntamente con otros testigos. Se trata de un brazalete sin abertura o ligado, que se colocaba en el antebrazo de la sonámbula Sra. L. B. Sus manos reposaban abiertas sobre la mesa, o eran sujetadas entre las manos de uno de nosotros. En un momento dado, la sonámbula emitía un grito de dolor y luego oíamos caer el brazalete al suelo o sobre un mueble. Algunas veces, en las mismas condiciones de experimentación, es decir, con las manos de la sonámbula extendidas sobre la mesa y las manos de uno de los experimentadores sobre ellas, asistíamos a lo contrario, al paso de una pulsera de un antebrazo para el otro.

El Dr. Chazarin que, a su vez, tuvo ocasión de asistir a tales experiencias, a ellas se refiere en los siguientes términos:

El fenómeno se verificó dos veces bajo mi control personal y de la siguiente manera: la sonámbula se sentó cerca de la mesa y yo permanecí en frente, para vigilarle los movimientos. Por dos veces recogí el brazalete y lo introduje en su antebrazo derecho al tiempo que sujetaba su mano correspondiente, que mantenía fuertemente apretada entre mis dos manos. Después de unos ocho o diez

minutos, la sonámbula profirió un grito, no sé si de dolor o de miedo, despertando sobresaltada. En otra experiencia semejante, mi amigo Augusto Reveillac me dijo que, habiendo recogido luego la pulsera, había verificado que estaba impregnada de un calor abrasador.

Noto que esta última observación del relator, la de que el brazalete fue encontrado en estado de calor abrasador, no solo confirma cuanto se ha dicho con referencia al caso análogo anterior, sino que sirve al mismo tiempo para demostrar la perfecta identidad de manifestación existente entre los fenómenos de la penetración de la materia a través de la materia y los de transportes, visto que en esta última categoría de manifestaciones, los casos en que se encuentran más o menos calientes los objetos transportados se muestran asaz frecuentes. Pongo de relieve finalmente, cómo tan interesante modalidad de manifestación, común a ambas categorías de fenómenos, sirve además para demostrar, indirecta pero eficazmente, su autenticidad de manifestaciones supra normales indiscutibles.

Este otro interesante episodio, semejante al anterior, es poquísimamente conocido y ello porque está contenido en una carta particular del Sr. Stainton Moses a la Sra. Speer y se refiere al período en que la mediumnidad de Moses aún no se había desarrollado de modo notable, carta en que él intentaba formar cierta opinión en torno a las nuevas investigaciones, experimentando con otros médiums.

En la circunstancia aquí considerada experimentaba por primera vez con la notable médium Sra. Holmes y había obtenido manifestaciones excepcionales, lo cual se daba por el hecho de que sus propias facultades mediúmnicas se armonizaban con las de la médium. En un momento dado, el espíritu-guía de Rosie le dijo que, como él había aportado gran contribución de fuerza, intentaría producir el fenómeno del paso del arco en torno del brazo. Se trataba del arco de un tamboril de madera, reforzado con una franja de hierro y usado como collera. Moses lo había examinado minuciosamente, encontrándolo normal. Él así prosigue:

Aproximándome a la mesa tuve el cuidado de acertar con una de las manos la exacta posición en que se hallaba el arco allí colocado. En seguida, invitado por Rosie, palpé cuidadosamente el brazo de la médium para asegurarme de que en él no había sido

colocado ningún arco igual; después le sujeté ambas manos y le imprimí a los brazos una sacudida tan fuerte que, si en ellos hubiera un arco o una collera, hubiera caído al suelo. En fin, le sujeté ambas manos con una de las mías y con la otra mano quise además certificarme sobre si el arco se hallaba en su primitivo lugar. Inesperadamente verifiqué que se sustraía mucha fuerza a mi organismo y vi formarse una luz espiritual encima de la mesa. La médium había caído en trance y su cuerpo era sacudido por un temblor convulsivo. Yo miraba la luz mediúmnica y, en un momento dado, la vi y sentí acercarse a mí, mientras, al mismo tiempo, verificaba que el arco del tamboril estaba enrollado alrededor de mi brazo. Yo había sentido pasar literalmente mi brazo a través de uno de los lados del arco y la materia de este último me había parecido mórbida lanilla que había, de súbito, cedido ante el obstáculo encontrado. Mal se había producido el fenómeno, sentí que el lado de la penetración del arco se había vuelto madera dura. ¡Y he aquí que me encontré con el arco del tamboril en torno a mi brazo, al tiempo que, con ambas manos, sujetaba las de la médium!... Este admirable fenómeno, por mí personalmente controlado, me ayudó grandemente a comprender cómo se verifica el paso de la materia a través de la materia. (Light, 1892, pág. 59).

El caso expuesto es interesante y por lo que sé es también el único episodio del género en que el experimentador ha podido observar el instante en que se producía el fenómeno y también el punto preciso del propio brazo en que penetraba el arco, así como la modalidad con que esto sucedía. Por lo regular no ocurre tal cosa y los experimentadores encuentran un anillo, un arco, etc., metidos en el brazo, sin notar antes ninguna sensación correspondiente.

Ahora bien, la circunstancia expuesta es notable, desde el punto de vista teórico de las modalidades con que se producen los fenómenos del género, ya que si Moses notó el paso del arco del tamboril a través del propio brazo, experimentando la sensación de algo morbidísimo como la lanilla, que pronto había cedido frente al obstáculo encontrado, esto hace presumir que la desintegración fluídica de la materia leñosa y metálica del tamboril no fue llevada al grado máximo de sublimación, sino reducida al estado de pastosidad suficiente para producir el fenómeno.

En los casos de transporte, por el contrario, la desintegración de la materia deberá ser constantemente llevada al grado máximo de sublimación molecular o fluídica.

Tratando de enumerar todas las formas con que se puede producir el fenómeno de la penetración de la materia a través de la materia, mencionaré igualmente la modalidad con que se manifestó en las experiencias del Rev. Haraldur Nielsson con el médium Indridi Indridasson. Escribe el prof. Nielsson:

Habíamos entonces ordenado construir una casita, que fue exclusivamente destinada a nuestras experiencias, pues el círculo ya había aumentado considerablemente. Había a veces setenta personas presentes en la reunión.

Al objeto de prevenir cualquier posibilidad de compadreo por parte de los asistentes, extendimos una red a través de la sala de las experiencias, desde el techo hasta el suelo. Sus mallas eran tan pequeñas que se hacía imposible pasar una mano a través de ellas. El médium estaba sentado por detrás de la red, con un fiscal, y todos los asistentes permanecían al otro lado.

Esta disposición no perturbó en modo alguno la producción de los fenómenos.

Objetos sueltos, como una mesa, una caja de juegos, una cítara, dos trompetas, su soporte, etc., fueron, como anteriormente, desplazados a través de la red. (Rev. Haraldur Nielsson – Mes expériences personnelles, etc., pág. 37 de la edición francesa).

Y, también en las circunstancias expuestas, el fenómeno de la penetración de la materia a través de la materia no es dudoso, visto que la mesita, la cítara y el soporte no hubieran podido pasar normalmente a través de las mallas de una red de un diámetro mucho menor que el ancho de la palma de una mano, sin rasgarla en varios lugares.

De ello resulta que el fenómeno se vuelve también interesante desde otro punto de vista y es el caso asombroso de una voluntad subconsciente o extrínseca que llega a desintegrar los hilos tiesos de una red para después reintegrarlos exactamente en los mismos lugares.

Termino esta breve enumeración de los casos típicos, relativos a los fenómenos en examen, narrando un episodio asaz maravilloso en apariencia, pero en realidad no más extraordinario que los otros, apariencia, no obstante, que dio causa a una polémica instructiva en la Revista que lo publicó, y durante la cual

surgieron algunos teóricos que pronto adivinaron que el relator se había dejado engañar. Tal polémica se desarrolló en cinco números de la Revista espírita inglesa Light, empezando en el número 8 de enero de 1910. El relator de las experiencias es el coronel F. R. Begbie, del Ejército de la India, y todos los experimentadores pusieron sus firmas de confirmación en el relato publicado en esa Revista.

El coronel Begbie declara que el episodio de que voy a tratar se produjo en el propio círculo privado, del cual no forman parte médiums profesionales, y que el espíritu-guía de sus experiencias es una joven hindú de nombre Susu y que, cierto día, le había informado de que, cuando estaba en la Tierra, le gustaba mucho el chocolate. El coronel Begbie prosigue en estos términos:

Compré media libra de pastillas de chocolate y las coloqué dentro de una cajita. Escribí una breve nota a Susu, cuyo contenido solo era conocido por mí, y la deposité también dentro de la cajita, que cerré y envolví, cuidadosamente, en una hoja de papel oscuro, atándola, bien apretada, con un bramante cuyas puntas lacré, poniendo en ellas mi sello. Coloqué la cajita encima de la mesa, disponiendo alrededor de la misma las tarjetas de visita de los experimentadores, todos con sus respectivas firmas autógrafas. Susu no tardó en incorporarse en la médium para anunciar que probaría a retirar el chocolate, después de lo cual, aparentemente, dejó a la médium. Se siguieron golpes en la mesa con los cuales ordenaba: Encended la luz. Así se hizo, verificándose que faltaban dos tarjetas de visita, una de las cuales era la mía y la otra, la de la señora vecina. Se apagó después la luz y se recomenzó el cántico de un himno, a media voz, en la expectativa de recibir un mensaje escrito en las dos tarjetas desaparecidas. Cerca de la segunda estrofa del himno que estábamos cantando, se hicieron oír golpes con los cuales fue dictada la frase: He quitado el chocolate. Y encended la luz. Ejecutada la orden recogí la cajita, que estaba aparentemente intacta y, sujetándola en la mano me apercibí de que estaba vacía, salvo una pastilla solitaria, que cuando sacudía la cajita saltaba dentro de ella; no obstante, el bramante que la ataba fuertemente, el sello de lacre que inmovilizaba los extremos del cordel y el papel que la envolvía, estaban intactos.

Mis compañeros querían que yo la abriese para verificar si Susu había contestado a mi carta, pero rehusé, puesto que no deseaba tocar el envoltorio para no destruir una prueba irrefutable

del paso de la materia a través de la materia. Y he aquí que, cuando se hizo la oscuridad, los golpes dictaron: Abrid la cajita. Encended la luz. Con verdadera reluctancia me decidí a cortar el bramante y a retirar el envoltorio de papel. Cuando abrí la cajita quedé sorprendido al verificar que mi tarjeta de visita con mi firma se encontraba dentro, y que en ella estaba escrita una comunicación de Susu. Por el contrario, la carta por mí escrita y colocada dentro de la cajita no fue encontrada, ni dentro ni fuera. En mi carta a Susu yo le pedía que me regalase una pastilla de chocolate y ella contestaba agradeciendo el recuerdo que yo había tenido, observando que el chocolate pedido ella lo dejaba en la cajita. Éste era, en realidad, el modo como Susu había interpretado mi deseo, pero no correspondía a mis intenciones, puesto que yo deseaba que el chocolate me fuese colocado entre los labios, como había hecho antes con otro experimentador...

En resumen: En este extraordinario episodio, nos encontramos frente al caso de una cajita conteniendo media libra de chocolate, por mí cuidadosamente envuelta en una hoja de papel oscuro y fuertemente atada en cruz, con bramante cuyos extremos quedaron debidamente fijados, sellados con lacre y timbrados, dentro de la cual fueron desmaterializados y después transportados los chocolates, al igual que la carta allí colocada. Además, en lugar de la carta apareció mi tarjeta de visita, que estaba colocada por el lado de fuera, en la mesa, y todo ello sin tocar el envoltorio, el bramante, ni el lacre timbrado. El fenómeno parece de tal modo maravilloso que no existe posibilidad de poder explicarlo a no ser admitiendo la intervención de una entidad espiritual extrínseca al médium y a los presentes. Ya hemos obtenido, en nuestro círculo, numerosos fenómenos notabilísimos, pero este los supera a todos. Desafío a cualquier prestidigitador a intentar producir el mismo fenómeno bajo las mismas condiciones. (Firmados: el coronel Begbie y todos los experimentadores).

Este es el interesante episodio narrado por el coronel Begbie. Antes de referirme a las discusiones que se siguieron, preciso es recordar que en la casuística metapsíquica se contienen otros episodios idénticos, a comenzar por los obtenidos por Zollner. Así, por ejemplo, este último colocó algunas monedas dentro de una cajita que después encoló y lacró, lo cual no impidió que, en presencia del médium Slade, las monedas en ella contenidas

atravesasen la cajita, después la mesa en que estaba colocada, para caer tintineando en el suelo.

En el caso de otra cajita, conteniendo iguales monedas, el fenómeno se produjo en doble sentido, puesto que fueron transportadas las monedas e introducidos en la cajita dos trozos de pizarra. Ya se comprende que, en ambas circunstancias, los pegamentos y los lacres han sido encontrados intactos.

Explicado esto, retomo mi narrativa, haciendo notar que en dos números seguidos de la Revista Light aparecieron las observaciones contradictorias de dos críticos: los señores Mac Callum y C. W. Scarr. Este último preguntó al coronel Begbie: ¿Por qué no podemos obtener en la claridad los mismos resultados? ¿Por qué necesitamos de un médium para obtenerlos? El carácter ingenuo de tales preguntas basta para demostrar la profunda ignorancia de quien las formulaba, por eso no es el caso de ocuparnos de ellas. En cuanto al Sr. Mac Callum, éste demostró hallarse a la altura de los llamados críticos científicos, puesto que acribilló al coronel Begbie con una serie de preguntas, objeciones e insinuaciones, de las cuales me limitaré a enumerar las principales.

Empezó por objetar que tan solo los extremos del bramante estaban fijados y lacrados, al paso que se debería hacer otro tanto con el envoltorio de papel. Después objetó que el narrador se había olvidado de informar si había posibilidad de entrar y salir del aposento sin ser descubierto, y además que hubiese descuidado el hacer saber cuántos minutos habían transcurrido desde el momento en que se apagó la luz hasta el instante en que Susu dictó la frase: He quitado el chocolate. Encended la luz. En fin, que él no se preocupó de hacer saber si había mantenido siempre a la vista la cajita sobre la mesa cada vez que se encendía la luz. El coronel Begbie se apresuró a gentilmente responder, en los siguientes términos, a la primera objeción:

Experimentamos en un aposento pequeño, que termina directamente en el comedor, sala esta que permanece siempre iluminada. La puerta del cuarto queda cerrada con doble vuelta de llave, antes de apagar la luz. Sería por tanto imposible que alguien saliese sin ser observado, visto que si se abriese la puerta se iluminaría el cuarto. Por lo demás, nadie podría moverse sin ser prontamente descubierto, tanto más que todos nosotros estábamos siempre a la escucha para no dejar de oír los golpes que resonaban, muchas veces bastante débilmente. Como el cuarto era

pequeño, nos sentábamos en círculo cerrado y bastante juntos unos de otros. Somos casi todos experimentadores desde hace mucho y de comprobada experiencia, de modo que no sería fácil ser engañados. Dicho esto, observo que nuestra médium, que desde hace 11 años se presta gentilmente a experiencias por puro amor a la Causa, está por encima de cualquier sospecha. Vi la cajita sobre la mesa cuando se encendió la luz, notando que faltaban dos tarjetas de visita. Transcurridos unos minutos, se obtenía el mensaje: He quitado el chocolate. Encended la luz. En este brevísimo espacio de tiempo las pastillas de chocolate al igual que mi carta eran transportadas desde dentro de la cajita, y mi misiva era contestada con un mensaje escrito en mi tarjeta de visita, que estaba encima de la mesa y había sido introducida en la cajita. Noto, finalmente, que la circunstancia de que Susu haya contestado a mi carta demuestra que la ha leído, en plena oscuridad. ¿También el Sr. Mac Callum sería capaz de leer a oscuras?

El Sr. Mac Callum contestó reconociendo que debía excluirse la posibilidad de que alguien hubiese salido del cuarto para arreglar en otra parte la cajita y reponerla en su lugar, añadiendo, sin embargo, que para leer la carta y contestarla no era preciso salir, puesto que la médium podría haber leído en el pensamiento del coronel Begbie. En cuanto a la afirmación acerca de que los experimentadores se sentaban en un círculo cerrado, él no estaba en posición de comentarlo, por cuanto el relator no había facilitado el diámetro de tal círculo. Con todo observaba que si dos compadres se sentasen al lado de la médium, entonces sería posible que durante el himno cantado los tres confederados llegasen a ejecutar su combinación, sin despertar la atención de los demás. Añadía que también era cosa facilísima escribir regularmente en plena oscuridad. En fin, reconocía la existencia de una única dificultad realmente insuperable, que era la posibilidad de colocar en su lugar el envoltorio de papel con idénticas dobleces que antes y, siendo así, el Sr. Mac Callum se quitaba de ese callejón sin salida lanzando la duda de que el coronel Begbie no había observado bien el envoltorio de la cajita. Declaraba, no obstante, sinceramente, que la dificultad de colocar en el lugar el envoltorio de papel estaba prácticamente removida. Ya que se había demostrado reproducir en la oscuridad el mismo fenómeno y entonces había sido logrado, salvo el bendito envoltorio, que había

quedado mal. Terminaba por rogar al coronel Begbie que repitiese la experiencia con una cajita proporcionada, preparada y lacrada por él mismo.

Reproduzco los fragmentos principales de la réplica del coronel Begbie:

Hemos quedado profundamente sorprendidos al ver que, después de todos los informes por mí suministrados al Sr. Mac Callum, éste persiste en poner en duda la honestidad de los componentes de nuestro círculo. Él observa que la sustracción de las pastillas de chocolate sería fácil cuando dos comparsas se sentasen al lado de la médium. Es probable, pero yo he dado, a propósito, razones tales que se debería excluir para siempre tan indigna, falsísima, injustísima insinuación, cuya sombra se proyecta sobre todos los miembros de nuestro grupo. Si yo, por un solo momento, hubiese pensado que mi relación (escrita por sentimiento del deber y en interés de la causa espírita) tendría por consecuencia engendrar insinuaciones y acusaciones sobre nuestra honestidad, no la hubiera nunca publicado.

En cuanto al envoltorio de papel, puedo garantizar al Sr. Mac Callum que, antes de decidirme a desatar la cajita, tanto yo como los demás experimentadores la hemos examinado diligentemente, minuciosamente, largamente, por todos los lados, encontrándola perfectamente intacta, tal como yo la había preparado. El Sr. Mac Callum afirma haber logrado retirar el bramante, el envoltorio y los chocolates en plena oscuridad. Yo lo invito a reproducir la prueba en nuestro círculo, asegurándole que él será recibido con a máxima deferencia. Me obligo, además, a donar 10 libras al Instituto de Beneficencia caso él consiga ejecutar su empresa sin que los demás se aperciban, condición, no obstante, por la cual él se obliga a donar otro tanto al mismo Instituto, en caso de no obtener éxito.

Con relación a la propuesta que me hace de repetir la experiencia, operando con una cajita enviada por mi censor, respondo que, si él posee conocimientos adecuados sobre el tema, debería saber que la cosa no es posible con su estado de ánimo, ya que saturaría los objetos empleados en la experiencia con magnetismo antagónico, neutralizando, efectivamente, la producción del fenómeno. Acepto, no obstante, su desafío, pero con la variante de que yo proveeré la cajita, preparándola en presencia de dos amigos del Sr. Mac Callum y lacrándola con

timbre por él proporcionado. Espero a los amigos por él elegidos para la experiencia...

Y con esto se termina la polémica originada por el episodio expuesto. Debe deducirse que el Sr. Mac Callum no se atrevió a correr el riesgo de perder 10 libras esterlinas en una tentativa absurda, ya que podía tener la palabra en una polémica, pero no traducir en la práctica lo que decía. He querido reproducir con detalles la polémica originada por la relación del coronel Begbie porque en ella se notan puntos de semejanza notabilísima con la mantenida por mí a propósito de las experiencias de Millesimo, salvo que el Sr. Mac Callum se mostró siempre correcto y leal en sus críticas y, si resbaló algunas veces en insinuaciones genéricas de fraude, esas no excedieron nunca los límites de cuanto se debe conceder a un crítico. Se vio, con todo, que el coronel Begbie no se ofendió seriamente y no se puede negar que no tuviese buenas razones para ello. Bien diversos y mucho más reprochables fueron los métodos con que se desarrollaron las polémicas en torno a nuestras experiencias y el Dr. Bernouilli de Zurich lo notó, expresándose en estos términos, enderezados a esos censores que se habían transformado en agresores:

La Crítica es un arma de doble filo que ha de ser manejada con extremada cautela y absoluta rectitud, si desean evitar consecuencias fatales. Así, por ejemplo, hay críticos incautos que obtienen por único resultado ver arrojar fuera al recién nacido juntamente con el agua del baño...

Verdaderamente es este nuestro caso, pero yo no tengo intención alguna de demorarme en demostrarlo y quedaré satisfecho con aludir indirectamente a los resultados obtenidos por nuestros críticos, repitiendo las palabras del coronel Begbie:

Si yo, por un solo momento, hubiese pensado que mi relación (escrita por sentimiento del deber y en interés de la causa espírita) tendría por consecuencia engendrar insinuaciones y acusaciones sobre nuestra honestidad, no la hubiera nunca publicado.

CATEGORIA I

Transportes por encargo o en que se encuentran modalidades de producción que excluyen toda posibilidad de fraude

En la enumeración de los casos que me he propuesto tratar, deseaba seguir una disposición en grupos, según las varias modalidades con que son producidos los numerosos fenómenos de transportes aquí considerados, modalidades que excluyen toda posibilidad de prácticas fraudulentas, pese a la condición de plena oscuridad en que han sido obtenidos. No obstante, mi propósito no se ha mostrado prácticamente utilizable, visto que en una misma sesión a veces se agrupan episodios de transportes diferenciados por modalidades de producción las más diversas, lo cual me constriñe a renunciar a una disposición ordenada de esos episodios. No queda más que el recurso de contornar este pequeño inconveniente mediante un resumen final en que se contengan todas las modalidades con que son producidos.

Cuando consultamos las obras y las Revistas publicadas en los primeros cuarenta años de pesquisas en el campo de las manifestaciones supra normales, encontramos buen número de extraordinarios casos de transportes diferenciados por las condiciones de producción aquí consideradas, no obstante renuncio a relatarlos para no extralimitar las proporciones de la presente monografía, reservando espacio para los episodios del género obtenidos en más recientes decenios y en nuestros días.

Acerca de las manifestaciones relativamente antiguas, aludiré de paso a algunos incidentes obtenidos con la mediumnidad del Rev. William Stainton Moses, para después detenerme un tanto en torno a los episodios obtenidos gracias a la mediumnidad de la Sra. Guppy (entonces Srta. Nicoll), y ello por la consideración de que esta médium, famosa por los casos de transporte de su propia persona de una casa para otra, no es bastante conocida como maravillosa médium de transportes; a ese respecto se debe añadir que algunas sesiones notabilísimas, por ella llevadas a cabo en Florencia, durante un viaje de recreo a Italia, son literalmente ignoradas, pese a que se muestren dignas de salir del olvido.

Caso I – Pese a la variedad y la importancia de los fenómenos de transportes obtenidos con la mediumnidad del Rev. Moses, en que, entre otros, se clasifica la rara especialidad de transportes de

pequeñas gemas (perlas orientales, esmeraldas, zafiros, así como camafeos de origen supra normal), raros son los episodios que presentan algunas de las características aquí contempladas. No obstante, se han verificado lluvias de perlas orientales a plena luz (hasta treinta pequeñas perlas de una sola vez) y esto en los intervalos entre una y otra sesión, en el momento en que los experimentadores pasaban a la sala de refrigerios para tomar el té; y en otra circunstancia, la Sra. Speer vio una pequeña perla oriental posarse encima del papel en que escribía una carta.

No me extendo sobre esa fase interesantísima de la mediumnidad de Moses, por cuanto el espíritu-guía Rector ya había explicado que no se trataba de transportes verdaderos y sí de creaciones espíritas. Observo, de cualquier manera, que se trataba de creaciones de gemas auténticas y duraderas y, cuando Moses, según orden recibida fue a una joyería para hacer engastar en un anillo el magnífico rubí mediúmnico que debía traer constantemente en el dedo, el joyero, después de haberlo largamente examinado, observó que aquel rubí era de una belleza y pureza excepcionales.

Destaco, de entre los varios transportes obtenidos por encargo, los dos siguientes episodios recogidos en el dossier de la Sra. Speer:

Sesión de 7 de septiembre de 1872 – Esta noche nos habíamos reunido como de costumbre. Pronto se manifestó nuestro amigo A., que respondió a varias preguntas y tocó, a nuestro ruego, su maravilloso instrumento espiritual. El Mentor aspergió en abundancia un delicioso perfume para armonizar los fluidos. Yo pedí que me fuese traído un objeto que se hallaba en mi cuarto de dormir. Casi inmediatamente me fue puesto en la mano un frasco de perfume que se encontraba sobre mi tocador (Light, 1892, pág. 391).

En la sesión de 18 de enero de 1873 se lee este otro episodio:

Esta noche el cuarto quedó inundado de perfumes y las manifestaciones, de orden físico, fueron poderosas. En un determinado momento, cayó entre el doctor Speer y yo un libro que provenía de la biblioteca, cerrada con llave. El Dr. Speer entonces nos informó que había pedido mentalmente al Mentor que le trajese algún objeto que se encontrase fuera de la zona fluídica que circundaba al médium. (Light, 1892, pág. 523).

Este segundo episodio, conforme a petición formulada mentalmente, se muestra más que nunca interesante desde el punto de vista probatorio. Observo que la biblioteca, de la que se ha traído el libro transportado, se hallaba en la sala de las sesiones, pero como el libro ha sido retirado de la sección acristalada de la biblioteca, siempre cerrada con llave, el hecho se traduce en transporte, visto que el fenómeno de la penetración de la materia se ha realizado igualmente.

Relato además este otro episodio de transporte de una campanilla. Escribe Moses:

En la sesión de 28 de agosto (1873) fueron transportados siete objetos, retirados de aposentos diversos; el día 30 otros cuatro, entre los cuales una campanilla, llevada desde el comedor contiguo hasta el cuarto de las experiencias. Es de notar que se dejaba siempre encendido el gas, con toda la llama, tanto en el comedor como en la salita, en razón de que, si alguien abriese cualquiera de las puertas, cierta onda de luz habría invadido enseguida el aposento en que hacíamos las experiencias. Como el hecho no se volvió a verificar, poseemos con esto la tal prueba que el Dr. Carpenter considera como la más deseable, es decir, la prueba del buen sentido, visto que las dos puertas permanecieron siempre cerradas. En el comedor se hallaba una campanilla; nosotros la oímos tintinear imprevistamente, y pudimos seguirle el movimiento en el aire, observando que el ruido se aproximaba lentamente a la puerta que la separaba de nosotros. Fácilmente se puede imaginar el asombro de todos cuando, a pesar de la puerta, oímos a la campanilla tintinear dentro del cuarto, acercándose lentamente a nosotros. Dio la vuelta al cuarto, tintineando siempre, después descendió, pasó por debajo de la mesa y se elevó un poco, llegando al nivel de mi codo. Vino a tintinear precisamente bajo mi nariz, después en torno a la cabeza de todos los presentes, uno tras otro, y finalmente se posó delicadamente encima de la mesa. (Proceedings of the S. P. R., vol. IX, pág. 267).

Al leer el magnífico episodio aquí expuesto, me vino luego a la memoria un caso semejante obtenido por William Crookes con la mediumnidad de la Srta. Kate Fox. La diferencia entre los dos episodios consiste en la circunstancia de que, en el caso de Crookes, la campanilla transportada empezó a tintinear cuando ya se encontraba en la sala de las sesiones, mientras que en el caso de Moses la campanilla ya lo había hecho en el otro aposento,

proporcionando de esta forma un complemento de prueba sobre lo genuino del fenómeno, que se muestra entonces positivo. Y esto es cuanto importa desde el punto de vista que me he propuesto con la presente clasificación.

Noto además, en el episodio en aprecio, que lo que me parece más asombroso es la circunstancia de haber la campanilla entrado en la sala sin casi haber dejado de tintinear. En caso de que hubiesen estado apagadas las luces de la sala de refrigerios, se hubiera podido explicar el misterio, suponiendo que en tal contingencia se hubiese producido el fenómeno inverso de la desintegración de una parte de la puerta, a través de la cual había pasado la campanilla; sin embargo, como la sala de refrigerios estaba iluminada, no es posible recurrir a tal plausible solución del misterio. Se deberá por tanto inferir que el fenómeno de la desintegración y reintegración de la campanilla se produjo con tal rapidez que el intervalo de silencio fue lo bastante corto como para no ser notado por los experimentadores.

Caso II – Debiendo ocuparnos de la mediumnidad de la Sra. Guppy (antes Srta. Nicoll), no puedo dejar de extraer algunas citas de los escritos del famoso naturalista Alfred Russell Wallace, que fue el descubridor de sus facultades mediúmnicas. En su libro *On Miracles and Modern Spiritualism*, escribe en estos términos:

Conocí a la Srta. Nicoll antes de que ella hubiese oído nunca hablar de las mesas girantes y del Espiritismo y le descubrí las facultades mediúmnicas por mera especulación, invitándola a tomar parte en nuestras experiencias. Esto sucedió en noviembre de 1866 y durante algunos meses continuamos ininterrumpidamente nuestras sesiones, de modo que tuve facilidad para vigilar y acompañar el maravilloso desarrollo de su mediumnidad. La forma más notable por ella asumida consistía en los transportes de flores y frutas, en un cuarto herméticamente cerrado. El fenómeno se produjo por primera vez en mi casa, y tuvo lugar al comienzo de su desarrollo mediúmnico. Ese fenómeno, no obstante, se verificó centenares de veces en ambientes diversos, bajo condiciones variadísimas. Algunas veces las flores llegaron, de repente, en tal cantidad, que formaron un gran montón sobre la mesa; y además de esto sucedió muchas veces que flores y frutas eran transportadas precisamente a petición de los experimentadores. Así, por ejemplo, un amigo mío pidió un girasol

y al instante caía encima de la mesa una de esas plantas de una altura de seis pies, con sus raíces envueltas en una espesa capa de tierra.

Un episodio análogo a este último fue narrado por el conocido escritor espiritualista Roberto Cooper, amigo de Russell Wallace y compañero suyo de experiencias. Escribe:

Cierta vez, después de la cena, me dirigí a casa del Sr. Guppy, en Highbury, y por él me enteré de que su esposa había ido a pasar la noche en la residencia de una familia vecina. El Sr. Guppy había añadido que se trataba de nuevos conocidos, que eran personas ignorantes de las cosas del Espiritismo y que le habían pedido asistir a algunas sesiones del género, en vista de lo cual me dispuse a acompañarlo a aquella casa.

Sucedió, por tanto, que sobre las 6 horas nos dirigimos juntos a ella. Después del té decidimos hacer una sesión. El cuarto era pequeño y hacíamos una docena de personas sentadas en círculo, alrededor de la mesa, razón por la cual no quedaba espacio alguno para pasar entre uno y otro de nosotros. Se apagó la luz y poco tiempo después unos golpecitos alfabéticos pidieron a los presentes que especificasen las cosas que deseaban fuesen transportadas; algunos pidieron flores y otros, frutas. Yo, al principio, pensé en una coliflor, pero no estando seguro de que fuese la estación propicia para ellas, dije: Traedme un terrón de tierra con hierba. Pocos minutos más tarde vimos señales manifiestas de que mi orden estaba traducida en hecho, pues uno de los presentes acusó haber sido tocado en el pecho por algo impreciso. En seguida me sucedió a mí otro tanto y, al mismo tiempo, noté algo indefinido que me caía en el regazo. Se encendió la luz y entonces todos vieron que se encontraba en mi regazo un terrón de tierra húmeda, con ramos de hierba bastante largos. ¡Apenas le había puesto la mano, noté con espanto que dentro de la tierra húmeda de la raíz se contorsionaban lombrices de tierra! Evidentemente el terrón había sido arrancado en aquel momento de algún prado de los alrededores. (Light, 1896, pág. 165).

Y ahora paso a citar algunos fragmentos no menos interesantes, tomados de sesiones realizadas en Londres y en Florencia, pero igualmente ignorados de todos, visto que solo fueron relatados por experimentadores italianos, y publicados exclusivamente en la Revista Anales del Espiritismo en Italia,

dirigida por el profesor Scarpa (Nicéforo Filalete) y desde hace muchos años extinta.

Transcribo, antes de otra cosa, un largo fragmento de la narración de Achille Tanfani, redactor de la publicación supra citada, el cual, habiendo ido a Londres a negocios, tuvo ocasión de asistir a algunas sesiones con la Sra. Guppy. Escribe:

Fui favorecido por nuestro excelente amigo el Sr. Damiani con una carta que me presentó a los Guppy y tuve, con esto, la fortuna de presenciar gran parte de las maravillas mediúmnicas que con tanto placer había leído en los periódicos espíritas de Inglaterra.

Viernes, 23 de junio de 1874, no obstante una neblina que me ocultaba la vista del magnífico palacio de Westminster y una menuda lluvia que filtraba desde un cielo oscuro, me moví de mi hotel en Ruppert Street y me dirigí al nº 1 de la Morland Villa, vivienda del matrimonio Guppy. Pasamos el día en agradable conversación y, después de la cena, fui gentilmente invitado por la Sra. Guppy a acompañarla a una casa de la ciudad, donde había prometido llevar a cabo una sesión espírita.

El ofrecimiento no podía ser más cautivador y, poco tiempo después yo me hallaba en un carruaje en compañía de los Guppy y de cierta Sra. Fisher, en dirección a aquella residencia. Debo hacer notar que el vehículo era tan pequeño que solo había sitio para cuatro personas, de modo que incluso quedaron arrugados los vestidos de las señoras e importunadas más o menos las piernas de todos. Esta observación, si bien frívola, podrá servir para dar mayor realce a los fenómenos que estoy a punto de describir. Después de una buena hora de camino, llegamos finalmente al nº 7 Dane Inn, casa del Sr. Volkmann, nuestro amable anfitrión.

Encontré en su casa una pequeña pero selecta asistencia de seis o siete personas, entre las cuales el Sr. Greclo, coronel del ejército ruso. Tomamos asiento todos en torno a una mesa grande y pesada, en una salita de la planta baja que daba al zaguán de entrada por una única puerta, que fue cerrada con llave. Durante la breve charla que precedió a la sesión, tuve facilidad para inspeccionar el aposento, pero nada descubrí que pudiera tener la menor relación con los bellísimos fenómenos de que fui testigo. Tan pronto se hizo la oscuridad y manteniéndonos todos en cadena, en torno a la mesa, ésta empezó a hacer movimientos bruscos y ondulatorios con tal fuerza que fue bueno que no nos encontrásemos en una planta superior, pues de otra forma

hubiéramos temido por el piso. A continuación una brisa bastante agradable, en una noche tan calurosa y en aquel cuarto herméticamente cerrado, vino a soplar en nuestras manos y rostros, y repetidamente fuimos bañados con agua de Colonia. Se siguieron algunos golpes misteriosos, inimitables. Nos parecía que se estaba golpeando no en la superficie, sino en el interior de la madera y, al mismo tiempo, cayó encima de la mesa algo de tanto peso, que movidos por la curiosidad encendimos la luz y se puede calcular nuestra sorpresa al encontrar sobre la mesa una gran planta de uva-espín, con tierra y raíces, que en alto y largo medía más de dos pies.

La luz fue nuevamente apagada y tras unos minutos cayó una lluvia de rosas, que, en la claridad, nos parecieron tan frescas y tan humedecidas de rocío que parecían haber sido cortadas allí mismo, y nueve multicolores insectos revoloteaban de una a otra flor.

Nuevamente volvimos a hacer la oscuridad, por recomendación de los invisibles, y habíamos esperado unos pocos instantes solamente, cuando diversos objetos fueron arrojados sobre la mesa y verificamos, con la luz encendida, tratarse de un limón, una naranja, un gran pepino y una enorme mata de frambuesas con una altura de cerca de seis pies. Se comprende que sería necesaria una pequeña despensa para esconder todas esas cosas y bastante pueril sería creer que la Sra. Guppy hubiese podido ocultarlas en aquel pequeño carruaje en que habíamos ido a la sesión. Añado que aquellas plantas tienen espinas agudas y que la fragancia de las flores las hubiera revelado al olfato, caso se hubiese tenido medios para sustraerlas a la vista. De rosas, la cantidad fue tal, que después de haber cada uno de nosotros formado su ramillete, todavía sobraron bastantes para adornar toda la comitiva. (*Annali dello Spiritismo in Italia*, 1874, pág. 274).

En otra sesión a que tuvo ocasión de asistir el mismo Achille Tanfani en casa de los Guppy, presente también el escritor Robert Cooper, se produjeron otros fenómenos de la misma naturaleza, que no relataré aquí por no alargarme demasiado, salvo el siguiente episodio en que se verificó la aparición de otros animalitos vivos. Escribe el narrador:

En un momento dado, se derramó agua perfumada sobre nosotros y fuimos gentilmente acariciados con ramitos de cerezas, en los cuales, una vez encendida la luz, descubrimos dos

escarabajos vivos, con mucho pavor por parte de la Sra. Guppy, que siente por ellos repugnancia. (Ídem, pág. 302).

Y ahora paso a narrar los principales fragmentos de los informes sobre las sesiones con la Sra. Guppy en Florencia, informes escritos por Rinaldo Dall'Argine, secretario de la Società Spiritica Fiorentina, uno de los más inteligentes y beneméritos espíritas de las primeras horas.

Extraigo los fragmentos aquí reproducidos de los Anales del Espiritismo en Italia (1869), pág. 178 y siguientes). El relator así comienza:

La Sra. Guppy, apenas llegada a Florencia, trabó amistad con la condesa Enrichetta Bartolomei, esposa del Señor Conde Tomaso Passerini, y, como son ambos ardorosos y perseverantes cultores de nuestra doctrina y muy frecuentemente hacen experiencias en su residencia, la Sra. Guppy, invitada por ellos a dar pruebas de sus extraordinarias facultades mediúmnicas, se prestó con la mejor voluntad y obtuvo los acostumbrados fenómenos.

La primera sesión que la Sra. Guppy hizo en la casa Passerini fue en la noche del 23 de diciembre de 1868. Los invitados, en número de 14 o 15, eran todos espíritas y en torno a una mesa redonda, de un diámetro de cerca de un metro, se sentaron los cónyuges Guppy y muchos de los asistentes. La médium quiso que le ligasen las manos y que la dueña de la casa las sujetase entre las suyas y así se hizo. El Dr. Wilson (uno de los invitados) sujetó las manos del Sr. Guppy. Las otras personas del círculo estaban en torno a la mesa, en segunda línea, formando cadena.

Tras algunos minutos, la médium (siempre con las manos ligadas y sujetas por la Sra. Passerini) mandó apagar la luz. Con la sala en profunda oscuridad, escuchamos golpes en la mesa como si alguien, con los nudillos, pegase sobre ella. Entonces, por medio de la tiptología, se produjo un diálogo entre el Sr. Guppy y el espíritu que se manifestaba.

La Sra. Bulli (médium vidente que asistía a la sesión) dijo ver una gran cantidad de flores, entre las cuales distinguía claramente una bellísima rosa roja, muy grande y con tres hojas. Algunos minutos más tarde, fue por todos notado un suave perfume de flores y a continuación como una lluvia que cayese encima de la mesa. Cesado el rumor que se había oído y encendida la luz, todos quedaron maravillados al encontrar el mueble enteramente cubierto

de flores fresquísimas. Las flores eran junquillos, violetas, geranios, magnolias, claveles y una bellísima camelia roja con tres hojas que la médium vidente ya había vislumbrado en la oscuridad y que, por su semejanza, había creído ser una rosa.

En la noche del 26 del citado mes la Sra. Guppy volvió a la misma casa para dar nuevas pruebas de su mediumidad. Los resultados fueron poco más o menos iguales a los obtenidos en la noche del 23. Tuvimos, por dos veces, una abundante lluvia de flores frescas, fresquísimas de veras, y todas mojadas; en aquella noche llovía fuertemente. Habiendo una señora pedido al espíritu algunos animalitos vivos, como por ejemplo, un pajarillo, un ratón o un conejo, no se hizo de rogar el espíritu y pronto puso sobre la mesa diversos insectos alados, casi todos grandes, que no sé cómo denominar, los cuales después de haberse paseado por encima y por debajo de la parte superior de la mesa, alzaron vuelo y se marcharon. El espíritu nos obsequió con algunas manzanas, limones y naranjas. Antes, una de ellas nos había sido arrojada con cierta fuerza contra el pecho, aunque sin causar el menor daño.

En aquella noche la Sra. Guppy y su marido, cuando la sala estaba aún en la más completa oscuridad, tampoco tenían libres las manos, que estaban firmemente sujetas por los que se encontraban más próximos. Cada vez que los cónyuges Guppy se encuentran en alguna casa para intentar cualquier experiencia, siempre exigen que se les pase revista, para disipar cualquier sospecha de que puedan ocultar objetos que en la oscuridad caigan sobre los asistentes.

Los esposos Guppy, que son de rara gentileza, no rehusaban favorecer con sus presencias a nuestra sociedad. Mientras esperábamos que el número de socios estuviese completo para dar comienzo a nuestras experiencias, alguien dijo que no podía comprender cómo podían los espíritus distinguir los colores en la oscuridad. Apagada la luz, se manifestó un espíritu que dictó, a través de la tiptología, las siguientes palabras: Hay aquí alguien que considera que los espíritus no ven en la oscuridad. Cesados los golpes reinó durante algunos minutos el más profundo silencio, cuando de repente, se oyó como una lluvia de hojas secas caer encima de la mesa. Encendida la luz, vimos la mesa cubierta de confeti de diversos colores: blancos, rojos, verdes, amarillos, etc. Entonces el espíritu nos invitó a reunirlos todos en un solo montón,

en medio de la mesa, y a apagar nuevamente la luz, lo que se hizo enseguida.

Después de breves instantes, por orden del mismo espíritu, se encendió la luz y, con gran sorpresa nuestra, verificamos que los confeti habían sido separados según sus colores, es decir, los blancos estaban todos reunidos aparte, los rojos igualmente, los verdes también y así todos los demás. El espíritu, operando aquella separación, había querido demostrar que los espíritus pueden, en la oscuridad, que solo existe para nosotros, distinguir perfectamente los colores.

Por tercera vez la Sra. Guppy se prestó a servir de médium a la Società Spiritica Florentina. También esa vez se adoptaron las habituales precauciones, es decir, pasar revista al matrimonio Guppy y sujetarles muy firmemente las manos durante todo el tiempo en que las luces estuviesen apagadas. El primer resultado que obtuvimos fue una abundante lluvia de fresquísimas flores de diversas calidades, que embalsamaron el aire con sus perfumes suaves. Todos los presentes tuvieron su parte y las señoras, terminadas las experiencias, se marcharon provistas cada una de su bello ramillete. Después de aquella lluvia de flores, las luces se apagaron nuevamente y, cuando reinaba el más completo silencio, fuimos todos sorprendidos por un fortísimo golpe vibrado en la mesa, semejante al que hubiese producido una gran piedra que sobre ella hubiese caído. Encendida nuevamente la luz, encontramos, no una gran piedra, como creíamos, sino un gran trozo de hielo, claro como el cristal, del largo de 15 centímetros y 10 de espesor, el cual, al caer, se había partido.

Se puede calcular la sorpresa de todos: el tamaño de aquel pedazo de hielo era para liquidar cualquier duda que alguien albergase. ¿Quién hubiera podido esconderlo en el propio bolsillo y ocultarlo durante tanto tiempo, sin resultar completamente mojado?

Ceso aquí con las citas. A quien quiera que se proponga analizar los hechos, sin dejarse ofuscar la mente por el hollín de los prejuicios, deberían bastar los episodios citados para admitir la existencia indubitable de los fenómenos de transporte.

En efecto, en los referidos fragmentos, se contiene todo cuanto podría legítimamente exigirse para en la práctica y racionalmente reconocer lo genuino de una fenomenología supra normal obtenida en condiciones de completa oscuridad.

Es digna de nota ante todo, la circunstancia de que, en las experiencias de Florencia, los cónyuges Guppy, a petición propia, fueron siempre inspeccionados y asimismo constantemente sujetados por las manos, y que además la médium exigía que se le ligasen las manos a las de sus vecinos. Y pese a esas condiciones ineludibles de seguridad contra cualquier práctica fraudulenta, no solo fueron obtenidas las acostumbradas y abundantísimas lluvias de flores y frutos, sino que, en una noche en que llovía torrencialmente, las flores transportadas estaban literalmente mojadas por la lluvia, circunstancia teóricamente notabilísima desde el punto de vista probatorio y que se renueva muchas veces en los fenómenos de transporte. Quien escribe ya lo ha obtenido una vez con la mediumnidad de Eusapia Paladino (como más adelante se leerá) y en Inglaterra se han obtenido transportes de flores cubiertas de copos de nieve, en correspondencia con el hecho de que en aquel momento nevaba. Hago notar, además, que en las sesiones de Florencia se obtuvieron casos de transporte por encargo, el primero de los cuales se realizó con la llegada de animalitos vivos, pertenecientes a la clase de los coleópteros y el segundo, más extraordinario aún, fue provocado por la observación de un asistente (lo que naturalmente se identifica con un transporte por encargo). Aludo con esto al transporte de los confeti multicolores que la entidad comunicante subdivide, en plena oscuridad, en tantos montones cuantos eran sus colores, fenómeno que sirve, por tanto, para demostrar el origen supra normal de los transportes producidos. Y, como si tal no bastase, se llega en fin al magnífico fenómeno del transporte de un gran trozo de hielo (15 centímetros de lado y 10 de espesor), cosa que la médium no hubiera podido ocultar bajo las faldas, sujeta al calor del cuerpo durante hora y media, sin que se derritiera enteramente y se formase un charco en el suelo.

Observo que el fenómeno del transporte de trozos de hielo se produjo otras veces con la Sra. Guppy. Así, por ejemplo, el célebre escritor inglés Adolph Trollope atestiguó, ante la Comisión Indagatoria de la Sociedad Dialéctica, que en una sesión con la médium en cuestión, fue arrojado sobre la mesa un enorme pedazo de hielo, con tal ruido y con tanto ímpetu que el hielo se rompió en pedacitos, añadiendo que el fenómeno se había producido una hora después de iniciada la sesión, de modo que, si el hielo ya estuviese en el aposento caldeado, se hubiese derretido

completamente. (Informe de la Sociedad Dialéctica, pág. 371). Pone de manifiesto, en fin, que el profesor Ochorowicz refiere que, con su propia médium, Sra. Tamczyk, obtuvo, por encargo, el transporte de un puñado de nieve, en correspondencia con el hecho de que en aquel momento nevaba (Annales des Sciences Psychiques, 1909, pág. 71).

Me he detenido en tratar sobre las sesiones de Florencia porque ellas fueron óptimamente fiscalizadas. Hago notar, no obstante, que las experiencias antes relatadas son igualmente positivas desde el punto de vista probatorio. Piénsese en la circunstancia referida por Achille Tanfani, que había acudido a una sesión en casa de los Volkmann en un carruaje en el que iban cuatro personas, inclusive la médium, apretujadas e inmovilizadas por la falta de espacio, circunstancia que demuestra que la médium, en semejante condición de estrechez recíproca, no hubiera podido esconder junto a su cuerpo un montón de rosas, que fueron encontradas fresquísimas, así como humedecidas de rocío; limones, naranjas, pepinos, una gran planta de uva-espín con tierra y raíces, que, en alto y ancho, medía más de dos pies, una gran mata de frambuesa de seis pies de alto y nueve insectos multicolores que se pusieron a volar de flor en flor.

Piénsese además en el otro episodio de Achille Tanfani, que pide el transporte de un trozo de césped que le cayó algo más tarde en el regazo, y, cuando lo observó, descubrió que en la tierra húmeda adherida a las raíces, se contorsionaban lombrices de tierra. Y, a propósito de animalitos vivos, recuerdo además el transporte de dos escarabajos en ramitos de cerezo en flor, mientras que en otra sesión, de que habla Podmore en su obra (vol. II, pág. 67), fueron transportados cangrejos y anguilas vivas. Recuerdo, finalmente, otro fenómeno, obtenido por encargo, de una planta de girasol de seis pies de alto, en casa del naturalista Russell Wallace. Después de lo que observo, no me parece haber exagerado cuando dije que los fenómenos de transportes que se producían con la mediumnidad de la Sra. Guppy, bastan también, por sí solos, para demostrar experimentalmente la existencia incontestable de esos fenómenos.

Dicho esto, me apresuro a repetir lo que he dicho antes, o sea, que si bastan y deben bastar, desde el punto de vista estrictamente personal, pocos casos bien fiscalizados para llevar racionalmente a la convicción a quien quiera que no tenga la mente ofuscada por

prejuicios, lo mismo no se puede afirmar en el caso de demostraciones científicas, para las cuales se exige la confirmación de un determinado fenómeno bajo formas suficientemente variadas y bastante numerosas, a fin de tener modo de aplicar a la serie entera de los fenómenos investigados, los procesos del análisis comparado y de la convergencia de las pruebas. La Ciencia tiene una elevadísima misión que cumplir en el mundo: la de iluminar y guiar a la humanidad en su lenta evolución social y espiritual; y todo esto implica una grandiosa responsabilidad moral en los representantes del saber, responsabilidad moral que exige caminar con cautela por la senda que conduce a la verdad. Siendo así, solo me resta continuar con la exposición de los hechos.

Casos III y IV – No está sobrado recordar que los fenómenos de transporte, como todas las demás categorías de manifestaciones supra normales hoy investigadas con método experimental, se produjeron a través de los siglos y en el seno de cualquier pueblo: civilizado, bárbaro y salvaje, y asimismo siempre por intermedio de individuos especiales denominados Yoghi en la India; Mago en los antiguos imperios orientales, en Grecia y Roma; Hechicero en la Edad Media y Médico-hechicero en las tribus salvajes.

No es el caso de extenderme en citar episodios del género, teniendo en vista que con la presente monografía no me he propuesto hacer un resumen histórico de la fenomenología en cuestión, sino recoger un número adecuado de casos de transporte obtenidos en condiciones de producción que excluyan la hipótesis de fraude. Me limito, por tanto, a proporcionar tan solo dos ejemplos de fenómenos de transportes, obtenidos bajo encargo con yoghis hindúes.

La Sra. Annie Besant, la conocida Presidenta de la Sociedad Teosófica, tratando, en un extenso estudio publicado en los *Annales Psychiques* (1906, págs. 657/73) de los yoghis hindúes y de los métodos por los cuales llegan a adquirir facultades supra normales, alude a experiencias de tal naturaleza, ejecutadas en su presencia por uno de ellos.

Escribe ella:

Él estaba casi desnudo, detalle de la máxima importancia cuando se trata de fenómenos de transporte. Efectivamente, no tenía bolsillos donde pudiese ocultar objetos y todas sus vestiduras

consistían en una faja de tela alrededor de los riñones. Las piernas y todo el tronco, desde la cintura hasta la cabeza, estaban completamente desnudos.

En cuanto a los utensilios empleados, consistían en una mesilla por nosotros mismos proporcionada, una cajita con dos tapas que puso en nuestras manos y fue minuciosa y largamente examinada, aunque se tratase de un trabajo rápido, y una botella ordinaria, que contenía un líquido claro en todo semejante al agua, pero que a mi modo de ver, no era agua pura.

Nos situamos en torno a él. Por un momento miró a los invitados, uno tras otro, con mirada penetrante y, cuando me llegó el turno, me examinó con el máximo interés para después hacerme esta observación: Tened cuidado de no interrumpirme y, sobre todo, no hagáis oposición durante las operaciones. Le prometí que me mantendría totalmente pasivo; acerca de esto debo hacer notar que yo también había practicado la disciplina yoga, razón por la cual considero que aquel hombre había percibido que yo podría hacerle oposición, si quisiera.

Entonces él pidió: Designadme los objetos que deseáis que yo os traiga. Mi espíritu elemental los hará llegar a esta caja. Alguien le preguntó si se podría obtener cosas de países muy alejados y él contestó: Puedo, si se trata de la India, pero ya no me será posible hacerlo de países de allende el mar. Había, pues, límites a su poder.

Entonces uno de nosotros observó: A cien millas de aquí hay una pequeña ciudad donde se fabrican ciertos caramelos, absolutamente especiales de la India. Traednos, pues, algunos de ellos.

Era por la mañana y aquel hombre se sentó en medio de nosotros, a plena luz del día. Poco después él abrió la cajita y se puso a vaciarla con ambas manos, arrojando sobre la mesilla los caramelos solicitados y de ellos hizo enseguida un montón más alto que la cajita. Se le preguntó de dónde brotaba aquel torrente y contestó que quien se lo traía era su espíritu elemental. Se trataba, precisamente, de la clase de caramelos solicitada por nosotros. Los distribuimos entre los niños del poblado, que los saborearon con gran placer.

Esta clase de experiencias, tan difícilmente comprensibles para una mentalidad occidental, son, por el contrario, fácilmente

explicables para el hindú, que os hablará de la propia conciencia puesta en relación con los espíritus elementales.

El siguiente episodio, que extrae de la Revista inglesa *The Occult Review* (1923, pág. 339), es semejante al anterior, pero más complejo.

La Sra. Josephine Ranson relata que, durante su breve permanencia en una gran población situada en la base del Himalaya, conoció a un joven yoghi que se había iniciado desde la primera infancia y con las más severas formalidades en los misterios del Yoga. Y así prosigue:

Aquel joven Yoghi era absolutamente avieso a hacer alarde de sus poderes mágicos, pero llegamos a convencerlo para llevar a cabo alguna cosa para nosotros, que estábamos sincera y seriamente interesados en tales misterios.

Él eligió una noche de martes, día en que adoraba a su divinidad, y, en consecuencia, poseía en más alto grado las facultades supra normales. Vino a nosotros directamente desde la ceremonia de adoración, estaba solo y con las vestiduras reducidas a lo mínimo. Se sentó en medio de nosotros, la iluminación del ambiente permaneció como estaba; formábamos un círculo, en el suelo, estando él en el centro.

El muchacho yoghi preguntó qué cosa se deseaba que él produjese. Alguien pedía el transporte de leche caliente y entonces él pidió un cuenco con agua y un chal; habiendo colocado el cuenco delante de sí, en el suelo, lo cubrió con el chal. Después sumergió la mano derecha en el agua y, cuando la retiró, levantó un brazo, aspergiendo el agua en el aire con un enérgico gesto de los cinco dedos, que mantuvo extendidos un instante. Mientras ejecutaba el rápido gesto, entonaba en sánscrito una evocación mantral. Y siempre evocando a su divinidad, con otro gesto enérgico, elevó la mano, a distancia de un pie, sobre el cuenco cubierto con el chal, manteniendo los dedos extendidos e inmóviles, en sentido horizontal. Fue entonces cuando percibimos el rumor de un líquido que caía dentro de la vasija y a continuación él retiró el chal. Verificamos, estupefactos, que el cuenco estaba hasta sus dos tercios lleno de leche hervida y todavía muy caliente.

Después de cierto tiempo, se pidió el transporte de frutos secos. El yoghi pidió un plato que colocó delante de sí, sin cubrirlo con el chal. Repitió el rápido gesto de la evocación y, en el

momento en que su mano volvía a extenderse sobre el plato, aparecieron en el mismo dos racimos de pasas sultanas secas.

A continuación, otro de nosotros pidió el transporte de un melón, pese a que no era época de melones en el norte de la India. No obstante, tras la habitual evocación y el gesto que la acompañaba, se materializó en su mano un gran melón verde. Parecía cosechado tan recientemente que corría aún la savia del tallo cortado.

Una joven del grupo, a la que no agradaban los dulces hindúes, pidió que se le trajesen dulces europeos y, si posible, chocolate. Nuestro yoghi no conocía el chocolate, como tampoco conocía una palabra de inglés, pues nunca había estado en relación con europeos antes de nuestra llegada. En todo caso dijo que haría lo posible para contentarla, siempre que ella le explicase qué cosa era el chocolate. La muchacha probó a hacerlo, pero evidentemente solo lo consiguió hasta cierto punto, porque, cuando la evocación y los gestos correspondientes fueron ejecutados, se materializó en el plato un montón notable de dulces que no eran de chocolate. Además, parecían de antigua fabricación y estaban también muy poco limpios, de modo que no se presentaban con aspecto muy atrayente y las señoras no quisieron probarlos. Nuestro yoghi, a la vista de la vacilación de ellas, se disculpó por su incapacidad para satisfacer el encargo realizado.

En fin, pidieron frutas aún frescas y no tardó en aparecer en el plato, bajo la influencia de las manos del mago, un montón de manzanas y naranjas de que luego comieron todos abundantemente. Restaron algunas, que conservamos mientras no se estropearon.

Naturalmente dirigimos muchas preguntas al yoghi acerca de la naturaleza y extensión de sus poderes mágicos. Él contestó con franqueza a algunas de nuestras preguntas, pero a otras no lo hizo o no pudo. Considerándonos tan sinceramente interesados, nos hizo saber que él había podido colocarse en estado de ver lo que sucedía durante la producción de los fenómenos, explicando que su iniciación, con los grandes sacrificios que exigía y la austeridad de la vida que llevaba, le habían conferido autoridad sobre cierta categoría de elementales, seres del mundo etéreo que le obedecían al instante y ciegamente. Añadió que, si quisiéramos someternos a una iniciación preparatoria, que él nos explicaría, podríamos ver lo que realmente se produce durante las

manifestaciones. La iniciación preparatoria consistía en ayunar, en nutrirse únicamente de sustancias especiales, en concentrarse en la meditación, evitando toda relación con otras personas. Todo eso nos volvería susceptibles de afinar nuestro poder visual hasta el punto de percibir a los seres etéreos que operaban por intermedio de él.

Con referencia a los episodios de que he tratado en los casos expuestos, observo, ante todo, que no solo han sido obtenidos por encargo, sino que además se produjeron a plena luz del día en el primer caso, y en un aposento normalmente iluminado en el segundo, y que los dos yoghis se presentaron casi desnudos durante las experiencias, tres condiciones de hecho que, combinadas, excluyen toda posibilidad de fraude.

En lo que se refiere a los narradores, pongo de manifiesto que la personalidad notabilísima de la Presidenta de la Sociedad Teosófica excluye, de modo categórico, cualquier duda acerca de la autenticidad de cuanto afirma ella haber personalmente observado. En cuanto a la Sra. Josephine Ranson, se trata de la esposa de un oficial superior del ejército de la India, y lo que ella relata concuerda exactamente con lo que dice la Sra. Annie Besant.

Volviendo a los fenómenos de transporte obtenidos, resalto que éstos se mostraron indubitablemente maravillosos, pero no más que los obtenidos experimentalmente en occidente. Una circunstancia interesante que sucede no raramente entre nosotros es que, cuando los transportes deben ser producidos a plena luz, muchas veces, pero no siempre, los médiums, los yoghis y los hechiceros africanos recurren a idéntica medida de precaución, que consiste en cubrir con un paño el recipiente o espacio en que debe ocurrir el fenómeno, o en servirse de cajas dentro de las cuales se produce aquél. Se diría, en tales circunstancias, que la oscuridad es indispensable para la rematerialización del objeto transportado en condiciones fluídicas. En las célebres experiencias de ese género con la mediumnidad de la Sra. D'Esperance, experiencias a su vez hechas con suficiente luz, la personalidad mediúmnica de Yolanda cubría también con un paño el recipiente en que debían rematerializarse las plantas transportadas. Sin embargo, para muchos otros objetos transportados, tales precauciones no parecen necesarias y se ha visto que el segundo yoghi había cubierto con un paño el recipiente en que debía producirse el fenómeno del

transporte de leche caliente, pero no había hecho uso de él para otros transportes también maravillosos. ¿Por qué? Nadie lo sabe y sería inútil esforzarse en penetrar el misterio de las diferencias existentes entre los objetos materializables a plena luz y los que exigen oscuridad. A nuestros sucesores corresponde la solución del misterio.

En los referidos incidentes, es curiosa la circunstancia del yoghi, que ignorando lo que fuese el chocolate, se esforzó, como Fade, para satisfacer el deseo expresado por la muchacha, consiguiéndolo tan solo en apariencia, lo cual no impidió que el fenómeno obtenido fuese igualmente interesante y quizá más todavía, desde el punto de vista teórico, puesto que sobreentiende en el médium, o si se quiere, en quien a través de él operaba, una facultad de pesquisa supra normal maravillosa y al mismo tiempo limitada por las indicaciones del médium.

Resalto además que, tanto en el caso de la Sra. Annie Besant como en el de la Sra. Josephine Ranson, los yoghis afirmaron que los transportes habían sido obtenidos con el auxilio de espíritus elementales, sometidos a sus voliciones, con la circunstancia de que ellos dicen percibirlos en faena, añadiendo que también los asistentes podrían llegar a vislumbrarlos si se sometiesen a las prácticas disciplinarias indispensables. En suma, podría tratarse de visualizaciones puramente subjetivas y alucinatorias, pero... Podría también ser que no fuese así.

Caso V – Después de los episodios de transportes, por encargo, desde grandes distancias y por obra de yoghis hindúes, me dispongo a relatar un caso igual, no menos maravilloso, obtenido en los Estados Unidos de América con el auxilio de un médium.

Lo extraigo de Light (1911, pág. 507). Su narrador es un diputado por el Estado de California, que no desea ver su nombre publicado; no obstante, no solo lo revela por completo al director de esa Revista, sino que además autentifica su narrativa mediante un testimonio ante notario. El director de Light, a su vez, declara conocer personalmente al relator, que desde hace muchos años es suscriptor de la Revista.

El narrador se suscribe con el seudónimo de Swing y cuenta lo que sigue:

Doce años antes del acontecimiento que me apresuro a exponer, yo había sido elegido Secretario de la Cámara de los Diputados por el Estado de California. En consecuencia, había hecho imprimir doscientas tarjetitas-circulares para participar mi nombramiento, tarjetitas que iban suscritas con el facsímil de mi firma. Me sobraron dos docenas, que guardé en un baúl juntamente con un envoltorio de cartas particulares, que tenía mis razones para conservar. Pongo de relieve que, entre tales cartas, se hallaba una procedente de un eximio músico grandemente admirado por mí. Tanto las tarjetitas como las cartas estaban guardadas en una latita provista de cerradura. La llave era única y yo la traía constantemente en el bolsillo. El baúl estaba depositado en un escondrijo siempre cerrado con llave, en el tercer piso de mi casa.

Dicho esto, cuenta él que una señora conocida suya le propuso cierto día asistir a experiencias de voz directa con un médium particular. Aceptó la invitación por delicadeza, pero con alguna relucencia y, cuando fue, llevó consigo a su esposa. Nada más apagarse la luz, retumbó una voz masculina que preguntó al recién llegado si deseaba que él le trajese alguna cosa. Aquella voz de hombre, que parecía brotar del techo, en un ambiente donde todos los asistentes eran mujeres, no dejó de sorprenderlo, pero, de todos modos, contestó que el transporte de objetos no le interesaba, a menos que se tratase de algún objeto traído verdaderamente de su casa, como por ejemplo cierta latita existente en un baúl depositado en el escondrijo del tercer piso de su casa. El narrador así prosigue:

Se oyó la voz del espíritu comunicante que, sin vacilación alguna, acogió mi propuesta de la manera más gentil posible y observó que, si los presentes entonasen un canto cualquiera a media voz, él intentaría atender mi petición.

Me encontraba sentado y con la mano posada sobre mi rodilla derecha. No habrían transcurrido treinta segundos cuando noté que alguien introducía delicadamente una tarjetita entre la palma de mi mano y la rodilla. Noté, sorprendido y pese a la oscuridad, que quien así procedía lo había hecho sin vacilar, con admirable precisión, justamente como si viese muy bien en la oscuridad. A pesar de esto, yo no estaba preparado para la gran sorpresa que me esperaba.

Anuncié lo que había sucedido y entonces la médium, sentada en el lado opuesto del cuarto, encendió la luz. Con enorme asombro por mi parte, verifiqué que la tarjetita, introducida por debajo de la palma de mi mano, era una de mis tarjetitas-circulares de participación de mi nombramiento como Secretario de la Cámara Estatal. Si bien hacía doce años que no se me ocurría abrir la cajita en que estaban encerradas y aunque pareciese inverosímil que alguna otra persona poseyese tarjetita igual, nueva y sin mancha, como si hubiese sido impresa ayer, pese a esto, pensé que tal posibilidad no fuese del todo descartable. Resultó de ahí que mi escepticismo prevaleció enseguida sobre el asombro y observé a los presentes que, en aquella misma cajita estaban depositadas algunas cartas dirigidas a mí y que, si alguna de tales cartas me fuese traída, entonces yo no vacilaría más en proclamar, en alta voz, la veracidad de los fenómenos de transporte. Dicho esto, la médium propuso apagar la luz y pedir la opinión del espíritu comunicante. Su respuesta fue igual a la primera: los invitados deberían entonar un himno a media voz y él se esforzaría por satisfacer mi deseo. Así se hizo y, tras cerca de un minuto de espera, sentí rozarse por mi rostro un papel volante. Conté lo que sucedía, se encendió la luz y con ésta tuve ocasión de experimentar la mayor emoción de mi vida, pues el papel que había sentido tocarme la cara era la carta del citado músico.

Cuando me dirigí, después de la sesión, al escondrijo, provisto de la única llave existente para abrir la latita, llave que constantemente yo traía en mi bolsillo, verifiqué que la carta del músico había desaparecido y que el envoltorio de las tarjetitas, que estaban sujetas por un elástico, parecía intacto.

A fin de que esa experiencia fuese apreciada y valorada en toda su importancia, que es grande, y para que no se crea que yo haya podido proceder con poco cuidado en el divulgarla, he querido suscribir mi informe ante un notario, prestando juramento acerca de la escrupulosa autenticidad de cuanto en él se contiene. (Sigue el documento oficial, con el atestado del relator y la firma del notario Thomas S. Burne, residente en San Francisco de California).

Todavía en el caso expuesto, la genuinidad supra normal de los fenómenos de transporte se había mostrado incontestable: en primer lugar porque nadie podría imaginar que el nuevo asistente iba a pedir el transporte de un objeto de su propia casa, objeto que sería extraído de una latita cerrada con llave, depositada en un

baúl, que, a su vez, estaba encerrado en un escondrijo en el tercer piso de la misma casa; en segundo lugar, porque, al primer fenómeno de transporte, ocurrido en condiciones insospechables de petición formulada en el momento, ocurrió otro más en confirmación del primero y a continuación de una nueva petición del experimentador. Se pregunta qué otra cosa se podría elucubrar en materia de pruebas positivas, para demostración del origen supra normal de los fenómenos de transporte.

Caso VI – Referido a las famosas experiencias de la Sra. Frondoni Lacambe en Lisboa, con la mediumnidad de la Señora Condesa de Castelvitch, experiencias en que fueron obtenidos numerosos fenómenos de transporte. El caso que voy a contar se realizó después de la publicación de su libro (Maravillosos Fenómenos del Más Allá), y yo lo extraigo de la Revue Scientific du Spiritisme (1922, pág. 276). La Sra. Frondoni Lacombe escribe en estos términos a Gabriel Delanne.

Estimado amigo:

Le envió la descripción de un caso de transporte que me parece interesante. El 7 de los corrientes (septiembre de 1921), a las tres de la tarde, antes de que la Condesa de Castelvitch llegase a mi casa para hacer una sesión, yo dije a las señoras Correia y Pereira que iba a pedir a la personalidad comunicante que me trajese una plantita con raíces, para trasplantarla y cultivarla. Poco después llegó la condesa y la sesión comenzó.

Como de costumbre, aplicamos controles en la puerta. Nada más sentarnos en torno a la mesa, formulé en voz alta mi petición, dirigiéndome a la entidad Bianca de Claverani, que afirmaba haber sido antepasada de la condesa. Tras breves instantes, se materializó una mano por detrás de mi espalda, que bajó a lo largo de mi brazo derecho y colocó entre mis dedos algo que podía ser realmente la plantita pedida. Palpándola con precaución, verifiqué que en torno a ella había tierra húmeda que estaba aplastada por la presión de dedos.

Mis amigas hubieran deseado que yo encendiese la luz, pero me pareció bien no interrumpir la sesión, conservando el objeto transportado entre las manos. He aquí, empero, que tres fuertes golpes, dados enérgicamente en el armario, me hicieron comprender que se quería luz.

Abrí las ventanas y verificamos, con sorpresa, que el transporte consistía en una plantita de Trébol fresquísima, provista de su larga raíz y en la cual se contaban diez hojas en total. En torno a la raíz se adhería un poco de tierra húmeda.

Recuerdo al respecto que la médium no estaba presente cuando expresé mi intención de pedir el transporte de una plantita viva, y que asimismo las dos señoras a quienes la confié, no se alejaron de la sala ni de sus lugares.

Tú bien sabes, estimado amigo, con cuánto cuidado cuidó yo la planta de Trébol que me trajo la entidad espiritual Bianca de Claverani. Tal plantita tiene para mí mayor valor que todas las gemas del mundo.

En otra narración acerca de los fenómenos de transporte la Sra. Frondoni Lacambe proporciona nuevas informaciones respecto de la plantita de Trébol (ídem, pág. 170, 1922). Escribe ella a Delanne:

Describí hace tiempo el transporte singular de una plantita de Trébol. Ahora añado que éste creció regularmente, floreció, dio semillas y secó a su tiempo, como todas las plantas anuales.

Después relató ella este otro fenómeno de transporte obtenido en condiciones igualmente impecables de fiscalización:

En la última sesión, me hallaba sola con la condesa, cuyas manos yo mantenía apretadas entre las mías. De repente, algo muy pesado fue proyectado, con gran estruendo, cerca de nosotras. El incidente asustó a la médium, que no quiso continuar con la sesión. Encendí pues, la luz, verificando que el transporte, arrojado a nuestros pies, era una bandeja de madera pesada, de aquellas que se emplean para llevar alimentos al lecho de los enfermos. Se hallaba encerrada en un armario del que estábamos separadas por dos habitaciones. En consecuencia, la bandeja tuvo que atravesar tres puertas cerradas para llegar hasta nosotras.

Nada de excepcional hay para notar en los dos incidentes supra citados, salvo la consideración genérica y teóricamente importante de que concurren, juntamente con otros, a constituir aquel conjunto de repeticiones del mismo fenómeno bajo formas diversas, las cuales se hacen indispensables para llegar a la demostración científica de la realidad objetiva del fenómeno estudiado y todo esto sobre la base de los hechos.

Observo que el fenómeno del transporte de un trébol fresco corresponde al otro fenómeno del transporte de una hierba, por

intermedio de la mediumnidad de la Sra. Guppy, de modo que la producción del segundo episodio, igual al primero, sirve para hacer a ambos menos inverosímiles. Resalto tal circunstancia, pues es notorio que el criterio de la razón humana está constituido de forma a juzgar como prodigios inverosímiles todos los fenómenos de cierta naturaleza que, produciéndose rara y esporádicamente, no le son familiares, al tiempo que se familiarizan hasta tal punto con los fenómenos realmente prodigiosos que suceden continuamente a su alrededor (como por ejemplo el prodigio de un pollito emplumado y vivísimo que sale de un huevo, tras veinte días de incubación) que los considera acontecimientos banales, que nada de maravilloso hay para notar en ellos. De ahí resulta que la inmensa mayoría de los vivos, inclusive numerosísimos intelectuales pertenecientes a todas las ramas, no se apercibe de que los prodigios y misterios, cuales se observan en los fenómenos supra normales aquí considerados, se muestran como nadería que se puede despreciar, al lado del enorme inescrutable prodigio de los prodigios que es la existencia del universo y de los mundos, de la vida en los mundos, de la conciencia de la vida, de la inteligencia evolutiva en las individualidades pensantes.

Caso VII - Estas consideraciones sirven para hacer menos inverosímil este otro episodio que extraigo del libro del prof. Haraldur Nielsson titulado Mis experiencias espíritas, ya citado, en el cual relata los maravillosos fenómenos obtenidos con el célebre médium islandés Indridi Indridasson. Escribe él en la pág. 34:

Algunas veces obtuvimos este otro fenómeno: la penetración de la materia a través de la materia. Citamos un ejemplo: cierta noche, en que el poder del médium era extraordinario, el espíritu-guía lo informó de que se sentía capaz de intentar la siguiente prueba: recoger un objeto cualquiera en una casa de la ciudad y transportarlo hasta la mesa de las sesiones, a través de las paredes. Esperamos a que el médium cayese en trance y solo entonces entramos en acuerdo sobre la casa a proponer para la experiencia del transporte. Luego informamos al espíritu-guía de que él podría elegir entre la casa del obispo y la de un conocido médico. El espíritu comunicante eligió la casa del médico, observando que lo hacía para eliminar posibles objeciones, puesto que el médium ya había ido algunas veces a la casa del obispo. Resuelto esto se oyeron fortísimos golpes como jamás había tenido

ocasión de oír, ni antes ni después. Continuaron por algún tiempo, después se produjo una pausa y el espíritu-guía anunció que había transportado un objeto desde la casa del médico, a través del techo. Dicho esto, los fortísimos golpes volvieron a atronar y a continuación fue colocado sobre la mesa el objeto entonces transportado, que verificamos ser un gran frasco de cristal en el cual había pájaros conservados en alcohol.

Se telefoneó inmediatamente a casa del doctor, a fin de asegurarnos si el objeto transportado le pertenecía, pero se obtuvo respuesta negativa. El médium, que en ese intervalo había despertado, adormeció nuevamente y el espíritu-guía volvió a declarar que había dicho la verdad, pues él mismo había retirado el frasco de un armario pintado de amarillo, en un cuarto de la casa del médico, donde, en aquel momento, un señor anciano estaba conversando con otras dos personas. Tales informaciones fueron comunicadas al médico, que entonces fue a informarse, verificando que todo lo que había dicho el espíritu comunicante era perfectamente exacto. El suegro del médico se hallaba entonces sentado en conversación con otros dos señores en el cuarto donde se encontraba el armario descrito por el espíritu. El frasco con los pájaros conservados en alcohol pertenecía al sobrino del médico y efectivamente había desaparecido del armario. En suma, un fenómeno de penetración de la materia a través de la materia se había producido positivamente.

Para quien nada entienda de Metapsíquica, el hecho del transporte de un recipiente, lleno de un líquido cualquiera, demuestra una complicación tal, que el fenómeno se considera más que nunca increíble, pero en realidad, que un recipiente transportado esté vacío o lleno de líquido, nada añade y nada resta a las dificultades de la producción de un transporte; es preciso no olvidar que el fenómeno determina previa desintegración y reducción al estado fluídico de la materia que constituye el objeto transportado; y tal estado fluídico de la materia, siendo prácticamente igual para los sólidos como para los líquidos, determina que ninguna diversidad existe en las modalidades de producción de los dos géneros de transporte.

Desde el punto de vista probatorio, observo que el fenómeno en aprecio se muestra importante, visto que un gran frasco, conteniendo pájaros conservados en alcohol no podría haber sido escondido bajo las ropas del médium. Por otra parte, el hecho de

que los propios experimentadores designaron la casa desde la que había de ser transportado el objeto de la experiencia excluye toda posibilidad de acuerdo previo, a lo que debe añadirse otra circunstancia: la de haber sido éste acompañado de otro fenómeno de visión clarividente a distancia, en la cual el espíritu comunicante no solo describe la manera por la cual había traído el objeto transportado, sino que añade haber visto en el cuarto a un señor anciano conversando con dos personas.

Se trata, en suma, de un fenómeno de transporte absolutamente auténtico como los anteriores, pese al curioso objeto elegido por las personalidades mediúmnicas operantes.

Noto además el incidente, extraño y bastante frecuente en los fenómenos de transporte (como en numerosos otros fenómenos físicos), de los fortísimos golpes que se produjeron en las dos fases de sustracción y transporte del objeto designado. Observo que el mismo incidente se verificaba, con frecuencia, en las célebres experiencias del Rev. William Stainton Moses, especialmente antes de la producción de los globos luminosos. Esas manifestaciones ruidosas e inútiles, sin embargo, no agradaban a Moses, por lo cual pidió explicaciones a su espíritu-guía Rector, quien le informó de que no podía evitar la cosa, puesto que se producían todas las veces que hubiese abundancia de fuerzas físicas exteriorizadas, abundancia que era preciso disipar enseguida, para impedir la invasión de entidades inferiores y vulgares, que se verían favorecidas por la existencia de una fuerza de la cual podían servirse mejor que los otros y, siendo así, el modo más rápido para librarse de ella, a medida que se producía, era el de consumirla produciendo golpes, ruidos y estruendos.

Caso VIII – En el interesantísimo y científicamente importante libro del Rev. Charles Tweedale, *Man's Survival after Death*, en el cual expone los maravillosos fenómenos que se produjeron en su parroquia, bien espontáneamente, bien experimentalmente, con la ayuda de la mediumnidad de su propia esposa, se contienen numerosos fenómenos de transporte obtenidos por encargo o a plena luz. Acerca de los obtenidos a plena luz, tendré ocasión de citar algunos en la segunda parte de la presente monografía. Reproduzco aquí un caso de transporte obtenido bajo encargo o, más precisamente, obtenido en respuesta a una petición formulada

mentalmente por el Rev. Tweedale. En la página 469 de la mencionada obra, él así lo describe:

La siguiente notabilísima experiencia muestra cómo se produjo un transporte en respuesta a una petición mía, formulada mentalmente. En día de domingo, 29 de enero de 1911, yo volvía solo del servicio religioso que había celebrado por la mañana. Poco antes había sido informado de que a un señor conocido mío, ferozmente hostil a la pesquisa psíquica, le había sucedido un grave accidente de coche, que había hecho necesario el sacrificio de su caballo. Cuando subía el áspero camino que conduce a la vicaría, del cual distaba cerca de una milla, me divertía pensando cuánto sería deseable que el caballo muerto de aquel escéptico pudiera servir para una manifestación mediúmnica, como la que había sucedido en nuestra casa con el perro de mi tía. Por ejemplo, que pudiese servir para reproducir, en casa de su dueño, la galopada de un caballo al trote, con el correspondiente transporte de una de sus propias herraduras. Así divagando, me hizo sonreír la idea extravagante que había salido de mi mente y pronto la olvidé. Se comprende que durante mi camino hasta la vicaría, no tuve ocasión de comunicar a nadie mi absurda idea.

Al llegar, me dirigí enseguida al cuarto de mi madre y ella fue la primera persona con quien hablé. Sin embargo, antes de que le hubiese dirigido la palabra, me hizo enseguida esta curiosa observación: Tengo algo que comunicarte. Después continuó, relatándome que un cuarto de hora antes había oído un estruendo formidable en la segunda parte de la escalera, como si algo metálico y pesado hubiese allí caído, con fuerza, desde lo alto, para saltar, tintineando, sobre los peldaños y precipitarse en el pasillo que comunicaba con su cuarto. Ella había corrido inmediatamente y, no viendo a nadie en la escalera, había mirado en derredor para encontrar el objeto caído de lo alto con tal ruido. Haciendo así, colocó el pie, inadvertidamente, sobre aquello que buscaba, lo cual le produjo una torsión dolorosa en el pie. Mientras me contaba todo esto, mantenía ella una de las manos oculta tras la espalda y, finalmente, me dijo: Pues bien ¿qué piensas tú que ha caído? Respondí que me faltaba una base cualquiera para adivinarlo y ella entonces dijo: He aquí lo que ha caído de lo alto. Diciendo esto, con gran asombro mío, me mostró una herradura.

¡No resta duda de que mi estrambótica idea, mentalmente pensada, había sido percibida por una de las varias entidades

espirituales que se manifiestan por nuestro intermedio y que quiso ejecutarla, en mi vicaría, pocos minutos después!

En el caso expuesto, la particularidad más notable para los no iniciados en las maravillas de la fenomenología mediúmnica consistirá, sin duda, en el hecho de que un espíritu perciba el pensamiento, mentalmente emitido por el Rev. Charles Tweedale y, en consecuencia, llegue a realizarlo gracias a la mediumnidad de su esposa. Observo, no obstante, que los tiempos actuales son grandemente favorables a la comprensión de tales misterios profundos inherentes al espíritu humano, misterios que hace dos generaciones pasadas, habrían parecido hasta tal punto absurdos e inconcebibles que nadie los tomaría en serio.

Y así observando, me refiero a la analogía muy sugestiva que hoy nos proporciona la Radio, por cuyo intermedio hemos oído en Roma una conferencia que se lleva a cabo en París, Berlín, Londres o incluso allende el mar, y todo esto en el preciso momento en que el orador habla a los oyentes. Ahora, también este fenómeno es una percepción del pensamiento ajeno, a distancias enormes, en todo análogo al que presupone el caso del Rev. Tweedale. Y si se considera que el milagro de la Radio se realiza por medio de ondas eléctricas que, aunque sutilísimas, pertenecen aún al mundo físico, entonces se debería comprender que el fenómeno de la transmisión del pensamiento debería ser mucho más perfecto, porque se trata de vibraciones infinitamente más sutiles y cualitativamente diversas como son las vibraciones psíquicas.

Observo, finalmente, que, en uno como en otro caso, lo único necesario para que el milagro se produzca es la existencia de una relación entre dos estaciones comunicantes, en el primer caso, y entre dos mentes comunicantes, en el segundo, relación esa que, para las estaciones de Radio consiste en la sintonización entre las ondas eléctricas de la estación emisora con la receptora, mientras que, para la transmisión del pensamiento, entre personalidades humanas encarnadas y desencarnadas, es necesaria la llamada relación psíquica, consistente en el hecho de que las dos mentes comunicantes deben haberse conocido previamente o, en otros términos, que no deban ser extrañas la una a la otra. Ahora, en el caso del Rev. Tweedale, tal condición de relación psíquica entre él y las personalidades espirituales operantes existía en plena eficiencia.

Y, una vez eliminada esa aparente perplejidad teórica, el fenómeno de transporte supra citado reentra en el orden normal de los fenómenos del género.

Caso IX – Lo extraigo de la interesantísima monografía de Frederic W. H. Myers titulada La Conciencia Subliminal. Myers declara no estar autorizado a dar los nombres de los protagonistas, pero declara conocer personalmente al relator y personaje principal, al cual fue presentado por el prof. Andrew Lang.

El relator, Sr. O., cuenta que, en el invierno de 1888/1889, había empezado a estudiar los fenómenos espíritas juntamente con dos hermanos y dos amigos suyos, uno de los cuales, de nombre Andrew, se reveló dotado de óptimas facultades mediúnicas. Obtuvieron buenas pruebas de orden inteligente en demostración de la interferencia de personalidades espirituales extrínsecas al médium y a los presentes, entre las cuales la de haber el médium, totalmente ignorante de las lenguas clásicas griega y latina, escrito correctamente en una y otra. El narrador así continúa:

Más que nunca inexplicable fue la prueba proporcionada a un escéptico conocido nuestro. Este señor pidió y obtuvo permiso para asistir a una de nuestras sesiones, pero cuando se vio allí, asumió una actitud que indicaba que él consideraba la cosa como un mero pasatiempo, tanto es así que llevó consigo a otro escéptico de la misma talla. Tan pronto el médium cayó en trance, la entidad mediúnica habitual empezó observando: Se encuentran presentes personas extrañas. Tal observación pareció a nuestros huéspedes poco concluyente y banal, por lo que uno de ellos pidió jocosamente al espíritu que hiciese alguna cosa que lo convenciese de su presencia real. La personalidad mediúnica entonces le preguntó cuál era la prueba que él deseaba y el otro, siempre de manera bromista, dijo: Hela, pues. Tráeme una vela. La idea probablemente le había venido a la cabeza por encontrarse a oscuras. Nada más formulada la petición, una vela fue colocada ante quien la había solicitado, con la exigencia de que se marchase de allí enseguida.

Se verificó que la vela estaba caliente en la parte del pabilo, lo cual se debía a que había sido utilizada, un momento antes, en el cuarto contiguo. En efecto, mi hermano salió a continuación, pidiendo a la dueña de la casa una vela y la buena señora se había dirigido al lugar en que momentos antes había colocado el

candelabro, quedando estupefacta al descubrirlo en su lugar, sin la vela. Entonces mi hermano le hizo ver la vela que tenía en las manos y ella la reconoció como la que había utilizado poco antes. Por otra parte, no podía haber dos opiniones al respecto, ya que no había otra vela en toda la casa.

Ese fenómeno fue el más importante que obtuvimos hasta aquel día y su importancia reside en lo siguiente, que puede ser considerado como una prueba equivalente a la demostración del hecho de haber un objeto sólido pasado a través de otra materia sólida, visto que la vela había pasado de un cuarto para otro, aunque las dos puertas permaneciesen cerradas con doble vuelta de llave.

Este interesante episodio fue recogido e investigado por Myers. Digo interesante por la inesperada modalidad con que fue producido y esto en correspondencia con la actitud burlona asumida por quien había formulado la petición de un transporte especial. Y es de presumir que el experimentador escéptico no haya vuelto a burlarse tras la tan inesperada como instantánea ejecución de su irónica invitación, combinada con la lección que le fue infligida con su inmediata exclusión del círculo.

Respecto del valor probatorio del fenómeno en sí, no me parece ser el caso de observar que éste no admite dudas de cualquier especie: fue obtenido bajo encargo y quien lo pidió fue un incrédulo que, a título de burla, formuló una extraña petición. Por otra parte, la vela transportada fue hallada con el pabilo aún caliente y esto en correspondencia con el hecho de ser la única vela existente en la casa, vela que había sido apagada, un poco antes, por la persona que de ella se había servido en el otro cuarto de la casa. Y me parece que basta.

Caso X – Extraigo el siguiente caso de otra monografía de Myers publicada en los Proceedings of the S.P.R., vol. VII, pág. 189.

El caso fue recogido e investigado por el prof. William Barreto, sin embargo Myers declara, a su vez, conocer al narrador, Sr. C, y al protagonista del caso, Sr. H. El narrador no quiso que fuesen publicados los nombres de los experimentadores, tanto más porque la salud del médium se resentía de la emoción soportada en las circunstancias aquí consideradas. Myers así se expresa al respecto:

El asunto aún es hasta tal punto penoso para el Sr. H. que es prudente no hablar de él en su presencia. He de añadir que es este el único caso que conozco en que una sesión mediúmnica haya causado consecuencias penosas y persistentes sobre la salud del sensitivo, por cuanto, infaliblemente, el agotamiento o la sobreexcitación que puede sufrir éste es temporal y de brevísima duración. El Sr. H. se conserva robusto como era y ejerce con igual eficiencia su profesión, no obstante, sus nervios no se han rehecho todavía de la gran conmoción emocional que el extraño incidente le ocasionó.

El Sr. C., el narrador, adelanta que algunos años antes habían empezado a interesarse por las experiencias mediúmnicas, obteniendo los acostumbrados fenómenos iniciales, tales como los movimientos de mesa, las conversaciones tiptológicas y los raps en la madera. Todo esto lo llevó a experimentar con médiums profesionales y no tardó en convencerse de la realidad de ellos, permaneciendo, no obstante, escéptico en cuanto a su origen supra normal. Cierta día, hallándose en la ciudad de Lotivestoft con su mujer, otra señora y un amigo íntimo, decidió que hiciesen experiencias juntos. La mesita se agitó enseguida y, tiptológicamente, dictó que el amigo, Sr. F., era un médium poderoso. En efecto, poco después cayó en trance y se produjeron fenómenos de transporte de objetos, levitaciones de mesa y penetración de la materia a través de la materia. Cuando el Sr. F. despertó, pidió disculpas por haberse quedado dormido, no recordando nada y encontrándose perfectamente bien. Volvimos a experimentar con la mesa, que dictó tiptológicamente lo siguiente: Yo amaba a F. Se pidió el nombre de la entidad comunicante y dio el nombre de Katie. Este nombre produjo impresión tan penosa sobre F. que fue preciso suspender la sesión. La tercera vez que retomamos nuestras experiencias, se verificaron otros fenómenos de transporte; después, al débil claro de la luna, vimos el fantasma fluídico de una señora vestida de negro, la cual, acercándose a la esposa del narrador, le colocó las manos sobre los hombros. La señora quedó impresionada y se puso a gritar en sobresalto, a la vista de lo cual el Sr. C. encendió inmediatamente la luz. Cuando recomenzamos la sesión, se verificaron entonces los inesperados fenómenos que se sujetan al punto de la presente clasificación.

A petición mía, el Sr. F. solicitó a la personalidad mediúmnica en cuestión que trajese flores para las señoras, y al momento dos

puñados de flores de la sierra (era en octubre) fueron puestos delante de él.

El Sr. F. se sentaba con los pies entrecruzados a las piernas de la propia silla para impedir que lo arrastrasen hasta el suelo, como había sucedido la noche anterior. Súbitamente exclamó: Me quitan la chaqueta. Diciendo esto, fue arrastrado hasta el suelo; pese a que mi esposa no había dejado un solo instante de sujetarlo fuertemente por las manos, él fue despojado completamente de la chaqueta. Añádase que sus botas altas fueron halladas encima de un sofá, alejado diez metros, y su pañuelo fue encontrado en el ángulo opuesto del cuarto, reducido a un montón de nudos.

Poco después recomenzamos la sesión y pedí que se me trajese algún objeto de mi casa, pero se me contestó negativamente. Entonces el Sr. F. pidió, a su vez, que le trajese un objeto de casa de él. Nada más formulada la petición, se puso agitado, después entró en profundo trance y ante él cayó la fotografía de una joven. Un cuarto de hora más tarde, el Sr. F. despertó y mi esposa le mostró el retrato, que él miró de soslayo, se apresuró a ponerlo en el bolsillo y prorrumpió en llanto, exclamando: No desearía que esto sucediese por todo el oro del mundo.

Tal fotografía era la única copia existente del retrato de una joven a quien el Sr. F. había profesado gran afecto. Se encontraba en su casa en Bayswater, en un álbum dentro de un mueble cerrado con llave. Cuando volvimos a la ciudad tuvimos ocasión de verificar que la fotografía había desaparecido del álbum y la esposa del Sr. F., que ignoraba nuestras experiencias, nos contó que, en la noche y a la hora correspondientes a la producción del fenómeno de transporte, había oído, en su propio cuarto de dormir, un tremendo ruido que llevó a los varios miembros de la familia a preguntarse qué había sucedido.

Mi esposa expresó el deseo de ver la fotografía y el Sr. F. llevó la mano al bolsillo para recogerla, pero con gran consternación suya, verificó que había desaparecido.

Decidimos acabar de una vez con nuestras experiencias, pero como el Sr. F. hubiese quedado muy perturbado con la desaparición de la fotografía, mi esposa sugirió que se realizase aún otra sesión, con la esperanza de recuperarla.

Cuarta sesión – Soy fuertemente tocado en la cabeza por un cojín del sofá. Un objeto roza nuestras manos para después

atravesar la mesa y desaparecer; es delicado como una pluma. El Sr. F. pide flores y frutas y pronto caen encima de la mesa muchas flores y muchas manzanas, fruta de la estación, pero que no teníamos en casa. La Sra. A. pide alguna cosa de su propiedad e inmediatamente le es puesto en las manos un objeto suyo, que se hallaba encima de otra mesa. También mi mujer pide algo para sí. Luego el Sr. F. cae en trance, y se abate sobre la mesa la fotografía desaparecida el día anterior.

Esta vez, en cambio, el médium F. no recuperó rápidamente sus condiciones normales. Tuvo crisis alternadas de inconsciencia y delirio, que duraron cinco horas. Después readquirió sus facultades normales, pero quedó agotado. Al día siguiente pidió a su esposa que quemase la fotografía, lo que fue llevado a cabo en su presencia.

Extraigo además estos detalles de la respuesta proporcionada por el relator a un cuestionario que le dirigió Myers:

Condiciones de luz – Se experimentaba bajo la llama del gas rebajada, pero el aposento estaba suficientemente iluminado para vernos distintamente los unos a los otros, así como para ver cualquier objeto en él existente. Añádase que era el período de luna llena y su claridad, esparcida por las dos ventanas, hubiera sido suficiente para que cada cosa se hiciese visible. Además, formábamos una cadena, tomándonos de las manos.

La sesión en que tuvo lugar el transporte de la fotografía llevó desde las diez hasta las once de la noche, pero yo no dejé a mi amigo F. hasta las tres de la mañana.

Al siguiente día, después de la cena, llegó una carta de la esposa del Sr. F., en que describía el incidente del ruido que se había escuchado en el cuarto de dormir, añadiendo que se había oído en el vecindario. No hemos podido interrogarla posteriormente, pues ella ignoraba nuestras experiencias, al tiempo que, por orden del doctor, ninguno de nosotros debería hacer referencia a lo sucedido en presencia de F., que se ponía muy nervioso cuando oía mencionar el caso.

Me detengo aquí en las citas, aunque todavía haya detalles y consideraciones importantes para notar.

Me acuerdo de haber citado antes (caso V) un episodio literalmente análogo en especie al presente, y en que el experimentador pidió el transporte de tarjetitas y cartas contenidas en una cajita cerrada con llave, en su casa, y es enseguida

satisfecho. La diferencia entre los dos episodios consiste en esto: que el segundo transporte ocurrió también bajo encargo y fue, a su vez, extraído de un mueble cerrado con llave, en casa del experimentador, pero consistía en un objeto que él no hubiera nunca deseado que le fuese traído, pues evidentemente le despertaba recordaciones penosísimas. No se dice si la personalidad mediúmnica de Katie, manifestada y materializada en tal circunstancia, es la misma representada en la fotografía transportada, pero la emoción experimentada por el médium, al percibir aquel nombre y las palabras proferidas por la entidad espiritual: Yo amaba a F., no dejan dudas al respecto.

De entre los detalles dignos de atención, noto el del ruido escuchado en el cuarto en que se hallaba la fotografía transportada y eso en el momento preciso en que el fenómeno del transporte tenía lugar. Tal particularidad no es nueva y se repite en algún otro episodio del género, pero no es fácil darle una explicación. Precedentemente (caso VII) se hizo notar que, cuando las personalidades mediúmnicas son interrogadas sobre los golpes y ruidos fortísimos, que algunas veces ocurren en el momento justo en que se verifica el transporte, explican que tales manifestaciones ruidosas constituyen el expediente más rápido para librar el ambiente de una abundancia nociva de fuerzas exteriorizadas. Esto dicho, surge la cuestión: tal elucidación, plausible cuando se trata de ruidos producidos en el ambiente en que se halla el médium, ¿deberá ser juzgada igualmente plausible cuando se producen a muchas millas de distancia del médium, en el ambiente en que se verifica la sustracción del objeto pedido?

Ninguna duda hay de que tal plausibilidad podrá sostenerse, y no tengo intención alguna de contestarla, pero al mismo tiempo es verosímil presumir que tales estampidos, escuchados por algunas personas y comparados al estruendo que produciría un mueble que se partiese en pedazos, tengan origen en el fenómeno instantáneo de la desintegración y reintegración de la parte de madera del mueble, desintegración hasta tal punto fulminante que determinase, en menor grado, un ruido correspondiente al producido por un explosivo, visto que el ruido producido por un explosivo se deriva, a su vez, de un fenómeno de desintegración instantánea de un preparado químico, que es materia sólida, como lo es la madera de un mueble.

Desde otro punto de vista, noto además que el valor teórico y el interés dramático inherentes al transporte de la fotografía tienden a hacer olvidar los otros episodios del género ocurridos en la sesión en aprecio, los cuales, por el contrario, son dignos de atención, considerando que, a su vez, han sido obtenidos al tiempo que el episodio de la chaqueta: pese a encontrarse sus manos fuertemente fiscalizadas e inmovilizadas, es un notable ejemplo de penetración de la materia a través de la materia, que por otra parte, está lejos de ser el único en la casuística en examen. Efectivamente, según mis clasificaciones, se anota la existencia de una docena de episodios iguales, que por una parte, sirven para fortalecer lo expuesto, haciéndolo menos inverosímil y, por otra, muestra que los fenómenos de tal naturaleza son realmente muy raros.

Caso XI – Hace algunos años, publicó el Dr. Schwab un libro titulado *Teleplasma und Telekinesis (Teleplasma y Telequinesis)*, en el cual relató las experiencias por él mismo verificadas durante dos años, con la médium particular Sra. María Volhart, cliente suya y perteneciente a distinguida familia, médium de la que declara conocer a fondo su naturaleza física y mental, circunstancia que le ha permitido certificarse, con plena seguridad, de la legitimidad de sus facultades mediúmnicas.

Por lo demás, las condiciones en que se desarrollaron las sesiones, excluyen toda posibilidad de fraude y, pese a que se experimentaba en la oscuridad, ésta no era completa y las infiltraciones de la luz del día permitían distinguir constantemente las sombras del cuerpo de la médium y de todos los asistentes. Además, los fenómenos fueron algunas veces obtenidos bajo luz roja e incluso a la luz del día. Añádase que la médium se sentaba en el círculo con los demás y las manos de todos quedaban siempre inmovilizadas por medio de rigurosa cadena.

El Dr. Schwab publicó numerosas fotografías de los fenómenos, así como el testimonio de unas cincuenta personas que habían asistido a ellos, todas ellas personas que ocupan importantes posiciones, entre las cuales cierto número de médicos y profesores universitarios.

No teniendo en mi poder el libro del Dr. Schwab, habré de limitarme a narrar los fragmentos esenciales del amplio resumen

que le dedicó René Sudre en la Revue Metapsychique, de julio-agosto de 1923. Escribe él:

Los transportes son producidos del siguiente modo: resuenan algunos golpes en la tabla de la mesa y la médium se pone muy agitada. A continuación cae encima de la mesa un objeto, o es depositado suavemente sobre ella. Generalmente son piedras del tamaño de una nuez o de un huevo de pata. Proviene, algunas veces, de la propia casa, pero muchas veces de localidades ignoradas. Fueron, además de esto, transportados libros y jarrones con agua y flores. Un detalle notabilísimo, que sirve para excluir cualquier sospecha de fraude es este: que su naturaleza está en relación con el tema de conversación del momento. Así, por ejemplo, en relación al tema de una conversación, se obtuvo el transporte de ramitos de áspero, de 67 centímetros de largo, dimensión ésta que basta por sí sola para excluir la sospecha de que la médium hubiese podido tener los ramitos ocultos entre sus vestiduras. Algunas veces ella elevaba las manos por encima de la cabeza para recoger, al vuelo, los objetos, sin que para ello fuese abandonado el control de sus manos. Otras veces, ella decía haber sentido colocar sobre su propia cabeza una piedra o incluso una herradura. Si en ese instante llevaba la mano a la cabeza, nada encontraba, pero la fotografía revelaba, por el contrario, la presencia del objeto designado. O se oía el choque de un objeto arrojado encima de la mesa y, en consecuencia, se consideraba que el transporte había llegado, cuando en realidad no era encontrado allí sino algunos minutos más tarde, es decir, el tiempo necesario para que se materializase. En fin, otras veces el objeto transportado impresionaba la chapa fotográfica, si bien en la realidad no fuese todavía visible.

Los objetos transportados, especialmente las piedras, estaban calentísimos. Las plantas, por el contrario, parecían muy húmedas.

Una vez fue traída una flor de un ramillete a tres o cuatro kilómetros de distancia y, todas las veces que se producía un fenómeno semejante, ya estuviese próximo o alejado el ramillete, sus flores eran encontradas en orden.

En otra sesión, cierto arco salió de un cuarto contiguo, aprisionando a un tiempo los dos brazos de la médium y el brazo izquierdo de uno de los controladores, sin que éste último jamás hubiese abandonado el control de las manos de ella.

Obtuvimos, además de esto, el transporte de una rama de haya, salpicada de rocío, la cual, en la penumbra, se vio llegar por encima de la cabeza de la médium, que liberó una de las manos para recogerla en el aire. El día 25 de enero de 1923 obtuvimos el extraordinario transporte de un terrón de tierra con una planta de perejil, en cuyo interior fue hallado un gran gusano blanco que se contorsionaba vivamente.

En la inminencia de un transporte, la médium María Volhart entra lentamente en estado de trance. Sus movimientos respiratorios pasan a ser de 40-45 por minuto y el pulso de 90-95 pulsaciones; la sobreexcitación es grande, las manos y frecuentemente el cuerpo entero son sacudidos por un temblor penoso y la frente se humedece de sudor. Después del fenómeno sobreviene una fase de acentuado agotamiento y la médium pide insistentemente algo de beber y se queja de un malestar general.

Se encuentran, en el caso expuesto, felizmente reunidas numerosas características de los fenómenos de transporte ya por mí anotadas y tratadas antes. Siendo así, atiéndase a la circunstancia de que, cuando los objetos transportados eran de piedra o de metal, se mostraban calentísimos y otro tanto en los varios episodios de transporte de una rama de haya aún salpicada de rocío, de jarros conteniendo líquidos, de un terrón de tierra dentro del cual un gran gusano blanco se contorsionaba vivamente o de un arco que se insinuó entre los brazos de la médium y de quien le controlaba la mano derecha, sin que éste le abandonase el control.

En las experiencias a examen, sin embargo, el detalle más importante es el que los objetos son notados algunas veces por los sentidos del tacto, de la audición o de la vista, ya de la médium, ya de los asistentes, antes de hallarse presentes en la realidad, en estado sólido, cuando el hecho de ser recogidos y fijados por la placa fotográfica indicaba su presencia real in dato, en estado fluídico.

Recuerdo a propósito que he relatado antes (caso II) un episodio semejante, en que una joven sensitiva describió las sombras de las flores que debían ser transportadas algunos minutos más tarde y, al hacerlo, cayó en un error de interpretación que se convirtió en una prueba más en demostración de la objetividad real de cuanto había visto, pues habló de una magnífica rosa roja cuyo tallo tenía tres hojas, cuando en realidad se trataba

de una bella camelia roja, cuyo tallo traía efectivamente las tres hojas señaladas.

Subrayo aún, que esas observaciones de los sensitivos son bastante frecuentes, y que recientemente, con el famoso médium austríaco Meltzer, se repitieron en circunstancias interesantes. Esto sucedió en una serie de sesiones realizadas en Londres, en el año de 1927, en la sede del British College of Psychical Research, sesiones que fueron llevadas a cabo con luz roja suficiente como para vigilar todo movimiento del médium.

El director de la asociación supra citada, Sr. Hetivatt Mac Kenzie, relata, a propósito, lo que sigue:

La producción de los transportes de flores fue indubitavelmente la prueba más satisfactoria de la naturaleza supra normal de los fenómenos. Muchas veces hemos visto las flores cuando se materializaban en las manos del médium, extendidas y abiertas.

Los transportes determinaban casi siempre un estado de trance en el médium y él veía las flores por clarividencia, antes de que se materializasen; ocasionalmente, también algunos asistentes, que nada sabían de tales facultades del médium, anunciaban, a su vez, percibir en el aire las sombras de las flores que poco después llegaban, circunstancia que como se sabe, ya ha sido notada por otros médiums. En la sesión de 1º de noviembre, dos experimentadores, ambos dotados de facultades mediúmnicas, describieron, por separado, las sombras de las flores que veían cerca de la ventana, a seis pies por encima de la cabeza del médium y, poco después, al lado del gabinete, detrás del médium; pero lo más extraño es esto: que, en la noche del 9 de noviembre, cuando mi esposa y la Sra. Crosbie arreglaban la sala de las sesiones, en espera del médium, y ejecutaban su trabajo en presencia de la Sra. Barkel, que a su vez, también es médium, ésta exclamó: ¡El Sr. Meltzer obtendrá esta noche, seguramente, transportes de alhelíes! Le preguntaron ellas el motivo de tal exclamación y contestó que distinguía la sombra de un montón de alhelíes junto al cable de la luz eléctrica que pendía sobre la mesa de las sesiones. Fueron anotadas las palabras de la médium y, aquella misma noche, fueron transportados, en gran cantidad, alhelíes con flores y hojas, hecho muy interesante, tanto más si lo consideramos en relación con otras sombras idénticas, vistas por numerosos clarividentes (Psychic Science, 1923, págs. 17 a 23).

Respecto de esta última curiosa observación de sombras de flores vistas en el ambiente de las sesiones, aun antes de estar presente el médium, relato que una observación igual la hizo el espíritu-guía de la médium Sra. D'Esperance a propósito del famoso transporte de un lirio de siete pies de alto. Los experimentadores preguntaron al espíritu-guía Walter lo siguiente:

-¿Podéis informarnos de qué manera fue transportada la planta?

Walter – No sabría decirlo (el transporte lo había hecho Yolanda). Sé tan solo que la planta ya estaba aquí, antes de que llegaseis. Se hallaba aquí dispuesta para ser materializada, por lo menos una hora antes de que la hubieseis visto.

-He entendido decir que ella ya estaba aquí antes de la sesión.

-Walter – Sí, antes de que asistieseis a la sesión. Yolanda me dijo que la mantenía ya dispuesta y temía que condiciones poco favorables le impidiesen materializarla. (E. D'Esperance, Shadowland (En el país de las sombras), pág. 331).

Para completar, añado que no son raros los casos en que, en lugar de percibirse las sombras de los objetos que deben llegar, se nota, de repente, la fragancia de las flores que están para materializarse, es decir sus perfumes, de modo a poder designar, anticipadamente, la calidad de cada una de ellas.

Cualquiera puede ver la enorme importancia de tales circunstancias en esos hechos, y esto porque concurren eficazmente para demostrar que el fenómeno de la penetración de un objeto cualquiera en un ambiente herméticamente cerrado, se produce por obra de un proceso de desintegración molecular de la materia de que se constituye el propio objeto, a lo cual sucede un proceso de reintegración instantánea, pero nunca con el auxilio de una fantástica cuarta dimensión del espacio que permitiría al objeto penetrar en un espacio de tres dimensiones, herméticamente cerrado. La sonámbula Louise decía a Henri Sacasse: Durante la desmaterialización percibo la desintegración de las moléculas de los objetos que, no obstante, conservan su respectiva posición. El objeto asume, entonces, proporciones bastante mayores, pero su forma inicial no se altera absolutamente.

No me extiendo en tratar, a continuación, sobre la solución aquí propuesta para el gran enigma, porque habré de contemplarla más extensamente dentro de poco, cuando cite el último caso de esta primera categoría de los transportes.

Casos XII, XIII, XIV, XV, XVI y XVII – Termino esta primera categoría, dedicada a los transportes obtenidos en la oscuridad, pero en los cuales se notan modalidades de producción que excluyen toda posibilidad de fraude, con la exposición de seis casos extraídos de mis investigaciones personales sobre los referidos fenómenos, investigaciones esas que se efectuaron en el decenio de 1894-1904, en parte con la mediumnidad de Eusapia Paladino, pero, sobre todo, con la de dos médiums particulares, apreciadísimos amigos nuestros: Luigi Poggi y Tito Aicardi, ambos fundadores, como yo, del Circolo Scientifico Minerva, de Génova, cuyo presidente era el conocido escritor y periodista Luigi Arnaldo Vassalo y al cual pertenecían los profesores Enrico Morselli y Francesco Porro, así como el doctor Giuseppe Venzano.

Los seis casos que voy a exponer han sido ya narrados por mí en amplios resúmenes: cuatro de ellos en mi libro *Hipótesis Espírita* (1902); y los otros dos, producidos después de la publicación del libro, fueron relatados resumidamente en Revistas italianas y extranjeras. Ahora, sin embargo, los reproduzco por extenso, tal como se encuentran registrados en las actas de las sesiones.

Se comprende que en aquel decenio de continuas experiencias, obtuvimos cientos de transportes de todas las especies; no obstante, deseando ceñirme a las reglas de selección que me son impuestas en el presente trabajo, habré de limitarme a los casos ya publicados, si bien entre los todavía inéditos, se anoten algunos más extraordinarios que otros publicados. Bien entendido que los esclarecimientos expuestos no significan absolutamente que en esas experiencias no hubiésemos procedido con las habituales e indispensables medidas de control. Anoto al respecto que el autor cerraba las puertas con doble vuelta de llaves y las guardaba en el bolsillo, mientras todos los presentes hacían rigurosamente la habitual cadena de manos, de modo que las manos del médium eran constantemente controladas. Dicho esto, añado que en lo que concierne a nuestro principal médium – el amigo Luigi Poggi – había una garantía particular en la circunstancia de que, con él, los fenómenos de transporte eran invariablemente anunciados con antelación por las crisis de convulsiones tónico-clónicas que lo acometían (crisis penosísimas para quienes las presenciaban, pero no tanto para el médium, inmerso en profundo trance), las cuales servían para avisarnos de

la inminencia de un fenómeno de transporte, de forma que aquellos de entre nosotros que controlaban al médium tenían todo el tiempo para aumentar su vigilancia.

Estas eran las condiciones en que se produjeron nuestros mejores fenómenos de transporte, condiciones que excluyen igualmente la objeción de una presumible preparación previa de los transportes; ello por la circunstancia añadida de que, cuando se trataba de objetos de piedra o de metal, éstos caían de lo alto con estrépito sobre los muebles o el suelo, y, cuando se trataba de flores o ramos, éstos eran colocados delicadamente en el regazo de las personas a quienes iban destinadas, actos estos que no podrían ser practicados por una persona fuertemente sujeta por las manos.

Como quiera que fuese, repito que faltando en los episodios en aprecio las circunstancias de producción que se exigen para la presente categoría, dejo, pues, de citarlos.

Empiezo por citar dos casos que se refieren a la mediumnidad de Eusapia Paladino. Yo no estuve presente en la sesión en que se verificó ese primer episodio, pero tuve ocasión de entretenerme largamente acerca de él al día siguiente, con las tres personas que sí lo presenciaron.

El Sr. Felice Avelino, deseando obtener manifestaciones de carácter íntimo, de un pariente que se había materializado en la noche anterior gracias a Eusapia Paladino, había dispuesto tener una sesión especial con ella, en la propia residencia de él. Solo asistieron a tal sesión, él, una hermana suya y una joven rusa, también socia del Circolo Minerva. En el edificio no se hallaban otras personas, pues la familia del Sr. Avelino estaba en su casa de campo. Dicho esto, transcribo la parte del relato que concierne al fenómeno de transporte. Escribe el Sr. Avelino:

5 de septiembre de 1901 – La médium estaba controlada por mí a la derecha y por mi hermana a la izquierda.

Hacia el final de la sesión, cuando ya habíamos obtenido cuanto deseábamos en cuestión de fantasmas materializados, he aquí que se abate desde lo alto con ruidoso choque, en medio de la mesa, algo voluminoso y pesado. Extiendo el brazo y tiento la parte superior de la mesa para certificarme de lo que había pasado, y me apareció debajo de la mano un objeto que no tardo en identificar como un pan de cuatro puntas, llamado masa de soda.

Deseoso de ver y analizar mejor este curioso transporte, pido a John permiso para encender la luz, que me fue concedido; pero con sorpresa general, apenas encendida la luz, verificamos que nada más hay allí. Examinamos el interior de los muebles, y finalmente las dos señoras presentes inspeccionan a la médium: todo es inútil, y el pan no es hallado.

Solo me resta recurrir a John, a quien pregunté si por ventura no lo habría ocultado; y él, con un gran golpe descargado contra la mesa, me contestó afirmativamente. Ruego entonces vivamente a John que me lo restituya, pues deseo mostrarlo a mis amigos y parientes. He aquí la respuesta tiptológica de John: Pertenece a la panadería que está cerca de aquí. Si deseas quedarte con él, dame dos sueldos. Saqué enseguida del bolsillo los dos sueldos, invitando a John a recibirlos y él ordenó tiptológicamente: Apaga la luz. Así lo hice y, al mismo tiempo, volvimos a formar la cadena. Yo controlaba a Eusapia con la izquierda y, apretando entre los dedos de la mano derecha la moneda de dos sueldos, levanté el brazo en alto. Y he aquí que una mano bajó de lo alto y me escamoteó de entre los dedos la moneda. Transcurrieron tal vez veinte segundos y he aquí que se hace oír otro golpe ruidoso sobre la mesa, idéntico al que se había oído anteriormente. Encendida la luz, apareció ante nosotros el gran pan de masa de soda, desaparecido poco antes. En cuanto a la moneda de dos sueldos, esa desapareció completamente y no la hemos encontrado en parte alguna.

Como complemento de ese magnífico tríplice caso de transporte del mismo objeto, hubiera sido deseable que, llegado el día siguiente, se hubiese intentado la prueba de una indagación junto al panadero indicado por John, pero indubitablemente no pasó por la mente del amigo Avelino intentarla y esto porque le pareció ciertamente impracticable, tratándose de una casa muy surtida y cuyo propietario no hubiera echado de menos el pan, ni notado el exceso de dos sueldos en caja.

Pese a ello, ese tríplice fenómeno de transporte no deja de ser siempre muy interesante, y asimismo muy precavido contra cualquier presunción de fraude. A tal respecto es de notar el hecho de que se trataba de un pan grande, que no sería fácil de ocultar bajo las ropas de la médium y mucho menos podría escapar al registro a que la sometieron las dos señoras presentes, después de verificada la desaparición del objeto transportado. Y a propósito

conviene observar que la médium, si hubiese producido fraudulentamente el primer gran transporte, no se hubiera permitido el capricho de hacerlo desaparecer, corriendo el riesgo de ser registrada, como en verdad lo fue. Nótese además que, cuando el amigo Avelino elevó su brazo a lo alto, apretando la moneda entre los dedos, la notó arrancada por la mano que provenía de allí, gesto que no podría ser llevado a cabo por una persona sentada y sujeta por las manos.

Ha quedado por comentar el acto de honradez a toda prueba relativo al fenómeno de sustracción de un pan perteneciente a otros, acto de honradez patentado por la respuesta proporcionada por el espíritu-guía de Eusapia. Observo que tal corrección de conducta a propósito de una propiedad ajena se muestra, como regla general, en las personalidades mediúmnicas que dirigen los fenómenos de transportes y las modalidades con que se manifiesta la casuística, así como la particular especie de los objetos transportados lo demuestra de modo impresionante. Ocurre que, desde el punto de vista del origen presumible de buena parte de los fenómenos en aprecio, esa circunstancia de hecho asume tal importancia teórica que no se puede discutirla apresuradamente en un comentario, cosa que me reservo hacer ampliamente en las conclusiones.

*

Este es el segundo episodio ocurrido con la mediumnidad de Eusapia Paladino, el cual, como el anterior, se verificó en la residencia del amigo Felice Avelino (calle Caffaro, 31 – Génova).

Se trata de una sesión especial, con riguroso control científico, presidida por el profesor Enrico Morselli, siendo los otros experimentadores el Sr. Felice Avelino con su hermano y su padre, el Sr. Giuseppe Venzano y yo, redactor del acta. La sesión se llevó a cabo el día 9 de mayo de 1903 y, desde el punto de vista probatorio, el fenómeno más importante se produjo al comienzo, cuando experimentábamos a la luz de una espita de gas con camisa Auer. En tales circunstancias, las faldas de Eusapia funcionaban como gabinete oscuro y, toda vez que observábamos que se inflaban, súbitamente de allí emergía una manita de niño, perfectamente formada y bien visible a todos, que daba un tirón a nuestros pantalones y a menudo se aventuraba fuera de la sombra

de la mesa y, moviéndose rápidamente, tiraba también de los bigotes al prof. Morselli.

Cuando la luz fue apagada, notables fenómenos de materialización empezaron a producirse, pero sería fuera de propósito narrarlos aquí. Ya hacia el final de la sesión, se produjo el siguiente fenómeno de transporte por encargo. He aquí el fragmento de la relación que a él se refiere:

El tiempo está pésimo y llueve torrencialmente. El apartamento del amigo Avelino está situado en el 4^o piso, sin embargo el edificio, en su parte trasera, está apoyado en un monte cortado en ese punto y resguardado por una alta muralla que tiene la altura del referido apartamento. Encima de la muralla hay un jardín con una larga hilera de plantas colocadas en macetas. Entre ellas, por la mañana, yo había notado una magnífica planta de clavel encarnado, en plena floración.

Me dirigí pues, a John, con las siguientes palabras: John, en el jardín frente a esta ventana, hay un bellissimo clavel en flor. Te quedaría muy agradecido si nos trajeses una flor de él.

Resonó sobre la mesa un fuerte golpe de asentimiento y poco después una mano colocó algunas flores encima de mi rodilla. Se encendió la luz, verificándose que, efectivamente, se trataba de los claveles encarnados, cortados, sin duda, de la planta indicada; pero el detalle más interesante del transporte fue este: como en ese momento llovía a cántaros, los claveles se hallaban encharcados de agua.

Ese fenómeno causó extraordinaria impresión al prof. Morselli que, aunque ya reconociese la realidad inobjetable de los fenómenos de materialización de fantasmas, no admitía aún la posibilidad científica y, por consiguiente, la genuinidad de los fenómenos de transporte.

Fue precisamente pensando en esto que se me ocurrió intentar la prueba de un transporte pedido, que no despertase las sospechas del profesor. La tentativa tuvo un éxito superior a la expectativa, ya que no tuve en mente otra prueba acerca de la realidad del fenómeno que la resultante del transporte, por encargo, de determinadas flores, por cuanto éstas llegaron revestidas de una contra-prueba de una autenticidad inesperada: la de estar mojadas porque fuera llovía.

Ya hice notar, en otras circunstancias, que los episodios de este género son bastante frecuentes en esta casuística,

conociéndose transportes de flores salpicadas por trozos de nieve. Añado que se conocen casos de transportes de conchas marinas goteando agua salada y otros de capullos de rosa con los tallos llenos de ácaros (pulgones de la rosa).

En fin, se debe inferir que los transportes llegaban en las precisas condiciones en que se hallaban en aquel momento, para demostrar el fenómeno de la desintegración del objeto y la cosa adherida al mismo objeto, no importando que ésta última sea extrínseca a él.

El siguiente episodio sucedió gracias a la mediumnidad del Sr. Tino Aicardi, cuyas facultades supra normales se revelaron de modo bastante curioso.

Él era un escéptico irreductible en materia de pesquisas mediúmnicas y lamentaba que nosotros, pobres espíritas, nos dejásemos engañar por una vulgar charlatana como Eusapia. Ocurrió pues que, cuando el caballero Peretti lo invitó a su casa a fin de asistir a una sesión con un médium privado, él aceptó la invitación con el propósito declarado de intentar abrir los ojos al amigo y convencerlo de que era víctima de trucos combinados con credulidad, sugestión, autosugestión y no sé cuántas cosas más.

Lo que, por el contrario, sucedió esa noche memorable fue muy otra cosa, pues, tan pronto como se hizo la oscuridad y se estableció la cadena entre los presentes, el recién llegado cayó en profundo trance, no tardando en producirse la manifestación de fenómenos de golpes fortísimos a distancia, de transportes de objetos pesadísimos y de luces mediúmnicas bellísimas, manifestaciones que no habíamos obtenido hasta aquella noche.

Cuando, finalmente, después de dos horas de sueño, el nuevo médium despertó, se apresuró a disculparse con las señoras por la inconveniencia cometida, de permanecer durmiendo como un cerdo durante la sesión. ¡Es fácil de imaginar la sorpresa del mismo, cuando se le contestó agradeciéndole por las magníficas manifestaciones obtenidas con el auxilio de su mediumnidad!

Paso a referir un fragmento del acta de la sesión realizada el día 10 de diciembre de 1889 en casa del caballero Peretti, funcionando como médium el Sr. Tito Aicardi, en la cual se menciona un interesante fenómeno de transporte.

Por boca del médium en trance se manifiesta la entidad habitual de un hindú que dice ser el espíritu de un yoghi desencarnado hacía pocos años; sin embargo, como éste se

expresa en una mezcla de italiano, inglés y sánscrito, casi enteramente incomprensible, el caballero Peretti pide a la entidad comunicante que produzca un fenómeno de transporte como ya había hecho otras veces. Por ejemplo: ¿No podría el espíritu del yoghi obsequiarle una flor campestre traída de los prados de la India?

La personalidad comunicante responde afirmativamente y abandona, rápido, al médium, que cae sobre el asiento, continuando dormido profundamente. Transcurridos unos 10 minutos, el médium se agita, sus manos aprietan convulsamente las de sus fiscalizadores, emite un profundo suspiro y murmura, en voz baja, las siguientes palabras: ¡Pronto! ¡Luz! Se enciende la luz y se encuentra, en la mesa, un ramito de una planta desconocida, de cerca de 20 centímetros, con hojas graciosamente coloridas, pero sin flores. El ramo se compone de cinco ramificaciones dispuestas en torno al tallo, de forma alternada, cada una terminada en cinco hojitas anchas. Estaba fresquísimo, tanto es así que, si se tocaba con un papel la extremidad del tallo cortado, quedaba en éste una mancha verde. Al día siguiente, con el fin de identificar la especie de planta a que pertenecía ese ramo, fuimos en busca de los principales floricultores de la ciudad, pero inútilmente, porque ninguno de ellos jamás había cultivado tal género de planta y no podía clasificarla porque nunca la había visto antes, estando, no obstante, todos de acuerdo en considerarla una exótica planta tropical, cultivada solamente en invernadero. Como ese ramito fue conservado, disecándolo con todo cuidado, algunos años más tarde fue presentado al Prof. Otto Penzig, catedrático de botánica de la Universidad de Génova, que reconoció en él un arbusto bastante común de la flora hindú, con los que se hacen sebes de división, al norte de la India.

He aquí los hechos. Cuando en 1902 publiqué este episodio en mi libro Teoría Espírita, apareció un crítico que, aunque admitiendo la autenticidad de ese transporte, se mostró sorprendido debido a la enorme distancia existente entre Génova y la India, y por ello propuso como explicación más verosímil, que el transporte hubiese sido retirado de un invernadero cualquiera, existente en los alrededores de Génova. Ninguna duda existe de que tal explicación es racional y aceptable, pero no quita el valor probatorio del fenómeno, obtenido bajo petición. No obstante, el prof. Penzig no se mostró de esa opinión, observando que el arbusto de que se

trata, aunque interesante, no tenía ninguna cualidad de belleza floral y ornamental para que fuese exportado y cultivado en un invernadero.

Siendo así, es más probable la versión de que el transporte nos llegó de su país de origen aunque esté muy lejano, a propósito de lo cual repito lo que antes dije, o sea, que en estos tiempos nuestros, en que asistimos a las maravillas de la Radio, con las cuales podemos escuchar en Roma el discurso que en el mismo momento pronuncia el presidente de los Estados Unidos de América, no es para asombrarse si una personalidad espiritual, que no depende de las limitaciones de la materia, se muestra capaz de hacer el viaje de Génova a la India con la misma rapidez con que anda la palabra transportada sobre las ondas etéreas.

Esa especie de escepticismo estaba más que justificado en los críticos de las dos generaciones pasadas, pero ya no lo está en nuestra época, y esta consideración debería enseñar mucho a mucha gente, especialmente acerca de otras formas análogas de escepticismos aparentemente justificados, los cuales están en relación con los misterios que aún envuelven a las manifestaciones mediúmnicas.

Si tenemos bastante paciencia para resignarnos a esperar, podremos estar seguros de que nuevos y asombrosos descubrimientos científicos vertientes sobre el universo oculto e inexplorado de las vibraciones físicas y psíquicas intervendrán a su tiempo para ayudarnos a comprender.

*

El siguiente episodio se produjo con la mediumnidad del amigo Luigi Poggi en la sesión de 27 de febrero de 1901. Estaban presentes los cónyuges Peretti, el Dr. Giuseppe Venzano, el Sr. Adolfo Schmoltz y quien esto escribe. He aquí el relato de la sesión tal como reza la referida acta:

Empieza la sesión a las 20,30 horas y los presentes forman la cadena. Se hace la luz roja y, poco después, la completa oscuridad. El médium cae en trance, casi inmediatamente. Está inquieto y no tarda en manifestarse a su vez una personalidad mediúmnicamente que se expresa con una voz ronca, de timbre acentuadamente barítono. Habla en francés y en las frases que profiere denota extraña imperiosidad. Se le pregunta el nombre a la

entidad comunicante y el médium toma el lápiz y escribe Conde de la Gruyère, tras de lo cual muestra señales de viva agitación y pierde el contacto de las manos de todos los asistentes. Sin romper la cadena, todas las manos se juntan sobre las de él, que empiezan enseguida, de modo curioso e ingenioso, a enlazar cada dedo de sus manos con el dedo de cada mano de los presentes.

No tardan en verificarse las contracciones de costumbre y, enseguida, se producen movimientos convulsivos tónico-clónicos y luego un estado de abandono y relajación. Al mismo tiempo se oye claramente un golpe seco en el suelo como de un cuerpo metálico caído desde regular altura. Se comprende que se trata de un transporte y se pide permiso para encender la luz. Las miradas de todos los presentes se dirigen hacia el punto del piso donde se había percibido la caída del objeto y allí se encuentra un grueso clavo. Mide unos 10 centímetros de largo y su extremidad puntiaguda muestra vestigios, hasta la mitad, de cal seca. El descubrimiento del transporte y la naturaleza del objeto, que los esposos Peretti afirman no pertenecer a su casa, despierta la curiosidad de los presentes, que preguntan a la personalidad comunicante de dónde lo había sacado, habiendo ésta contestado: Lo he sacado de la terraza del vecino de arriba.

Al día siguiente, el Sr. Peretti buscó a sus vecinos, los Sres. E., y les preguntó si por casualidad reconocían el clavo que les presentaba. La Sra. E. pareció reconocerlo y tomando dicho clavo se dirigió, sin más, a la terraza anexa a su apartamento, a donde la siguieron los demás. Llegados allí, notaron la falta de un clavo grueso que sostenía la cuerda sobre la cual se solía tender la ropa lavada para secar. Introducido el clavo en el agujero existente en la pared, verificaron, con asombro, que éste era del mismo ancho del clavo y su profundidad correspondía exactamente a la parte del mismo en la cual habían quedado adheridos los vestigios de cal. Era de notar también que los bordes del agujero no parecían forzados, cosa imposible de conseguir si se pretendiese sacar un clavo grueso sólidamente enclavado en la pared hasta la mitad de su tamaño.

Todo esto sirve para demostrar, de modo irrefutable, que el clavo transportado era el que faltaba en la terraza existente encima de la sala de las sesiones. El Conde de la Gruyère había dicho la verdad.

Los casos de transportes en que se logra identificar el lugar de donde han sido sacados los objetos, están revestidos de un valor probatorio muy notable, además de ser bastante frecuentes en la casuística a examen. Observo al respecto que, entre los episodios relatados anteriormente, figuran nueve con la identificación de los lugares de donde han sido transportados. En cuanto a este décimo caso, noto que, si bien no pueda ser considerado más importante que los demás, sin embargo está extrañamente caracterizado por las modalidades con que se ha logrado identificarlo, colocándolo en el agujero en la pared de que había sido arrancado.

Notable también fue la excelencia de las condiciones probatorias en que se verificó, si se considera que, en el momento en que se percibió, en el suelo, el ruido metálico del objeto que caía desde arriba, el médium no solamente tenía las manos bajo la fiscalización de los presentes, sino que además, con el propósito de poder extraer fuerza de los componentes del grupo, había entrelazado los dedos de sus manos con los dedos de las manos de todos los presentes, los cuales, en consecuencia, tenían en aquel momento las manos inmovilizadas por el médium.

Nadie, por lo tanto, podría haber mistificado, arrojando por el aire el falso transporte para simular su caída desde arriba, mientras que las puertas, como siempre, permanecían cerradas con doble vuelta de llave y las llaves en el bolsillo del caballero Peretti.

Este otro episodio, obtenido por encargo, se dio igualmente con auxilio del mismo médium, Sr. Luigi Poggi:

Sesión de 5 de mayo de 1901 – Se hallan presentes los esposos Peretti, el Dr. Giuseppe Venzano, el Sr. Adolfo Schmoltz y el redactor de esta acta. A las 9 de la noche se apaga la luz blanca, se enciende la roja y se forma la cadena. El médium cae enseguida en trance, permaneciendo en ese estado algunos segundos, para empezar luego a hablar con fluencia extraordinaria en una lengua desconocida, con un acento áspero y bárbaro. Por el modo en como el médium se sienta y la mímica característica con que acompaña su hablar, se comprende enseguida que se trata de un oriental. El caballero Peretti pide a la entidad comunicante que mencione su país de origen, mediante algo que tenga relación con el mismo. Una profunda inclinación, hecha por el médium, nos hace saber que la personalidad mediúmnica ha comprendido y accede a la petición. Se apaga la luz roja y el médium no tarda en pasar por las habituales fases de contracción muscular, temblor convulsivo,

relajación final (no estando de más poner de manifiesto que los dos experimentadores encargados de la fiscalización del médium, ante esos signos precursores, han redoblado la vigilancia). Al mismo tiempo cae, tintineando, desde lo alto, algo metálico que después de caer rueda por el suelo.

Se vuelve a encender la luz, encontrándose una moneda de cobre, de acuñación turca, con las dimensiones de una moneda italiana de dos sueldos, de las de antes de la guerra. Con referencia al idioma hablado por el médium, es oportuno hacer notar que habíamos conseguido recoger y registrar fonéticamente algunas frases pronunciadas por la entidad en correspondencia con expresivos gestos especiales. Pues bien, esas frases fueron al día siguiente sometidas a la interpretación de un oficial del acorazado Turquía, que en aquella ocasión estaba atracado en el puerto de Génova y, no obstante haber sido registradas fonéticamente, el oficial las comprendió, por cuanto, dada la mímica que las había acompañado, ya suponíamos lo que debían significar. No está de más añadir que ni el médium ni ninguno de nosotros conocíamos la lengua turca.

Tal es el interesante transporte obtenido por encargo. Mientras transcribía este relato, tuve la idea de ir a buscar la moneda turca de que habla el texto, moneda que debía ciertamente encontrarse en el gran cofre donde guardo buena parte de los transportes obtenidos en aquel decenio de pesquisas. Hacía muchos años que yo no abría ese cofre y confieso que al abrirlo experimenté cierta emoción al ver ante mis ojos tantos objetos, cada uno de los cuales me hacía recordar vivamente su historia, mientras mi pensamiento volvía, con añoranza, a nuestros compañeros de pesquisas, que ya no pertenecían a este mundo: los cónyuges Peretti murieron, el Dr. Giuseppe Venzano ha fallecido y la médium también murió. No tardé en hallar, entre los objetos guardados en el cofre, la moneda turca de dos sueldos, que tengo ahora sobre la mesa de mi despacho. Está muy gastada por las dos caras. El millar aparece nítidamente, pero no consigo ver los guarismos. De todos modos, se ve que no se trata de una moneda nueva, sino tal vez de un siglo atrás.

Observo que, en el caso a examen, la prueba de la genuinidad del fenómeno de transporte no está fundada solamente sobre el hecho de haber sido obtenido por encargo, sino que resulta además del hecho de que el médium, incorporando una

personalidad espiritual turca, no solo transporta por encargo una moneda turca, sino que se expresa en lengua turca.

Y, siendo así, se deberá racionalmente concluir que el fenómeno de transporte logrado por nosotros, además de ser auténticamente supra normal, es también positivamente espírita, visto que, si el médium y todos los presentes ignoraban la lengua turca, por cierto la entidad que se expresó en tal idioma no era, ciertamente, una personalidad sonambúlica.

Paso ahora a relatar el fenómeno de transporte más importante, teóricamente, obtenido por nosotros en el decenio de nuestras experiencias, consistiendo su importancia en lo siguiente: Se trata de un transporte que se quedó a medias, resultando de ello un valor teórico incomparable, por cuanto esta circunstancia sirve para resolver, sobre la base de los hechos, el problema relacionado con las modalidades con que se realizan los fenómenos de transportes. Bien entendido que tal solución no significa aún que se haya logrado desvendar el enorme misterio. De todos modos, ya es mucho si, con base en lo expuesto, se llega a establecer, definitivamente, en provecho de los futuros investigadores, un principio fundamental de tanta importancia para la orientación de los estudiosos.

La sesión se llevó a cabo en casa del caballero Peretti (Plaza del Carmine) en Génova, el día 19 de marzo de 1904. Este es el fragmento de mi relato en el cual describí los hechos:

Están presentes los cónyuges Peretti, el Dr. Giuseppe Venzano, el Sr. Adolfo Schmoltz y Ernesto Bozzano. Sirve de médium el Sr. Luigi Poggi.

Se apaga la luz blanca, se enciende la roja y se forma la cadena. Nada más caer el médium en trance, se manifiesta su propio padre anunciando que el hijo está bien dispuesto, que todos los presentes se hallan fluídicamente armonizados con él, que hay abundancia de fuerza y que obtendríamos buenas manifestaciones.

Y así sucedió, de hecho, pero no siendo el caso de dar cuenta de toda la sesión, me limito a reproducir el episodio que siguió al caso aquí considerado y es que se manifestó la madre del médium que dijo, a título de prueba de identificación, que traería para su hijo algo que le convenciese. Poco después caía, desde arriba, una piedra oval del tamaño de un huevo de pava y la personalidad comunicante nos informaba de que lo había sacado de la construcción en rústica que ornamentaba su propio túmulo. Hago

notar que el túmulo de la madre del médium se halla en el cementerio de una pequeña ciudad toscana, a una distancia aproximada de 300 kilómetros. Cuando el hijo despertó del trance, confirmó que sobre la sepultura de su progenitora se eleva una construcción en rústica, formada por rocas de conglomerados de aluvión que, como se sabe, se compone de piedras redondeadas y arenas marinas amalgamadas y petrificadas juntas hace siglos.

Animado con el magnífico transporte obtenido, pregunto a la personalidad mediúmnica comunicante si podría traerme un pequeño bloque de pirita que se encuentra en mi despacho, a una distancia aproximada de dos kilómetros. La entidad espiritual observa: El transporte que has conseguido casi agotó la reserva de fuerza, pero lo intentaré. Poco después el médium es tomado por las contracciones espasmódicas que indican la llegada de un transporte, pero cuando se deja caer sobre el asiento, no se percibe ruido alguno de caída de objeto. Pido informaciones a la personalidad comunicante y ésta responde: Me ha faltado la fuerza. He logrado desmaterializar una parte de la pirita y traerla hasta aquí, pero ahora me falta fuerza para volver a materializarla. Encended la luz.

Se enciende la luz y, con enorme asombro de todos, se verifica que la mesa, las ropas y los cabellos de los presentes, al igual que la alfombra y los muebles cercanos, están cubiertos de una capa finísima de un polvillo brillante de pirita y azufre. Terminada la sesión y de regreso a mi casa, verifico en mi despacho que al bloque de pirita le faltaba un grueso fragmento que se podía calcular en la tercera parte del objeto, y se representaba por un profundo tajo en el mismo.

Hasta aquí el relato de este caso excepcional, pero como complemento al mismo, añado que nosotros recogimos, pacientemente, con las puntas de los dedos, una gran parte de aquel polvo impalpable esparcido sobre la mesa, sobre nuestros vestidos y un poco en otras partes, y que la porción que recogí la conservo celosamente en un tubo de vidrio.

A propósito, quiero referirme a una curiosa sorpresa que tuve recientemente y es que, durante muchos años, no habiendo tenido nunca ocasión de tocar ese tubito de vidrio, cuando se me ocurrió hacerlo noté que el polvillo impalpable, por nosotros recogido con las puntas de los dedos, ya no era impalpable y se mostraba bajo una forma granulosa comparable a la menudísima munición de

caza. No podré decir cuando se ha verificado tal transformación molecular, pero probablemente el fenómeno debe haberse producido en seguida de la sesión, cuando el polvillo aún estaba saturado de la fuerza que lo había desintegrado, fuerza que, en parte, ya había iniciado su reintegración, visto que el estado de polvo impalpable en que lo recogimos, indicaba ya un principio de reintegración que, del estado fluídico, lo iba transformando en materia sólida pulverizada.

Dije, al comienzo, que el gran valor teórico del fenómeno por nosotros obtenido residía en la circunstancia de que por él se revelaban, de forma incontestable, las modalidades con que se producían los fenómenos de transporte, misterio éste en torno al cual habían trabajado las mentes de muchos investigadores, propugnando hipótesis explicativas diversas, entre las cuales la muy absurda e inconcebible de que los objetos transportados penetrarían en ambiente herméticamente cerrado pasando por una cuarta dimensión del espacio, hipótesis puramente metafísica, literalmente fantástica y nunca demostrable, lo cual equivale a decir que a través de ella nada se explicará. He aquí entonces que se produce un fenómeno positivamente comprobado que basta por sí solo para destruir la hipótesis de la cuarta dimensión, colocando la cuestión sobre bases experimentales seguras.

Hasta hace pocos meses yo suponía que ese fenómeno por nosotros conseguido fuese el único del género existente en la casuística mediúmnica, pero para gran satisfacción mía, encontré en la Revista Luce e Ombra, de mayo de 1928 un artículo del Guglielmo Civitelli, el cual, a propósito de la cita del caso en aprecio, me recordaba que un fenómeno análogo ya había sido obtenido con la mediumnidad de Eusapia Paladino y había sido narrado a su tiempo por el Sr. Gaetano Miranda. El fenómeno se había producido en Nápoles, en el palacio de la princesa Piccolomini y, en tal circunstancia, se había pedido a John para que transportase un dedalito de plata encerrado en un escriño existente en otro aposento del palacio. Cuando se esperaba la producción del fenómeno, una circunstancia imprevista hizo interrumpir y suspender la sesión. Más tarde se fue a examinar el referido escriño y se verificó que en el lugar del dedalito había una pizca de polvo de plata impalpable.

Como se ve, también en este caso el fenómeno se quedó a medias debido a la brusca interrupción de la sesión, y las

consecuencias resultantes de ello fueron absolutamente idénticas a las del hecho supra citado, si bien el fenómeno se haya producido con modalidad inversa, es decir, que el polvo impalpable de plata, en vez de ser transportado hasta la sala de las sesiones, quedó dentro de la caja donde estaba encerrado el dedalito. De cualquier forma, se trata siempre de un objeto metálico reducido al estado de polvo impalpable por la voluntad de la personalidad mediúmnica operante. Y esto es lo que basta, por cuanto sirve para confirmar que los fenómenos son producidos por fuerza de un proceso de desintegración y reintegración molecular rapidísimo de los objetos transportados, salvo una variante, que no cambia en modo alguno los procesos, no obstante sean éstos aplicados en sentido inverso; es decir, que la voluntad operante se sirve, a veces, de proceso idéntico practicando un hoyo en las puertas, en las ventanas, en las paredes, introduciendo por tal punto un objeto en un ambiente herméticamente cerrado, sin desintegrarlo. Esta última variante del fenómeno fue indicada por la misma personalidad mediúmnica con la cual se obtuvo el transporte incompleto de que se trata. Nosotros ya habíamos notado que, muchas veces, las piedras y los objetos metálicos transportados se hallaban notablemente calientes y otras veces se mostraban térmicamente normales.

Pregunté pues, a nuestro espíritu-guía por qué causas se producían tales alternativas de condiciones térmicas contradictorias y éste nos informó que, cuando los objetos estaban calientes, esto sucedía porque ellos habían desintegrado fulminantemente la materia constituyente del objeto transportado, provocando de tal modo, una reacción térmica más o menos considerable, según la constitución molecular de los objetos; y que, cuando, por el contrario, éstos llegaban térmicamente normales, esto ocurría porque, en lugar de desintegrar el objeto, ellos habían desintegrado la madera de la puerta o de la ventana. Tal explicación desde luego nos pareció enteramente satisfactoria, por la concordancia admirable entre los efectos termodinámicos previstos por la ciencia en la hipótesis de un agrupamiento instantáneo de átomos y esto era lo que se verificaba en numerosos fenómenos de transporte.

A propósito de esto deseo poner de manifiesto la siguiente notabilísima concordancia en las afirmaciones de dos de las personalidades mediúmnicas que se manifestaron en nuestras experiencias, con 25 años de intervalo entre ellas. Me refiero a las recentísimas experiencias del Millesimo en que se interrogó al

espíritu-guía Cristo D'Ángelo sobre el mismo argumento, obteniéndose las siguientes explicaciones, que se muestran sustancialmente idénticas: Para los transportes pequeños, se hacen desmaterialización y materialización de los objetos; para los transportes grandes, se hace la desmaterialización de un punto en puertas y paredes.

No está de más decir cuánto me satisfizo la respuesta de Cristo D'Ángelo, la cual venía a confirmar de modo impresionante la otra por nosotros obtenida hacía tantos años. Observo ahora que las explicaciones no solo concuerdan entre sí, sino que concuerdan igualmente con las que fueron proporcionadas a la Sra. E. d'Esperance y a William Stainton Moses por los espíritus-guías Yolanda y Rector.

Ahora bien, no habrá quién no vea cómo esta unanimidad de informaciones explicativas proporcionadas reviste por sí misma un alto valor teórico, ya que, si las personalidades mediúmnicas concuerdan entre sí, a pesar de que cada una de ellas ignoraba las explicaciones dadas por las demás, esto demuestra que las referidas personalidades alcanzaron sus conocimientos por una experiencia común. Y, como tampoco pueden los adversarios más intransigentes de la hipótesis espírita eximirse de reconocer inteligencia y raciocinio a las personalidades mediúmnicas operantes, resulta que habrán de reconocer que las mismas entidades deben saber cómo hacen para desarrollar los fenómenos que producen. Y, siendo así, evidente absurdo es negar crédito a las explicaciones proporcionadas de manera concordante respecto de las condiciones que determinan los fenómenos de transporte.

Observo además que los lectores encontrarán, en la segunda parte de la presente obra, incidentes de transportes obtenidos a plena luz, en los cuales los experimentadores han visto la desintegración y la reintegración de los objetos ante sus ojos atónitos.

Añado finalmente, que los notabilísimos episodios narrados en el caso XI, en los cuales el médium y los experimentadores percibieron las sombras de los objetos materializándose, confirman aún más la tesis aquí propugnada.

Y me parece que basta para considerarnos científicamente autorizados para declarar teóricamente resuelta, sobre la base de los hechos, la cuestión vertiente sobre las modalidades con que se producen los fenómenos de transporte, es decir, que los

fenómenos se producen por un acto de la voluntad de las personalidades mediúmnicas operantes (no importa, por ahora, si subconsciente o extrínseca), acto de voluntad que tendría el poder de desintegrar y reducir, instantáneamente, al estado fluídico, la materia constituyente de un determinado objeto, de ahí poder introducirla, a través de puertas y paredes, en ambientes herméticamente cerrados, y allí reintegrarla mediante un proceso igualmente instantáneo; o bien conservar la integridad del mismo e introducirlo en ambientes herméticamente cerrados desintegrando una parte cualquiera de las puertas, de las ventanas, de las paredes, lo que equivale a decir que se obtiene un resultado idéntico con proceso diverso.

CATEGORÍA II

Fenómenos obtenidos a plena luz

Tratando de los fenómenos de transporte obtenidos a plena luz, la primera consideración que ocurre a la mente consiste en el hecho de que ellos han precedido en el tiempo a los fenómenos de la misma naturaleza obtenidos en la oscuridad; y esto por cuanto éstos últimos señalaron el comienzo de las investigaciones experimentales modernas, en cuanto que los primeros se manifestaron de manera espontánea, si bien que raramente, en todas las épocas de la historia de los pueblos, al igual que se realizaron siempre y se producen, todavía hoy, entre los pueblos salvajes.

Hago notar, además, que los fenómenos de transporte a plena luz han sido siempre observados, con relativa frecuencia, en las manifestaciones de las vulgarmente llamadas casas embrujadas con desarrollo preferentemente físico y, de modo especial, en las categorías de las manifestaciones designadas con el término alemán poltergeist (espíritu ruidoso o embrujador) y más particularmente en el grupo denominado de apedreamiento, en que son frecuentes los casos de penetración de las piedras embrujadas en lugares herméticamente cerrados.

Recuerdo al respecto que en mi libro (Fenómenos de embrujamiento), tuve ocasión de citar casos verdaderamente interesantes de piedras que penetraban en ambientes herméticamente cerrados, donde eran recogidas calientes o calentísimas, precisamente tal como ocurre en los fenómenos de transporte obtenidos experimentalmente.

No me ocuparé, sin embargo, de los apedreamientos embrujadores e iniciaré mi clasificación con dos casos de transportes espontáneos, obtenidos a plena luz por beneméritos precursores de las modernas disciplinas metapsíquicas, como fueron, sin duda, los antiguos magnetizadores.

Caso XVIII – Aunque el caso del Dr. Billot sea de sobra conocido por frecuentemente citado, no paso el dejar de referirme, a mi vez, a él en esta primera clasificación de los fenómenos de transporte. Como, sin embargo, siempre es narrado en síntesis, mi reproducción del mismo tendrá el mérito de ser una traducción más integral de la narrativa del Dr. Billot, que, como se sabe, lo relató en el libro titulado *Correspondance sur le magnetisme vital* (París, 1839). En dicha obra viene reproducida la correspondencia intercambiada entre el venerando Dr. Billot y el célebre magnetizador Deleuze. El primero había sido llevado, por sus propias experiencias, a la convicción de que, mediante el sonambulismo, era posible comunicarse con los espíritus de los desencarnados, por ello hacía lo posible para infundir en el ánimo de su amigo Deleuze, ya profundamente impresionado al respecto, sus firmes convicciones acerca de esa posibilidad; y, para convencerlo mejor, añadió a las manifestaciones de orden inteligente también el relato de los fenómenos físicos más importantes obtenidos por él mismo, entre los cuales el siguiente, cuya narración empieza como sigue:

Invoco el testimonio de Dios de que todo lo que me dispongo a referir es una verdad sacrosanta.

Una señora, acometida de ceguera parcial, venía, ya desde cierto tiempo, a consultar a nuestra sonámbula, en la esperanza de obtener un remedio capaz de detener el progreso de la amaurosis que ya no le permitía distinguir la luz de las tinieblas.

En la sesión de 17 de octubre de 1820, la sonámbula, consultada, dijo: He aquí... a una joven que me presenta una planta... Está en plena floración. No la conozco... Ella no me dice

su nombre, no obstante, sé que esta planta le es necesaria a la señora J...

Yo pregunté: ¿De dónde podría proceder? La estación es fría y no hay en los campos ninguna planta en plena floración (el Dr. Billot vivía en Mont Liberon, en los alrededores de Apt). ¿Deberé acaso ir a recogerla muy lejos?

No se preocupe, contestó la sonámbula, pues la muchacha que está presente irá a buscarla a donde preciso fuere.

Todavía insistía yo en que la muchacha me revelara en qué localidad se podría hallar la planta indicada, cuando la señora consultante exclamó con gran sorpresa: ¡Oh, Dios mío! Se ha depositado una planta en mi regazo. Oh, Virginia (este era el nombre de la sonámbula), ¿será por casualidad ésta la planta que te ha sido presentada?

Sí, es esa misma, contestó la sonámbula. ¡Debemos agradecer a Dios por tanto favor!

Examiné cuidadosamente la planta. Era un arbusto de tamaño mediano, muy parecido al tomillo. Sus flores labiadas, en forma de espiga, exhalaban una fragancia aromática deliciosa. Sin embargo ¿de dónde provenía esa planta?

Nada se supo al respecto, pero lo que sé muy bien es esto: que de ella no poseo más que un ramito que solo después de insistentes ruegos permitió la muchacha me fuese dado.

Este es el bello caso de transporte que se produjo con el Dr. Billot, transporte que no admite discusión desde el punto de vista de su autenticidad, primero porque se produjo a plena luz, después porque la planta transportada no pertenecía a la flora de la región, incluso porque se hallaba en plena floración y la estación era fría y, por último, porque si ella hubiese estado en el aposento, habría revelado su presencia por el fuerte aroma que desprendía, lo cual se verificó tan solo después de que fue transportada y apareció sobre las rodillas de la consultante. Esta última circunstancia, de haber la señora consultante encontrado sobre sus rodillas una planta, sin que nadie la hubiese visto llegar o caer de lo alto, demuestra que la planta había sido materializada encima de la misma señora, circunstancia común a la mayor parte de los transportes observados a plena luz.

Caso XIX – En otro de mis libros tuve ocasión de citar el caso (1845-1847) que no puedo dejar de reproducir y en el cual traté de

la sonámbula del Dr. Larkin, médico norteamericano que ejercía su profesión en la ciudad de Wrentham (Estado de Massachussets).

Éste no tenía otro objetivo al consultar con la sonámbula que el beneficio de sus enfermos, pero muchos fenómenos no provocados se produjeron, y pronto suscitaron las más feroces hostilidades por parte del elemento clerical de la región.

Resultó de eso increíbles persecuciones contra el doctor Larkin y la infeliz muchacha sonámbula, persecuciones que empezaron con el envío de dos personas a casa del Dr. Larkin con fines de investigación de los hechos.

Fue frente a los representantes de la segunda comisión de investigación cuando se realizó el fenómeno de transporte que voy a relatar, fenómeno que tuvo como consecuencia la convicción del ministro de la iglesia anglicana encargado de la investigación, sobre el origen supra normal de los hechos, lo cual no impidió, con todo, que el Dr. Larkin fuese expulsado de la sociedad civil y religiosa y la infeliz joven condenada a prisión por necromancia.

Lo extraigo de la historia de la Sra. Emma Hardinge-Britten, *Modern American Spiritualism*, observando que esta autora conoció personalmente al Dr. Larkin, y oyó de su propia boca la penosa historia de las inauditas persecuciones de que había sido víctima, que lo llevaron a una completa ruina profesional y económica.

Después de la primera comisión de investigación que había inútilmente torturado, durante un mes, a la joven sonámbula, sin llegar a un resultado, las autoridades eclesiásticas superiores enviaron a una segunda, constituida por el Rev. Thatcher y su esposa.

Ese prelado pertenecía a la comisión religiosa y se había mostrado convencido de las prácticas tenebrosas de Larkin.

Antes de entrar en argumentos, preciso es decir antes que, por intermedio de Mary Jane, la sonámbula del Dr. Larkin, se manifestaban dos personalidades mediúmnicas, una de las cuales – Katy – parecía de orden muy elevado y era quien diagnosticaba las enfermedades y prescribía las recetas; la otra entidad decía haber sido en la vida terrena un grumete, y se expresaba en términos rudos, intercalados con dichos triviales. Era ese grumete quien producía fenómenos físicos de toda especie, entre los cuales los de transporte. No era malo, sino vulgar e inconveniente como un auténtico chiquillo.

Aclarado esto, vuelvo al Rev. Thatcher y a lo que tuvo ocasión de presenciar.

Escribe la Sra. Hardinge-Britten:

En la primera noche de su llegada, el Rev. Thatcher propuso recogerse todos a orar en torno al lecho de la sonámbula y, cuando hacia sus evocaciones rituales, ésta cayó en trance y ofreció a Dios oraciones con tal fervor de sentimiento y con tanta elevación de pensamiento que los ojos del pastor y de todos los presentes se humedecieron de lágrimas. Había empezado la investigación bajo los mejores auspicios.

Y durante la semana de su permanencia, tanto el Reverendo como su señora tuvieron oportunidades de observar toda suerte de manifestaciones, por lo que declararon al Dr. Larkin que se iban plenamente convencidos de la sinceridad y pureza de sus intenciones y de su familia, como también de la autenticidad de los fenómenos sobrenaturales que se producían por medio de la joven sonámbula.

Así prosigue:

Un día en que el Rev. Thatcher con su esposa y el Sr. y la Sra. Larkin se mantenían cerca del lecho de Mary Jane, que se hallaba en estado sonámbulo y respondía a sus preguntas, el Reverendo sacó el pañuelo del bolsillo para sonarse la nariz, pero una fuerza desconocida le agarró las manos y el pañuelo desapareció repentinamente.

De los que allí se encontraban ninguno había salido de su lugar y la mirada del ministro se hallaba vuelta, en ese instante, hacia la joven sonámbula, con lo cual no dejaría pasar desapercibido ningún movimiento de ésta. En esas condiciones, el Rev. Thatcher juzgó que ese incidente dependía, seguramente, de una causa sobrenatural y que, si la causa pudiese ser verificada, de cierta manera tendría importancia decisiva bajo el punto de vista de la investigación de que estaba encargado. Propuso entonces al Dr. Larkin retirarse ambos a otro aposento, dejando a las dos señoras encargadas de buscar el pañuelo, examinando con atención a la muchacha, su cama, sus ropas, en fin, todo el cuarto. La búsqueda se llevó a cabo, con resultado negativo. Después de esto, las dos señoras transportaron a la muchacha para otro cuarto, y los Sres. Thatcher y Larkin iniciaron, por su cuenta, una segunda búsqueda más minuciosa en el cuarto, después de haberlo cerrado con llave. Cuando estuvieron bien seguros de que el pañuelo había

desaparecido por una causa sobrenatural, se reunieron todos nuevamente en torno al lecho de la sonámbula que, en ese momento, se hallaba bajo la acción del grumete. Éste expresó ruidosamente su satisfacción por la confusión de todos, diciendo que el pañuelo él lo había transportado a su tierra natal, Alemania.

El Dr. Larkin evocó entonces el espíritu de Katy, que venía siempre a restablecer el orden en los apuros de las manifestaciones. Katy se manifestó, pero cuando le preguntaron por el pañuelo desaparecido, dijo no saber nada al respecto y que, si deseasen recobrar el pañuelo, a título de complemento de prueba, debían dirigirse directamente al espíritu que había producido el fenómeno.

El Rev. Thatcher estaba muy interesado en el acontecimiento y propuso seguir el consejo de Katy. Se evocó entonces nuevamente al espíritu del grumete, que, después de haberse divertido a costa del encargado de la investigación y de haberse hecho de rogar mucho, prometió traer el pañuelo a la una y media de la mañana. Por lo que se ve, la hora fijada por el grumete era incómoda para la restitución del pañuelo desaparecido y bueno es recordar que, cuando él prometía algo, cumplía escrupulosamente su palabra, pero gustaba de fijar horas incómodas para los experimentadores, alegrándose como un chiquillo que se burla del prójimo.

Desde el momento en que se hizo la promesa hasta la hora de su cumplimiento, la muchacha no se volvió a dejar sola y, por un exceso de precaución, la examinaron nuevamente, al igual que su cama. En seguida, los experimentadores se sentaron alrededor de la cama, despertándose alternativamente, durante las horas de sueño.

Cerca de la una de la madrugada, el espíritu de Katy se manifestó para prevenir de que todos debían permanecer despiertos hasta que los espíritus cumplieren la promesa de restituir el pañuelo. Entonces las señoras hicieron a la sonámbula sentarse en la cama y le extendieron los brazos y las manos sobre las sábanas; a continuación le ligaron los brazos a las barras del lecho con dos servilletas, a fin de inmovilizarlos. Todos permanecieron de pie en torno a la sonámbula y el Rev. Thatcher se mantuvo al lado de los pies de la misma, para observarla de frente.

En determinado momento, él le dirigió una pregunta, y al hacerlo, extendió la mano un poco abierta, en la cual le apareció el

pañuelo que le había sido arrebatado. Simultáneamente, se oyó la voz del espíritu del grumete que, riendo ruidosamente, apostrofó al Reverendo con las siguientes palabras: Le devuelvo ese harapo de paño que le agrada tanto.

Esto fue cuestión de un segundo: un momento antes la mano del Reverendo estaba vacía, un instante después tenía él su pañuelo en la palma de la mano. Nadie lo había visto llegar, puesto que se había materializado en la propia mano del Sr. Thatcher. Éste extrajo el reloj del bolsillo y verificó la hora; era precisamente la una y media de la mañana.

Algunos días más tarde, el Reverendo enviaba una circular a todos los pastores protestantes del contorno, describiendo los fenómenos a que había asistido y en ella expresaba, solemnemente, la certidumbre de que tenían origen sobrenatural.

Declaraba él que el Dr. Larkin y familia no eran culpables de fraude, embuste o connivencia alguna, y que los fenómenos que se producían en su casa eran para una investigación científica seria y profunda. Añadía que todo investigador tenía el deber de iniciarse en las nuevas experiencias con un espíritu de gran serenidad, despojándose de cualquier prevención y prejuicio, y pedía que se reuniese, sin demora, una comisión de estudio entre los ministros del culto.

Sabias palabras de un hombre consciente y valeroso, que no se arredró de testimoniar el propio error, en homenaje a la Verdad; pero aquellos a quienes se dirigió eran bastante diferentes. A los ministros del culto no interesaba saber la verdad, pues su fin era el de sofocar, en su nacimiento, la chocante novedad de orden espiritual, lo cual exigía a todo trance la ruina del desdichado médico, y lo consiguieron.

Pasando a considerar el transporte referido, observo que sería difícil encontrar un caso que se haya producido con mayores garantías de fiscalización.

Verdaderamente, este consiste en doble fenómeno de transporte obtenido a plena luz y con la sonámbula sujeta por los brazos a las barras de su propia cama.

¿Quién, entonces, depositó en la palma de la mano del Reverendo Thatcher – que se encontraba junto a la cama – el pañuelo transportado?

Noto que, en este caso, como en el precedente, nadie ha visto la llegada del objeto transportado, lo cual demuestra que ha sido

materializado en la palma de la mano del encargado de la investigación, al igual que en el caso del Dr. Billot, en que la planta de Tomillo de Creta fue materializada en el regazo de la señora consultante.

Tal prodigio, si bien inconcebible para nuestros conocimientos científicos actuales, parecerá menos inverosímil cuando se considera lo que escribí en mi obra titulada Pensamiento y Voluntad, fuerzas plasmadoras y organizadoras, de la cual sobresalen, apoyados en la base de los hechos, que el pensamiento y la voluntad son también fuerzas creadoras del espíritu encarnado.

Es un misterio formidable, pero una verdad hoy ya incontestablemente demostrada, que no tardará en ser científicamente confirmada, visto que hechos son hechos y acaban siempre por triunfar frente al misoneísmo humano.

Caso XX – Me decido a citar también el famoso caso dúplice de transporte de una mesita mediúmnica, sucedido con el prof. Zollner, visto que el caso, aunque ocurrido en condiciones probatorias inobjetables, pareció increíble en su época y no fue tenido en cuenta como merecen ser siempre tales casos. Hoy, en cambio, no se podría sostener lo mismo, por cuanto casos análogos al aludido se han multiplicado por todas partes.

El prof. Zollner se refiere a él en los siguientes términos:

A las once y media horas aproximadamente, a plena luz solar (día 6 de mayo de 1877), fui espectador de un fenómeno tan extraordinario cuan inesperado.

Como de costumbre, yo me había sentado al lado de Slade, en torno a una mesa de juego de 45 kilos de peso. Ante mí, junto a dicha mesa, había una mesita de madera de abedul cuya altura era de 77 cm y el diámetro del disco de 46. Pasado un minuto aproximadamente, de habernos instalado en torno a la mesa grande, con las manos en cadena sobre ella, vimos moverse, con lenta oscilación, la mesita mediúmnica. Podíamos verla perfectamente, pues su disco era más alto que el de la mesa grande. Sus movimientos aumentaron rápidamente y luego se acercó a la mesa grande e, inclinándose lentamente, se introdujo debajo de ella, poniendo los tres pies en dirección a mí. Durante otro minuto nada más ocurrió, porque Slade y yo no teníamos idea alguna acerca del desarrollo del fenómeno, tanto es así que Slade

se disponía a tomar de una pizarra y un lápiz para preguntar a los espíritus-guías si debía esperar otras manifestaciones, cuando tuve la idea de mirar debajo de la mesa para observar con exactitud la posición en que se hallaba la mesita mediúmnica. Con indescriptible asombro de ambos, vi que bajo la mesa no había nada: la mesita mediúmnica había desaparecido, no encontrándose en lugar alguno del aposento, pese a haberla visto un minuto antes.

En espera de que retornase, Slade y yo nos sentamos nuevamente en frente a la mesa grande, uno al lado del otro, del mismo lado de la mesa y frente al mismo punto en que se hallaba un momento antes la mesita mediúmnica.

Habíamos estado unos cinco o seis minutos en ansiosa espera de lo que pudiese suceder, cuando repentinamente Slade anunció percibir en lo alto unas luminosidades. Sin bien yo nunca había logrado percibir nada en materia de luces, seguí con la mirada la dirección señalada por Slade, mientras que nuestras manos permanecían constantemente apoyadas sobre la mesa grande, unidas en cadena.

Hago observar que, sin intención alguna por mi parte, sino a causa de nuestra proximidad, estaba en contacto con el hombro derecho de Slade. Éste miraba, más que nunca sorprendido, hacia varios puntos del techo y, en esto, me preguntó otra vez si yo percibía la gran luminosidad que invadía el ambiente. Respondí negativamente, si bien estaba mirando siempre y me había dado la vuelta para observar un punto en el techo detrás de nosotros, cuando percibí, a cinco pies de altura, la mesita desaparecida, que descendía rápidamente, con las patas hacia arriba, viniendo a caer sobre la mesa grande. Instintivamente, tanto Slade como yo nos alejamos, uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, a fin de evitar un posible golpe, pero no lo hicimos a tiempo y ambos fuimos golpeados en la cabeza: yo muy fuertemente en una témpora, tanto como para sentir, aún al cabo de cuatro horas, el dolor que me ocasionó el porrazo.

Tal es la narración del prof. Zollner acerca del extraordinario fenómeno que él mismo presencié.

Como muy bien observa el Sr. Masse, el carácter inesperado y extraordinario del fenómeno es de naturaleza tal que no deja a los escépticos otro recurso que la hipótesis de una alucinación colectiva o un embuste. Y, efectivamente, el doble transporte de una mesita, a plena luz del día, en un cuarto herméticamente

cerrado, en presencia de dos experimentadores que se mantienen unidos por las manos, excluye absolutamente todas las variedades de hipótesis de fraude. Y, además, si el fenómeno de transporte ya se muestra inexplicable por la hipótesis en referencia, cómo explicar el hecho de que la mesita bajase oblicuamente desde arriba, a cinco pies de distancia de los experimentadores: ¿Quién, pues, la arrojó desde lo alto, imprimiéndole una trayectoria que, desde una esquina del techo, se dirigía hacia la mesa del centro? ¿Y dónde hubiera podido esconderse, antes, una mesita de 77 centímetros de alto?

Basta; parecería absurdo seguir discutiendo respecto de la hipótesis de fraude, al igual que sería absurdo comentar la hipótesis alucinatoria, visto que ambos experimentadores resultaron contusionados, muy fuertemente, con la caída brusca de la mesita mediúmnica, lo cual demuestra que cayó de lo alto algo bastante pesado como para lastimar a los dos, aunque se hayan apartado en el momento. No restará, por tanto, a los escépticos sino el recurso de refugiarse en la mentira, pero no se han atrevido a mencionarla y todos han preferido, como siempre, salir del apuro ignorando el fenómeno. Entre las modalidades con que se produjo este fenómeno destaca la circunstancia de que la mesita mediúmnica, antes de ser transportada, fue colocada debajo de la mesa grande; esto quiere decir que la personalidad espiritual operante, antes de proceder a la desintegración molecular de la mesita, trató de atenuar el obstáculo neutralizante de la luz del día, aprovechando la sombra moderada de la mesa mayor y, probablemente, trató también de evitar los efectos de la mirada humana.

Otra circunstancia a destacar reside en el hecho de que, en el momento en que se esperaba el retorno de la mesa menor, es decir, la rematerialización de la misma, el médium Slade vio, en lo alto, una intensa luminosidad difusa que, presumiblemente, representaba el primer proceso de condensación de la materia fluídica de que estaba constituida la mesita desintegrada.

Finalmente, con referencia al caso expuesto, resta aún preguntarse si se ha verificado un fenómeno auténtico de transporte doble de la mesita mediúmnica, o si por el contrario, ésta fue desintegrada y reintegrada en el sitio, sin transportar la materia a otro lugar, o sea, con la exclusión de la característica especial de los verdaderos transportes que es el fenómeno del paso de la

materia a través de la materia; y todo concurre para hacer presumir que esta segunda interpretación de los hechos sea la verdadera.

Casos XXI, XXII, XXIII – Relato ahora tres casos semejantes al anterior por su aspecto, con la diferencia única de que estos son auténticos fenómenos de transporte que se produjeron con el paso de la materia a través de la materia.

Extraigo los episodios del libro del Rev. Charles titulado *La Supervivencia del Hombre Después de la Muerte*, por mí antes citado (caso VIII), en el cual narra las manifestaciones mediúnicas, en parte espontáneas, que se produjeron en su propia vicaría, con el auxilio de la mediumnidad de su esposa. No está de más añadir que el Reverendo no es tan solo un ilustre ministro de la iglesia anglicana y teólogo eminente, sino además un hombre de ciencia y astrónomo de renombre, miembro del Instituto Real de Ciencias de Londres.

Este primer incidente se produjo en ausencia del Reverendo y en presencia de una hija suya y de una sirvienta. Escribe él:

El día 11 de noviembre de 1913, mi hija Marjorie y una sirvienta se encontraban en el comedor, debajo de la lámpara central, cuando vieron salir, lentamente, del techo, un largo bastón de tres pies, que cayó sobre la mesa sin dejar en el techo signo alguno de su paso.

Este otro episodio sucedió en el cuarto de dormir del Reverendo, estando presentes él y su esposa médium:

El 29 de enero de 1911, cuando en pleno día mi señora y yo nos encontrábamos en el dormitorio, un pesado objeto de toilette penetró en el cuarto a través del techo y bajó lentamente encima de las almohadas.

No será inútil añadir que los objetos de que se trata quedaron en sus lugares y al examinarlos fueron hallados reales, sustanciales, objetivos.

Este tercer episodio, descrito con más amplios detalles, parece por demás notabilísimo bajo sus múltiples aspectos. Escribe su narrador:

A las 21 horas 20 minutos; mi madre tenía una pequeña herida en el cuero cabelludo. En el comedor nos encontrábamos mi esposa y mi progenitora, todos en apretado grupo, pues la tercera estaba sentada en una butaca, mientras mi esposa le apartaba el cabello con la mano a fin de examinar la herida y yo, junto a ella,

observaba. Se me ocurrió, no sé cómo, levantar los ojos y vi algo saliente que parecía brotar de un punto en el techo, en el ángulo del cuarto, cerca de la ventana, a cierta distancia de mi esposa – que estaba de espaldas a aquel punto – como tres yardas y cuarto, y cerca de cuatro yardas de mí, que me encontraba frente a ella. Y he aquí que sale un objeto de aquella parte del techo, el cual vuela a través del referido aposento, siempre junto al techo, toca en la pared donde estaba arrimado el piano, cae encima de él haciendo resonar sus cuerdas, y de ahí al suelo, donde rodó durante cierto tiempo.

Me apresuré a recogerlo y verifiqué, con sorpresa, que se trataba de un frasquito de unguento para la cura de la herida, frasquito ese que mi madre tenía guardado bajo llave en su armario. La intención del transporte era evidente: el unguento había sido transportado para que con él untasen la herida que mi madre tenía en la cabeza.

He aquí los tres casos ocurridos a plena luz, en los cuales los objetos transportados penetran en el aposento a través del techo y lo hacen con modalidades que permiten una observación precisa del hecho, visto que, en la primera vez, el objeto sale lentamente del interior del techo, en la segunda vez desciende despaciosamente sobre las almohadas y en la tercera, el observador ve salir del techo algo prominente que pronto se muestra como un objeto que cae encima del piano.

También a estos tres casos, como al de Zollner, son aplicables las observaciones de Massey: Para los escépticos a todo trance, no existen hipótesis con que explicarlos, exceptuada la presunción de embuste y esta es una presunción más absurda e inverosímil todavía que todas las demás hipótesis inaplicables al caso, tanto más si se considera que el Reverendo, para las manifestaciones más extraordinarias contenidas en su libro, tuvo el cuidado de presentar las declaraciones juradas de todos sus familiares que las presenciaron, inclusive las de los sirvientes. Se deberá, por tanto, alejar la presunción de un embuste colectivo con base en perjurios.

Dejando de lado esta tan absurda como gratuita e injuriosa hipótesis, observo que, en el transporte del frasquito de unguento, se debe tener en cuenta la circunstancia de que dicho frasco estaba encerrado en un mueble de la madre del Reverendo, presumiéndose, pues, un auténtico fenómeno de transporte del objeto a través de la madera de ese mueble y esto combinado con

la intención de la personalidad mediúmnica operante, que transportó el unguento para que con él se untase la herida en la cabeza de la progenitora del Reverendo.

Los lectores no iniciados en los misterios perturbadores de las manifestaciones metapsíquicas, se asombrarán sobre todo con el caso del bastón que apareció bajando del techo y con el del frasquito que cayó con fuerza desde el mismo, pero ¿qué hacer? Los hechos son los hechos y nuestros asombros, por más justificados que estén, no harán que los hechos dejen de ser hechos.

Por más que se quiera procurar comprender hasta donde sea posible y, basándose en cuanto se puede conocer al respecto, se deberá presumir que, en las circunstancias expuestas, se verificó una de las siguientes eventualidades fenoménicas: o bien la personalidad mediúmnica operante, por un acto de la voluntad, desintegró dos lugares del techo para dar paso al bastón y al frasquito, o entonces desmaterializó los objetos transportados de modo a dejar filtrar su materia, reducida al estado fluídico, a través de los innumerables intersticios atómicos de la materia del enlucido para reintegrarla instantáneamente, a medida que iban saliendo del techo, por lo cual, tanto en uno como en otro caso, los espectadores tuvieron la impresión de que los objetos fuesen, por decirlo así, impelidos a viva fuerza a través del techo, trabajo que, naturalmente, sería imposible hacer sin dejar en el enlucido ninguna traza de su paso.

Caso XXIV – Recojo también un episodio en el libro del Rev. Tweedale, ya que se trata de una obra muy seria y bastante importante. Escribe él:

El día 28 de noviembre de 1910, hacia el mediodía, desapareció imprevista y misteriosamente del bolso de mi madre un manajo de llaves; no obstante nuestras diligentes búsquedas, no lo encontramos en parte alguna.

Sobre las seis de la tarde, estábamos mi esposa, mi madre y yo, reunidos alrededor del hogar de leña en el comedor, no habiendo otras personas en el aposento, que estaba bien iluminado. Mi madre estaba sentada en medio, mi mujer de pie a su izquierda, y yo me encontraba también de pie, a la derecha de mi madre y frente a mi esposa. Hablábamos acerca de la misteriosa desaparición del manajo de llaves.

Inesperadamente percibí que, desde el ángulo del techo opuesto a la puerta, es decir, en el lado del cuarto donde no había puerta, ni ventana, ni agujeros en la pared, bajaba oblicua y velozmente algo brillante en dirección a mi mujer y la golpeaba en la nuca con gran ímpetu, para rebotar hacia atrás y caer a una distancia de casi tres yardas y media del punto en que ella se hallaba. Mi mujer profirió un grito agudísimo, causado por el garrotazo y por la sorpresa, pero sin sentir dolor alguno a causa de la gran cantidad de cabello allí enrollado. Traté de recoger enseguida el objeto llegado de esa forma y, con gran asombro nuestro, verificamos tratarse del manojito de llaves desaparecido del bolso de mi madre seis horas antes, sobre el cual hablábamos en el momento justo en que fue proyectado desde el techo.

Declaro, con referencia a las llaves lanzadas sobre mi esposa desde un rincón de un aposento en que no había nadie, que estoy tan seguro de ello como de cualquier otro punto importante de mi vida y que estoy dispuesto a jurarlo ante cualquier notario. (Ídem, págs. 467/8).

Así, en este caso como en la mesita del prof. Zollner, se repite la circunstancia probatoria de que el objeto transportado fue visto descender oblicua y velozmente desde lo alto de la esquina de un aposento donde no había persona alguna, lo cual sirve para excluir cualquier posibilidad de práctica fraudulenta.

En el caso a examen, es evidente la intención con que fue producido el fenómeno, sobre todo porque se verificó en el preciso momento en que hablábamos sobre la misteriosa desaparición de aquel mismo manojito de llaves transportado; después, porque fue arrojado con fuerza encima de la médium, pero justamente contra la parte de la nuca en que un moño en el cabello impedía que le fuese causado cualquier mal.

En cuanto al fenómeno inicial del transporte del mazo de llaves del bolso en que se hallaba, es posible considerarlo como de origen no supra normal, por cuanto el mazo podía haberse extraviado naturalmente, sin cualquier intervención; pero el otro caso, es decir, el del transporte de las llaves desaparecidas, demuestra que el primer fenómeno se liga al segundo, de modo que debe ser también considerado de orden supra normal.

Resta por responder la siguiente pregunta: ¿dónde se hallaba el mazo de llaves o la materia de las llaves, reducida a estado fluídico, durante las horas transcurridas entre el fenómeno de

asport y el de apport? En los comentarios al caso X se encuentra bien desarrollada la declaración del médium y de los experimentadores, que vieron muchas veces la sombra de los objetos transportados antes de que éstos apareciesen materialmente en el aposento, mientras que algunas personalidades mediúmnicas, entre las cuales Walter, guía de la señora D'Espérance, afirmó en varias ocasiones que la materia fluídica del objeto transportado quedaba provisionalmente acumulada en el ambiente en que éste debería ser materializado.

Considerando tales aclaraciones, se debe inferir, muy presumiblemente, que la materia fluídica de que estaba compuesto el mazo de llaves debía encontrarse en el ambiente en que fue materializado y, si así fuese, entonces el caso es igual al de la mesita de Zollner, además por el hecho de no tratarse de un fenómeno de transporte propiamente dicho (por cuanto ha faltado la circunstancia fundamental del paso de la materia a través de la materia), sino de un fenómeno de desintegración y reintegración instantánea de un objeto en el lugar, lo cual no deja de demostrar su importancia teórica.

Caso XXV – Lo extraigo de los Anales des Sciences Psychiques (1911, págs. 119/124). Se trata de un caso de poltergeist, es decir, de manifestaciones físicas espontáneas de embrujamiento, que se produjeron durante algunas semanas en presencia de un muchachito de 14 años, manifestaciones en que se verificaron frecuentemente casos de asport, con restitución de los objetos en el espacio de algunos días.

El caso fue rigurosamente investigado por el conocido magnetizador y ocultista Hector Durville que mantuvo al médium en su residencia durante todo el tiempo en que duró su transitoria facultad mediúmnica.

Escribe Durville:

El médium inconsciente, en torno al cual se produjeron tales fenómenos, es un muchachito de nombre Raymond Charrier, nacido el 20 de julio de 1897 en París...

Viernes, 23 de diciembre de 1910, encontrándose él en la escuela, se arrojaron piedrecitas y habichuelas contra la puerta del aposento en que se hallaba. A partir de tal día los fenómenos se volvieron frecuentes e inquietantes. Un vaso se elevó en el aire y, cayendo al suelo, se partió en pedazos. Los cubiertos cambiaban

de lugar en la mesa puesta: cuchillos, tenedores y cucharas eran proyectados desde todas partes por manos invisibles. Objetos de toda especie desaparecían de casa para caer de lo alto algunos días más tarde.

Útiles de trabajo eran arrojados sobre el muchachito, que recibía, además de eso, puñetazos formidables, era sacudido y maltratado, siendo cierta vez arrancado violentamente de la cama. Otra vez, yendo para la escuela, le desaparecieron los zapatos, los zuecos, la chaqueta y el abrigo, solo quedándole los calcetines, los pantalones y la camisa. El domingo le fue devuelta la chaqueta, algunos días más tarde le fue restituido el abrigo y a continuación también los zapatos, pero los zuecos todavía no habían vuelto cuando, ocho días más tarde, el muchachito dejó la región de Saint Sauveur.

El padre hizo que Raymond fuese visitado por el doctor Berillon, que se contentó con manifestar que él no creía absolutamente en los fenómenos de que se le hablaba. Entonces el padre acudió a mí, y yo decidí traer a Raymond a mi casa a fin de no perderlo de vista un solo momento. El sábado 28 de enero partí con el jovencito para Montmorency, localidad en que yo poseía una pequeña residencia y ello con el propósito de observar, en la más completa tranquilidad, los fenómenos que podían producirse... Coloqué una cama para él en mi propio cuarto, para fiscalizarlo mejor.

A partir de tal momento yo garantizo la autenticidad de los fenómenos que me dispongo a exponer, fenómenos extraordinarios, inverosímiles, inadmisibles en el sentido actual de nuestros conocimientos científicos...

En este punto el Sr. Durville relata una larga serie de las habituales manifestaciones de poltergeist: golpes fortísimos por todas partes, transportes y rotura de vajillas, colchones violentamente arrancados de las camas, cenizas de fogón esparcidas abundantemente sobre personas y muebles. Todo ello a plena luz del día, o bien iluminado por lámparas eléctricas que se encendían y apagaban por sí solas. Añádanse las violencias personales contra el médium, alcanzado por puñetazos misteriosos y formidables, mientras Durville lo sujeta por las manos y siente el rimbombar de los golpes en la espalda del aterrorizado muchachito que llega a doblarse con el impacto de un único porrazo. Me limito

a narrar algunos de los fenómenos de asport que Durville tuvo ocasión de presenciar:

Lunes, 30 de enero – Entre aquella granizada de pequeños objetos que caían de todas partes: terrones de azúcar, castañas, patatas, etc. – acabamos por sentirnos cansados y, en cuanto tuvimos una pequeña tregua, el muchachito y yo decidimos salir. Calzo los zapatos y Raymond se dispone a hacer lo mismo. Toma sus propios zapatos, los coloca al lado de la cama y después extiende la mano para recoger uno de ellos: ambos zapatos habían desaparecido. Teniendo, aún así, deseo de salir, digo a Raymond que me espere en su lugar, y llevo de vuelta mis zapatos, que coloco al lado de la silla en que se encuentra Raymond sentado. Él extiende la mano para recogerlos: sólo estaba uno de ellos. Observo espantado, en silencio. En ese momento, Raymond se levanta. Cuando miro nuevamente para el lugar, verifico que también el otro zapato desapareció. Registro todos los rincones del cuarto, busco por arriba, inspecciono la cocina, el gabinete, los otros dos cuartos, pero los zapatos desaparecidos no se encuentran en parte alguna. Mientras tanto el bombardeo continúa y yo quiero salir, de cualquier modo. Raymond calza los zuecos que le habían quedado, pone el capote y recoge el bonete. Extiendo la mano para recoger el sombrero y el bastón que yo había colocado en el perchero cerca de la ventana: ¡el sombrero y el bastón se habían esfumado! Confieso sinceramente que, después de haber durante tanto tiempo deseado presenciar manifestaciones de esa especie, yo, fuerte, sano, robusto, equilibrado en lo físico y lo moral, y que nunca temblé frente al peligro, confieso francamente que me siento tomado por un desasosiego penoso. Experimento la impresión de constricción angustiosa en la región epigástrica como la que sigue a una violenta conmoción: siento que el miedo se apodera de mí... Presa de fuerte emoción, llamo a Raymond y salimos inmediatamente...

Sábado, 4 de febrero – a las 7:30 de la mañana suenan golpes en la cama de Raymond y después en la pared por detrás de él. A las 7:45 algunos folletos, puestos en el pequeño estante, son lanzados contra la ventana, pasando por encima de mi lecho. Con el ruido que hacen en el aire, Raymond despierta... Algunos minutos más tarde mi atención se ve atraída nuevamente hacia la ventana y veo a uno de mis zapatos, desaparecido el viernes, caer lentamente a lo largo de la ventana y depositarse en el suelo.

Almorzamos a escape, mientras desde todas partes caían objetos en el cuarto. Nos vestimos para salir. Raymond ya está listo y yo le mando ir delante. Cuando iba por el pasillo, mi bastón, desaparecido hace días con el sombrero, cae por detrás de él, produciendo un ruido igual al de la caída de un grueso leño que se hubiese despeñado desde cuatro metros de altura.

Raymond ya salió y yo vuelvo sobre mis pasos a fin de recoger el sombrero encima de la mesa. Cuando me hallo a un metro de la puerta del cuarto, veo el colchón levantarse, dar la vuelta y caer al suelo juntamente con el sombrero. Lo pongo en su lugar, recojo el sombrero, no me cuido de cepillarlo, lo pongo en la cabeza, tomo el bastón y abandono más que de prisa la casa embrujada.

Domingo, 12 de febrero – Estos tres fenómenos se produjeron uno tras otro, en 8 o 10 minutos (colchones atados fuertemente con cuerdas, que se soltaron e igualmente cayeron al suelo). Digo a Raymond que se levante rápido. Almorzamos con gran prisa y en condiciones no agradables, ya que un bombardeo formidable surge de todas partes: son folletos, son libros, son utensilios de cocina y objetos de toda especie que vienen proyectados desde todas las direcciones.

Los fenómenos se suceden con tal rapidez que me es absolutamente imposible tomar nota de ellos.

Pongo de relieve tan solo lo siguiente: Raymond toma las chaquetas y yo le pido que lo haga rápido, puesto que deseo huir de esa cosa terrorífica. Cuando él da el primer paso, extendiendo la mano para recoger el sombrero y el bastón colgados del perchero cerca de la ventana y oigo a Raymond exclamar: ¡Sujétalo que sube! ¡Oh, sube, sube!, señalando mi sombrero que, verdaderamente, desaparece a pocos centímetros de mi mano. Y ya no lo vemos en parte alguna. Digo a Raymond que salgamos de prisa. Él sale y, cuando se encuentra en el pasillo, mi bastón, que yo había dejado colgado del perchero, es violentamente proyectado en su dirección y cae detrás de él, con enorme ruido.

Cierro la puerta y bajo precipitadamente. Raymond está esperándome. Partimos inmediatamente para París.

Al domingo siguiente, el sombrero desaparecido ante mis ojos, fue devuelto por mi hijo Andrés, que lo encontró sobre una pila de periódicos en el estante del comedor...

He aquí una muestra de las manifestaciones de embrujamiento observadas por Hector Duville en su propia casa, casi siempre con el muchachito médium. No será inútil poner de manifiesto que, entre las citadas manifestaciones, hay un buen número de ellas que excluyen, de modo absoluto, cualquier forma de prácticas fraudulentas. Pensemos en los golpes dados en las paredes cuando Raymond se hallaba durmiendo en la cama, vigilado por el narrador. Pensemos que, en las mismas circunstancias, algunos folletos, colocados en el pequeño estante, fueron arrojados contra la ventana, pasando por encima de la cama en que se hallaba el relator y que, tan solo con el ruido de la caída llega el médium a despertar de su sueño. Recordemos que, algunos momentos después, en idénticas condiciones, el narrador ve uno de sus propios zapatos aparecer después de algunos días, bajar lentamente a lo largo de la ventana y depositarse en el suelo. Recordemos, finalmente, el colchón levantándose por sí solo y resbalando para el suelo en presencia del relator y en ausencia del médium, que se hallaba fuera. Y me parece que basta.

En las consideraciones que Durville hace seguir a su relato, resalto dos observaciones perfectamente concordantes con otras formuladas, en todos los tiempos, por numerosos observadores de los fenómenos en cuestión, una de las cuales se refiere a la circunstancia de que nunca ellos llegaron a sorprender un fenómeno en el momento preciso en que comenzaba y la otra de que muchas veces el ruido que producían los objetos cayendo era muchísimo mayor o inferior al que debían producir normalmente.

A propósito de la primera observación, escribe él en estos términos:

Nunca he visto un fenómeno desarrollarse por entero ante mis ojos. Las lámparas eléctricas se encendían continuamente por sí solas, circunstancia en que los conmutadores giraban regularmente.

Mientras tal suerte de manifestaciones se producía en sucesión, yo miraba, con insistente atención, para el conmutador que entonces no giraba y la lámpara no se encendía; sin embargo, si yo me distraía por un instante sin mirar, el conmutador súbitamente giraba y se encendía la lámpara. Siendo así, nunca he visto un objeto elevarse en el aire desde el lugar en que me hallaba. Lo veía solamente caer y todo a más de metro y medio del lugar donde se desplomaba.

A tales observaciones del narrador se puede añadir la circunstancia de los calzados y sombreros que desaparecían siempre cuando los espectadores distraían por un momento su atención.

En mi volumen sobre los Fenómenos y Manifestaciones registré diversas observaciones semejantes. Por ejemplo ésta, que extraigo del caso XXIII. El relator del acontecimiento así escribe al Sr. Myers:

Nadie ha visto nunca un proyectil en el momento en que partía ni pudo percibir si había recorrido primeramente al menos quince centímetros desde el punto inicial, lo cual lleva a considerar otro de los lados del misterio y es que los proyectiles solo se movían cuando nadie los miraba y cuando no se esperaba por ellos... A veces uno de nosotros vigilaba atentamente un trozo de madera durante unos buenos minutos y éste no se movía, pero si el observador se distraía por un momento, ese trozo saltaba sobre nosotros... Nunca hemos podido verificar si los trozos de madera empezaban su vuelo de modo visible o si por el contrario, aprovechaban un segundo de distracción por nuestra parte.

Noto que observaciones análogas ya se han hecho desde los principios de las investigaciones metapsíquicas. En los famosos relatos del Sr. F. Livermore sobre sus propias experiencias, en que se materializaba su esposa Estela (1860-1865), resalto lo siguiente, relativo a un episodio en que la mano materializada de Estela escribió, a plena luz, un largo mensaje:

Se procuró no observar con mucha insistencia el fenómeno y sí durante breves instantes y ello para no perturbar con nuestras miradas la fuerza en acción. Como el fenómeno duró casi una hora, tal circunstancia no impidió nuestras observaciones.

De ello queda claro por qué las personalidades mediúmnicas operantes son llevadas a producir los fenómenos en el momento en que la mirada humana se distrae también por un mínimo tiempo. Ya se sabía que la mirada humana irradia una fuerza, por lo que se debe inferir que tal fuerza actúa en contraste con la otra fuerza exteriorizada en las manifestaciones a examen, inferencia que hodiernamente no debe asombrar a nadie después del descubrimiento de la telegrafía sin hilo y de la radio, que tanto enseñaron al hombre sobre el universo inexplorado de las radiaciones eléctricas, magnéticas, psíquicas, que, en todas partes, señalaron nuestra ignorancia, pero que hoy han llegado ya a ser

apreciadas, sirviéndonos de ellas para nuestros fines. Del mismo modo el hecho notable de una voluntad operante que llega a marcar, con tan infalible exactitud, el instante fugacísimo en que la mirada humana se distrae de un determinado objeto, nos deja en verdad estupefactos, y nos lleva a preguntar de qué naturaleza puede ser la voluntad que así se comporta: ¿extrínseca o subconsciente? La hipótesis espírita no tiene necesidad de los fenómenos de poltergeist para ser confirmada, pero, de cualquier modo, las observaciones expuestas aconsejan no apresurarse a generalizar, ni siquiera en materia de fenómenos de poltergeist.

A propósito de la otra observación acerca de los objetos que caían produciendo un rumor enormemente mayor o extrañamente inferior al que deberían producir normalmente, Durville se expresa en los siguientes términos:

Cuando algunos objetos caían, producían un ruido formidable. Dos libritos se desplomaron encima de mi cama y mi bastón cayó por detrás de mí ocasionando estruendos completamente espantosos. Por el contrario, algunos objetos bastante pesados, como por ejemplo, uno de los desaparecidos zapatos de Raymond, cuando cayó de lo alto, junto a la cabecera de mi cama, no produjo más ruido del que hubiera podido hacer un bastón.

Nótese que, en mi libro al respecto (Fenómenos de Embrujamiento), uno de los narradores de las manifestaciones de poltergeist (caso XXVI) observa:

Poco tiempo después, objetos que había en el cuarto, incluso las chinelas y las pantuflas, se pusieron a volar en todas las direcciones, batiéndose contra el techo y las paredes, algunas veces silbando en el aire, pero lo más extraño es esto, que cuando ellos caían sobre la gruesa alfombra extendida en el suelo, producían un ruido que no estaba en relación con la causa, y así, un trozo de guata, retirado de la cama, cayó produciendo un choque semejante al de un cuerpo sólido muy pesado, y al revés, un pesado cuerpo sólido cayó sin ruido...

Las concordancias de tal naturaleza, referentes a circunstancias de manifestaciones tan contrarias a la normalidad, concurren admirablemente para demostrar la autenticidad supra normal de los fenómenos de que se trata, lo cual no se muestra superfluo.

En cuanto a la interpretación del extraño fenómeno, la empresa no es fácil. Todo cuanto se puede destacar a propósito, es esto:

que del fenómeno, que es contrario a las leyes de la acústica combinadas con las leyes de la gravedad, se debe discernir una manifestación intencionalmente deseada por la personalidad mediúmnica operante, tal vez incluso para demostrar a los vivos, de forma incontestable, la naturaleza supra normal de los fenómenos que producían.

La naturaleza teóricamente interesante de la modalidad con que se producen los fenómenos de poltergeist aquí considerados, me hace casi olvidar que yo los citaba a causa de los episodios de poltergeist que contenían. De cualquier forma, las consideraciones expuestas se refieren tanto a los fenómenos de poltergeist en general como a los fenómenos de asport realizados en las circunstancias expuestas, los cuales no fueron vistos en el momento en que se producían y cuando los objetos transportados eran restituidos, cayendo de lo alto y produciendo ruidos que no se correspondían con la causa.

Caso XXVI – No puedo dejar de resumidamente aludir a los interesantes aunque desordenados fenómenos de transporte obtenidos, contra su propia voluntad, por el prof. Ochorowicz, durante sus experiencias con la médium Stanislas Tomczyk. Digo contra su propia voluntad, porque es sabido que el citado profesor se hallaba de tal modo absorbido en el estudio de los entonces llamados rayos rígidos o filamentos fluídicos que se producían con la médium, en correspondencia con movimientos de objetos sin contacto, que se puso tenaz y firmemente a investigarlos y no quiso ocuparse de manifestaciones de orden superior.

La consecuencia fue que, con excepción de tres únicos episodios, los fenómenos de transporte obtenidos por él, a su pesar, no presentan gran valor probatorio y esto debido a que, visto que él no los deseaba, necesariamente debían darse en desorden y por sorpresa, y asimismo, aunque se hubiesen producido casi siempre a plena o a media luz, el elemento sorpresa les restaba toda importancia científica. De todos modos, son auténticos y solo debemos lamentar la obstinación del prof. Ochorowicz en repudiarlos.

Hago notar que también declaraba haber obtenido fenómenos de desintegración y reintegración de la materia, reservándose hablar de ellos oportunamente, pero en ese intermedio él falleció y, en consecuencia, se perdió preciosa oportunidad para una

investigación rigurosamente científica de los fenómenos en cuestión.

A fecha de 11 de enero de 1909 escribe él:

La Srta. Stanislas regresó fuerte y bien dispuesta, después de una breve estancia en el campo y sus disposiciones parecen excelentes. Me propongo medir su potencialidad con el dinamómetro; sin embargo, antes de que ella subiese al cuarto del primer piso y encontrándose todavía en el aposento de la planta baja, un trozo de madera se precipita por las escaleras, fenómeno inútil y fatigante, a consecuencia del cual el dinamómetro solo marca una fuerza muscular de 20 y 20.

Además, ella acusa un poco de dolor en la frente y su sensibilidad está desviada hacia la izquierda. La pequeña Stasia, es decir, la personalidad mediúmnica operante, como si quisiera resarcirse del tiempo perdido, produce un fenómeno tras otro, pero en forma caótica, y se muestra más indomable que nunca. Varios objetos son transportados desde una habitación de la planta baja; un puñado de nieve cae sobre la mesa, un sonido metálico se produce en mi bolsillo; un pedazo de carbón, proveniente de una estufa a tres metros de distancia, nos es arrojado encima; un reloj grande, suspendido en la pared, se abre y cierra por sí solo; un timbre eléctrico se pone en marcha. Ya se comprende que la médium fue minuciosamente examinada por mí, luego del primer transporte, no obstante la mayor parte de los fenómenos se produjo de improviso, y en consecuencia, a pesar de encontrarnos a plena luz, no podemos considerarlos detenidamente controlados.

17 de enero de 1909 – Después del almuerzo se produjo un fenómeno inesperado y fue el transporte de un cenicero de madera que se hallaba en mi cuarto del primer piso y que llegó en el momento exacto en que yo iba a encender un cigarrillo. La producción del fenómeno determinó la auto-hipnosis de la médium que, al principio, pareció más penosa, pero después ella se calmó... De él me aproveché para iniciar mis experiencias (Ídem, pág. 67).

19 de enero de 1909 (A la luz del día) – Se empieza con el transporte de un manubrio de gimnasia, con un peso de dos libras, desde una distancia de tres metros, lo cual no fatigó a la médium. A continuación, por encargo, es transportado un puñado de nieve, desde fuera de la casa, a través de puertas y ventanas bien cerradas. Todo esto lo voy consignando de paso, pues el fenómeno

capital que me propongo investigar es el del movimiento a distancia de un mecanismo desconocido por la médium.

28 de septiembre de 1912 – Stasia perturba mis experiencias, pero eso se debe al hecho de que, sintiéndose incapaz de producir los fenómenos que le pido y no pudiendo expresarse con palabras, trata de compensarme de cualquier forma y fue así como transportó mi sombrero, colocándolo en mi cabeza (Ídem, pág. 208/9).

Cuando la pequeña Stasia pudo comunicarse por medio de la escritura automática, el prof. Ochorowicz le preguntó:

-¿Cómo has hecho para transportar mi sombrero a través de dos puertas cerradas?

-Stasia: Lo reduje primero a estado fluídico. Pienso que mis juegos no os enojan. –No, pero para otra vez trata de proceder con cordura, pues cansas inútilmente a la médium, produciendo fenómenos sin un control suficiente.

3 de agosto de 1912 – Cosa extraña: Durante estos dos meses, caracterizados por un agotamiento general de la médium, algunas experiencias, de entre las más difíciles, dieron óptimos resultados y ello por haber seguido las instrucciones impartidas por el duplo (es decir, por Stasia). Me refiero a los interesantes fenómenos de desintegración y reintegración de la materia.

Para ser breve, no citaré otros casos. Entre los fenómenos enumerados algunos hay muy importantes también desde el punto de vista probatorio: el primero es el transporte de un cenicero desde el cuarto del profesor en el preciso momento en que éste se disponía a encender un cigarrillo, lo cual sirve para demostrar con qué instantaneidad se producen esas manifestaciones, por cuanto presuponen un fenómeno de desintegración y reintegración de la materia que constituye el objeto transportado; el segundo es el transporte del sombrero del profesor, siempre a través de puertas bien cerradas; el tercero, más importante que los otros, es el transporte, por encargo, de un puñado de nieve, desde fuera de la casa.

Observo que esos tres magníficos transportes bastan para demostrar a qué interesantes resultados científicos se hubiera podido llegar si la gran capacidad investigadora del prof. Ochorowicz se hubiese orientado en el sentido de los transportes y no de los fenómenos, mucho menos importantes, de los movimientos de objetos sin contacto.

Noto, a propósito, que el profesor decía siempre a la personalidad mediúmnica operante que él no sabía qué pensar de los fenómenos desordenados de transportes que ella producía y, haciendo así, tenía aparentemente razón, si bien solo aparentemente, pues, en realidad, si los fenómenos de esa naturaleza se producían de forma desordenada, la culpa era ciertamente de él, por cuanto pedía a la personalidad mediúmnica manifestaciones inferiores que ella producía con dificultad, y por el contrario, dejaba de secundarla en un orden de manifestaciones que ella misma era apta para producir.

Nadie puede negar que un experimentador que se proponga obtener la máxima producción fenoménica de su médium, está en la obligación de secundar la voluntad de la entidad mediúmnica operante, visto que solo ésta puede saber de qué fluidos dispone y, por consiguiente, qué categoría de fenómenos puede producir. Por el contrario, el prof. Ochorowicz exigía de Stasia la producción de fenómenos que ella difícilmente conseguía producir, y además eran mucho menos importantes que los otros que la misma entidad lograba producir con facilidad.

Resultó de ahí que la pequeña Stasia, a fin de servirse de los fluidos de que disponía, se halló en la contingencia de producir fenómenos de transporte fuera del programa, es decir, inesperados y en desorden.

Repito que si esto sucedía era por culpa del profesor y no de la personalidad mediúmnica, lo cual ha quedado después confirmado por otro pasaje de su narración, donde él observa que, a pesar del agotamiento general que desde hacía dos meses padecía la médium, había obtenido fenómenos de entre los más difíciles, de desintegración y reintegración de la materia y esto por haber secundado las instrucciones impartidas por el duplo (es decir, por Stasia).

No se podría desear prueba más elocuente de demostración y, si él hubiese seguido siempre las instrucciones del duplo, en lugar de contrariarlas sistemáticamente, hubiera obtenido lo máximo de lo que podría producir su médium, en vez de reducirse a obtener lo mínimo. Si así hubiese actuado, su rara pericia en la disposición de las experiencias combinada con su gran autoridad científica, hubiera aportado una contribución preciosa de cogniciones esclarecedoras al servicio de esta rama de las pesquisas de la Metapsíquica.

Caso XXVII – Paso a referir una serie de episodios análogos al ocurrido con la sonámbula del Dr. Larkin (caso XIX) en el cual el transporte se concretizó, a plena luz y a la vista de todos, en la palma de la mano de un espectador. En los casos que siguen, por el contrario, los transportes se concretizaron en la palma de la mano de los médiums o encima de la mesita mediúmnica y en algunos de ellos se llegó a observar la fase de la condensación fluídica bajo la forma de una densa nebulosa.

Se trata de las notables experiencias de los doctores Dusart y Broquet, con la señorita Marie M., prima del doctor Broquet, a quien éste trataba de violentos accesos de crisis histéricas, que se calmaron como por encanto cuando el doctor Broquet tuvo la idea de asegurarse de si en la enferma había indicios de facultades supra normales, y acabó por descubrir en ella una médium notabilísima, con la cual obtuvieron manifestaciones físicas e inteligentes de toda especie; con todo su mediumnidad no tardó en dar señales de agotamiento y después de dos años desapareció completamente.

Entre los fenómenos físicos obtenidos con ella se incluyen transportes variadísimos que el doctor Dusart resume en estos términos en su relación enviada a dicho Congreso:

Estando presente Marie se produjeron en gran número los transportes y muchas veces en las más deseables condiciones de control. Durante nuestras experiencias, ella se colocó entre el doctor Broquet y yo, frente a dos ventanas que iluminaban el local. Se hallaba, por tanto, situada a plena luz del día y tenía las palmas de las manos puestas sobre la mesa. Con un movimiento rápido, levantaba automáticamente una de ellas y la colocaba cerca del hombro con la palma de la mano dirigida hacia lo alto. Por nuestra parte, seguíamos atentamente tal movimiento y a continuación veíamos depositársele en la mano, en el extremo, en el borde o en su concavidad, pequeños objetos de naturaleza variadísima: terrones de azúcar, balas de plomo, cajitas, etc. Simultáneamente María tuerce la cabeza hacia atrás bajo la influencia de un trance fugacísimo que duraba tan solo el tiempo necesario para los transportes. Otras veces eran transportadas bolitas de madera de cinco centímetros de diámetro, de las que se emplean para el juego de Crosse muy difundido en todo el norte de Francia. Parecían pasar a través del techo, caían en sentido oblicuo y venían del espacio directamente a la médium. Se precipitaban sobre la mesa

o en torno a nosotros, sin que las manos de la médium, abiertas sobre la mesa, hiciesen el menor movimiento. Las hemos visto también arrojadas por delante y por detrás de ella, en el momento en que llevaba a la boca una tajada de fruta, también cuando sus manos estaban ocupadas en un trabajo de cocina y finalmente cuando llevaba en la mano derecha un objeto y daba la izquierda a una niña. Hemos visto caer hasta catorce de ellas en el espacio de tres horas. En las experiencias de la noche, Marie extendía las manos abiertas algunos centímetros por debajo del candelabro encendido o de la lámpara eléctrica y, en la concavidad de sus manos, veíamos caer cuescos u otros objetos pequeños, así como ramitos de flores. Cierta noche, Marie, sintiéndose muy cansada, se tumbó vestida en la cama. A su alrededor se hallaban su padre, el doctor Broquet y una amiga de la familia. Inesperadamente ella cayó en trance, levantó los brazos verticalmente por encima de la cabeza, con las palmas de las manos abiertas, viniendo a depositarse en ellas sucesivamente un utensilio de jardín, un fajo de cartas, un peso de madera de un metro de largo, diversos objetos de ropas, en suma, en total doce objetos diversos. Mal se retiraba uno, aparecía otro.

En otra circunstancia en que Marie cayó en trance en la casa del doctor Broquet en Valenciennes, se manifestó la personalidad mediúmnica Aline, que dijo ver a la madre de Marie, a trece kilómetros de distancia, la cual, en aquel momento, había recogido un ramillete de violetas gruesas. Anunció que iba a escamotear el ramo a la madre de ella, para traerlo a Valenciennes, lo que llevó a cabo en el mismo momento.

El domingo, el doctor Broquet preguntó a la madre de Marie y supo que ella había recogido el tal ramillete y que los chiquillos del vecindario se lo habían hurtado, aprovechándose de su breve ausencia de casa, pues ya no lo halló en la mesa donde lo había colocado...

Así escribe el doctor Dusart y es caso patente para llegar a la conclusión de que, en las condiciones en que se produjeron los transportes, se debe excluir, de modo absoluto, toda posibilidad de prácticas fraudulentas, considerándose, sobre todo, la circunstancia de que muchas veces los transportes no eran únicos, sino que se sucedían uno tras otro, sin solución de continuidad, circunstancia que vale para eliminar el elemento de la sorpresa, visto que, durante un período de muchos minutos, los

experimentadores tuvieron ocasión propicia para vigilar, a plena luz, las manos, los pies y el cuerpo de la médium.

Establecido esto, resalta una modalidad, en la realización de los fenómenos, que parece bastante inexplicable y es la de que los experimentadores veían los objetos depositarse en la concavidad de la mano de la médium sin observar, en la menor ocasión, la fase de condensación fluídica. Parecería, por el contrario, que la reintegración de un objeto transportado, aun siendo instantánea, no podría escapar a una mirada que observa el fenómeno y, de hecho, en los otros casos que me dispongo a citar, los experimentadores verificaron tal fase de condensación fluídica. De esto saco la conclusión de que, presumiblemente, la causa de la perplejidad a examen tiene su origen en una imperfecta descripción del relator, que narra que, en la concavidad de la mano de la médium, se veían caer o eran depositados los objetos transportados, olvidándose de explicar si los mismos aparecían en el cuenco de la mano como por encanto o si, por el contrario, eran vistos caer de lo alto, como ocurrió con las bolitas del juego de Crosse. En este último caso todo se explicaría, ya que, si la fase de condensación del objeto transportado se verificaba fuera de la restricta zona de observación, era natural que las miradas no la observasen.

Caso XXVII – Extraigo los siguientes episodios del pequeño volumen de Henri Sausse, apóstol del magnetismo curador y valiente hipnotizador.

Él magnetizaba o, si se quiere, hipnotizaba a una joven de nombre Louise con el fin de obtener diagnósticos y pronósticos para consultantes y, como suele suceder en tales casos, la sonámbula empezó a hablar en nombre de personalidades espirituales a que llamaba guías, los cuales producían fenómenos de orden mediúmnico, inclusive innumerables transportes a plena luz, cuyo inicio describe el narrador de la siguiente manera:

Durante el sueño sonámbulo, Louise me decía frecuentemente que sus guías la llevaban a jardines espléndidos, donde se respiraba delicioso aroma de flores. En la noche de 18 de enero de 1884, la induje al estado sonámbulo y ella me dijo que veía flores más bellas de las que había visto nunca. El ambiente estaba hartamente iluminado y yo me hallaba cerca de ella y la saturaba de fluidos magnéticos. De súbito, ella exclamó: Oh, qué linda flor. Los guías me dicen que la han traído para vos. Yo dije: entonces cogedla. Y

ella añadió: Hela aquí. Tomadla. Diciendo esto extendió hacia mí la mano derecha abierta y, ante mis ojos, a plena luz y a una distancia aproximada de 30 centímetros, vi formarse y materializarse, en la palma de su mano, una soberbia rosa de té.

Ese fenómeno, absolutamente inesperado, nos llenó a todos de alegría y esperanza, por lo cual decidimos resueltamente proseguir en nuestras experiencias.

Debo añadir que, en el momento en que la sonámbula dijo: “Hela aquí. Tomadla”, sentí violentas contracciones en el pecho y cuando quise tomar la rosa de su mano, tuve que esperar a que cesase la catalepsia de la mano, cuyos dedos se habían endurecido.

El fenómeno se repitió el día 9 de febrero, día en que me fueron transportadas tres rosas de té. Sus tallos parecían frescos, como si hubiesen sido cortados en aquel mismo instante. Además las flores y las hojas estaban humedecidas de rocío, cuyas gotitas brillaban como diamantes a la luz de la lámpara. Esta vez, la disposición de los fluidos había sido mayor y todo el cuerpo de la sonámbula quedó rígido por efecto de la catalepsia.

Pregunté a la sonámbula: ¿Cuál es la causa que provoca ese estado cataléptico en ti? – Ella me respondió: La dispersión de los fluidos vitales necesarios para el trabajo de rematerialización. Cuanta más cantidad pierdo bruscamente, tanto más general se hace la contracción y si vos no intervinieseis para restablecer en mí el equilibrio fluídico, yo no podría por mí sola obtener resultados apreciables, o bien mi salud se resentiría gravemente. Para llegar a la producción de estos fenómenos, no solo es preciso el desprendimiento de una gran cantidad de fluidos míos, sino que además he de hacer uso abundante de los vuestros, cuando me magnetizáis, o entonces los sustraigo de vos y de los presentes en el momento mismo en que se produce el fenómeno de materialización de objetos transportados. Se trata de un fenómeno muy delicado y bastante complejo, del cual yo misma me doy cuenta vagamente, por lo cual no estoy en situación de poder explicar sus modalidades. Es un proceso por demás interesante, pero por ahora, es bastante saber que yo sin vos y vos sin mí nada podremos conseguir.

En otra circunstancia referida por Henri Sausse en La Revue, la misma sonámbula logró proporcionar importantes datos acerca

de las modalidades con que se verifican los fenómenos de transporte. Informa ella:

Durante la desmaterialización, veo las moléculas del objeto desintegrarse y separarse singularmente, aunque conservando cada una su respectiva posición. Adquieren, en tal forma, dimensiones mucho mayores, pero la forma inicial del objeto no varía. En ese nuevo estado fluídico, los objetos no están sometidos a las leyes de la gravedad y de la impenetrabilidad. Pueden atravesar la materia sin dejar signo alguno de su paso, como pueden también mantenerse indefinidamente en el nuevo estado, sin alteraciones. Para la rematerialización, se produce el fenómeno inverso; las moléculas que constituyen el objeto vuelven a tomar su lugar primitivo, pero ese proceso se cumple bruscamente y requiere del médium un gasto de fuerza psíquica que a veces es muy grande. Debido al dispendio hecho, la catalepsia resulta parcial o total, pero de todos modos, todo fenómeno se produce en detrimento de las fuerzas del médium, cuya salud podría resentirse si el gasto de fuerza se repitiese con mucha frecuencia.

He aquí otro episodio semejante a los anteriores y sucedido tras largo período de interrupción de las experiencias, debido al estado de salud de la médium. Escribe Henri Sausse:

El 28 de febrero de 1886 pregunté a Louise, en estado sonámbulo: ¿Ves aún a nuestros guías? – Sí, respondió ella. – Entonces les pido que nos transporten un objeto cualquiera y esto a fin de que tú readquieras la confianza en ti misma que has perdido, y para que nos demuestren, una vez más, que todavía y siempre nos asisten. A estas palabras la sonámbula extendió la mano abierta, bajo la luz brillante de la lámpara del centro, y exclamó: ¡Mirad! Sin que su mano hiciese el menor movimiento, sin que nuestras miradas dejasen por un solo momento de observarla, vimos transformarse, en la cavidad de aquella mano, una minúscula nubecita del tamaño de un huevo, nubecita que se fue rápidamente condensando para luego transformarse en una violeta de Parma, cuyo delicioso perfume se hizo sentir enseguida. El fenómeno fue producido en ideales condiciones de observación.

El primero y el tercero de los fenómenos referidos constituyen dos admirables ejemplos de fenómenos de transporte, en los cuales los experimentadores pudieron asistir, a plena luz, a la condensación fluídica de los objetos transportados. En el segundo episodio, el relator nada dice respecto de ese detalle, pero, en

cambio, dice que las flores transportadas estaban humedecidas de rocío cuyas gotas brillaban como diamantes, bajo la luz de la lámpara, lo que proporciona otra buena prueba para la demostración de la genuinidad de los hechos, mientras que la rigidez cataléptica, en que caía la sonámbula, sirve para confirmarla luego.

Al mismo tiempo, es evidente que los episodios en que los asistentes ven, a plena luz, los objetos transportados, excluyen, de forma categórica, toda posibilidad de fraude.

Eliminada ésta, la otra hipótesis, la de las alucinaciones colectivas, no podría ser presentada contra la realidad de los hechos, porque los objetos, materializados bajo las miradas de los experimentadores, permanecieron en sus lugares, al paso que la hipótesis extrema del embuste general por parte de los narradores y de los experimentadores (hago notar que muchos relatos del género llevan las firmas de todos los asistentes) no es seria, ni sostenible, y no merece ser tomada en consideración, pues no es lógicamente posible dudar del testimonio de tantas personas honestas.

Caso XXIX – Lo extraigo del notable libro del Sr. Clive Chapman, titulado *The Blue Room* (pág. 44), libro en que narra sus propias experiencias de voz directa a plena luz con el auxilio de la mediumnidad de su propia sobrina, la Srta. Pearl Judd. Ésta, antes de llegar a la nueva fase de su mediumnidad, produjo manifestaciones físicas de todas las especies, entre las que se incluyen fenómenos de asport y de apport, que casi siempre el Sr. Chapman pedía y obtenía cuando los miembros de su familia se hallaban reunidos para refacción. En una de tales veces, tuvo un episodio en el cual ya fue posible observar, a plena luz, la fase de reintegración del objeto transportado. El Sr. Chapman lo relata en los siguientes términos:

Dije que me arriesgaba a perder un billete de diez chelines... Diciendo esto, lo doblé varias veces, reduciéndolo a un cuadradito y lo coloqué encima de la mesa, cubriéndolo con un libro. Algún tiempo más tarde, levanté el libro y lo vi aún. Empezaba a dudar del éxito de la experiencia, pero mirando por segunda vez, vi que el billete había desaparecido de debajo de él. Cuando hice tal descubrimiento, entró la mesa en vivísima vibración, lo cual en el código mediúmnico convencional quería expresar hilaridad por

parte de la entidad espiritual. Terminada la refacción, se empezó a vaciar la mesa inmediatamente y, cuando mi sobrina estaba colocando algunas piezas de la vajilla en el anaquel, fuera del aposento, frente a la puerta y, en consecuencia, estaba de espaldas a nosotros, lancé la mirada a la mesa y vislumbré una especie de nubecita del tamaño de algunos centímetros, que se hallaba a cerca de un pie del borde de la mesa. A través de la misma, divisé el diseño de la alfombra, pero ella pronto se movió, se condensó, solidificándose. Llamé la atención de todos para el fenómeno y, momentos más tarde, estaba aquella nubecita convertida en mi billete de diez chelines, doblado tal y como yo lo había doblado. Y esta fue la única vez que nos fue dado asistir a la materialización de un transporte ante nuestros ojos atónitos.

El episodio mencionado fue observado en condiciones de manifestación inobjetable, notándose que, en el momento en que se producía, la médium se hallaba lejos de la mesa y colocando la vajilla en el anaquel, dando la espalda al punto en que se verificaba el fenómeno.

Como ya tuve ocasión de decir bastantes veces, en las modalidades con que se producen los fenómenos de transporte se notan muchas veces particularidades que asombran a los profanos, de modo que quedan perplejos e incrédulos, incluso cuando se encuentran en la imposibilidad lógica de negarlos. Y, en el caso expuesto, hay el detalle de que un billete de diez chelines, doblado por el experimentador en un pequeño cuadrado, surge de la nube fluídica en la misma forma en que él lo había reducido.

Respecto de la posibilidad de tales restituciones supra normales de objetos en condiciones absolutamente idénticas a la precedente, conviene repetir las explicaciones proporcionadas por la sonámbula del Sr. Sausse, que así se explicó:

Durante la materialización, veo las moléculas del objeto desintegrarse y separarse singularmente, aunque conservando cada una su respectiva posición. Adquieren, en tal manera, dimensiones mucho mayores, pero la forma inicial del objeto no cambia. Para la rematerialización, se produce el fenómeno inverso: las moléculas, que constituyen el objeto, vuelven a tomar su lugar primitivo...

Este es el esclarecimiento de la sonámbula, el cual debe ser racionalmente aceptado, ya que no solo se muestra conforme con cuanto han explicado numerosas otras personalidades

mediúmnicas, sino que completa, admirablemente, la explicación de éstas últimas, añadiendo el detalle de las moléculas que, disociándose, conserva cada una la respectiva posición que ocupaban en la formación del objeto, haciendo posible, con esto, el fenómeno de la reintegración perfecta del mismo objeto.

Y, siendo así, se muestra entonces razonable y también inevitable que un billete, con varios dobles, se haya rematerializado en las mismas condiciones a que había sido reducido antes de la experiencia.

Caso XXX – Recojo el siguiente episodio en una narración enviada a la Revista francesa por el Sr. A. Collas, que la completó con una larga serie de informes ilustrativos, proporcionados en respuesta a un cuestionario presentado por la dirección de la Revista. Esclarece él:

Marie Louise, la médium, es hija de operarios. Por ocasión de nuestra experiencia, podría tener entre 25 y 26 años y era empleada de un negocio. Su inteligencia es común, la instrucción limitada y el temperamento impulsivo. Después de conocerla de cerca, se tiene la impresión de estar ante un ser cuyo físico no se combina con el psíquico. Noto, además, ligera tendencia a la idea fija bajo la forma de enfermedad imaginaria u otras preocupaciones semejantes...

Nuestras experiencias se prolongaron durante dos años y medio, con dos sesiones semanales, un cuarto de las cuales resultaron negativas.

Desde el punto de vista teórico, no he podido obtener prueba concreta de identificación espiritual, por eso dejo de pronunciarme en relación al origen presumible de los fenómenos...

Tras esta narración, donde hay aclaraciones respecto de la médium y del modo en cómo se desarrollaron las experiencias, paso, sin más dilaciones, a relatar el episodio en aprecio.

Explica el relator que, cierta vez, la médium se portó de manera extraña durante la refacción, lo cual indicaba haber caído espontáneamente en estado de sonambulismo y entonces la mesa se elevó enseguida, la luz exuberante del candelabro fue amortiguada y empezó la sesión. Después de lo cual, así prosigue:

La médium salió lentamente del estado cataléptico, se levantó y se dirigió al candelabro, junto al cual yo me encontraba y la observaba, a plena luz, a una distancia máxima de 50 centímetros.

Colocó las manos una frente a otra y procedió como si manipulase cualquier cosa. De hecho, alternadamente, sus manos se separaban hasta unos 50 o 60 centímetros, después volvían a unos 12 o 15, mientras no cesaba de manipular cualquier cosa invisible. Poco a poco, sin embargo, empezó a vérsese por entre las manos una nebulosidad opalescente, después un delicado velo de fumosidad blancuzca y trémula, que se formaba a la izquierda, y se extinguía para volver por la derecha. Aparecieron después filamentos tenues como de telaraña, que se hicieron más espesos y consistentes, tomando el aspecto de un tejido que, con rapidez fulmínea, variaba de densidad y forma. De repente, todos nosotros vimos, en sus manos, un trozo de paño, de cerca de medio metro cuadrado, de color amarillo brillante, semejante a la seda. Pudimos acompañar, en casi todas las fases, el proceso de materialización y desmaterialización. Terminado el fenómeno, los miembros de la médium se quedaron lasos y ella cayó por tierra como un cuerpo muerto.

Podíamos darnos por más que satisfechos, ya que raramente es posible asistir a un espectáculo semejante, no obstante, nos esperaba otro más, que fue algo así como la apoteosis de nuestras experiencias...

Por tercera vez la médium cayó al suelo y hemos podido asistir a una escena inolvidable. Sus facciones se volvieron cadavéricas, impresionantes, pues parecía efectivamente muerta. Pero simultáneamente su cuerpo quedó sumergido en flores: rosas, violetas, claveles, todas empañadas del nocturno rocío y exhalando delicioso perfume. ¡Qué enorme misterio! Éramos seis y cada uno de nosotros se llevó a casa un ramo de aquellas flores.

En la respuesta al cuestionario que le presentó el director de la Revista, el relator, volviendo al fenómeno de materialización del trozo de tela, observó:

Se diría que la materia generada, o regenerada, se condensa por líneas de fuerza, que un ocultista definiría como la trama astral del tejido producido, que tendría por centro de condensación las manos de la médium. En nuestras experiencias, después de cierto número de alternativas preparatorias, parecía que la totalidad de las moléculas que constituían el objeto transportado, se precipitaban repentinamente sobre una especie de trama que vagamente conseguíamos vislumbrar.

Esta última importantísima observación del relator es bastante oportuna para completar la elucidación sugerida para el caso precedente, en relación con la modalidad con que se determina la desintegración y la reintegración de las moléculas que constituyen los objetos transportados. Se vio, consonante los resultados obtenidos que, en tal circunstancia, era obligado inferir que las moléculas disociadas conservaban en el espacio su respectiva posición. Y ahora, con la observación complementaria de este otro experimentador, según la cual parecía que la totalidad de las moléculas que constituían el objeto transportado se precipitaban instantáneamente sobre una especie de trama que los experimentadores vagamente lograban descortinar, hace despuntar en la mente la idea de que los experimentadores habían tenido la visión del duplo etéreo, primitivo e inalcanzable, que hacía el papel de trama, sobre la cual vendrían a precipitarse, condensarse y materializarse, por la ley de la afinidad, las moléculas disociadas que, en nuestro caso, constituían el cuerpo del objeto transportado. De ahí se saca la conclusión de que, si es así, será preciso lógicamente generalizar, de forma bastante más amplia y fecunda, tal principio o ley de la naturaleza.

Observo, a propósito, que las consideraciones expuestas coinciden indisolublemente con lo que expuse en otro trabajo mío titulado Pensamiento y Voluntad – Fuerzas Plásticas y Organizadoras, en el cual cité cuatro ejemplos altamente sugerentes en demostración de la existencia de un hecho biológico ignorado: el de la circunstancia de que el desarrollo y la organización de los seres vivos, animales y vegetales parece producirse por efecto de una trama fluídica preexistente, sobre la cual vendrían a fijarse, por un proceso lento y continuo, las moléculas orgánicas proporcionadas por la sangre, en los seres vivos y por la linfa, en los vegetales. Parece por tanto que, en los fenómenos de transporte, se asiste a la exteriorización del mismo principio, pues, en este caso especial, la precipitación molecular se verificaba tanto de forma rápida como lenta y continuada.

Como refuerzo ulterior a la tesis propugnada, recuerdo una frase del Dr. Schwab en el relato de la experiencia por él realizada con la Sra. Marie Volhart (caso XI). Escribe él: Algunas veces la médium declaraba haber sentido sobre su cabeza una piedra o una herradura. Se colocaba, en aquel momento, la mano sobre la cabeza de ella, nada se sentía, pero la fotografía revelaba, no

obstante, la presencia del objeto designado... Observo que, si la fotografía revelaba la imagen del objeto transportado, tal imagen no podía ser la representación del objeto tal como existía en aquel momento, teniendo en cuenta que, hallándose él en el estado de difusión fluídica, debería aparecer en proporciones relativamente enormes; siendo así, se deberá inferir que la imagen que quedó impresa en la placa fotográfica era la de la trama astral del objeto transportado, es decir, de la forma arquetipo del mismo objeto, de aquella forma arquetipo sobre la cual se precipitarían repentinamente las moléculas que constituían el objeto transportado en el momento de su materialización. Esto se presenta teóricamente importante visto, que ante esto, es lícito afirmar que nos hallamos frente a una demostración experimental incontestable de la existencia de la forma arquetipo en discusión. Esta vez es la placa fotográfica la que revela su existencia y la placa fotográfica no es capaz de alucinarse.

En cuanto al nombre con que se debe designar esta sustancia-forma, fundamento de todo cuanto existe y de todo ser vivo, no es el caso para sutilezas: se llama trama astral o duplo etéreo o cuerpo etéreo o cuerpo fluídico o periespíritu. Cualquier nombre puede aceptarse siempre que estemos de acuerdo sobre lo que el vocablo debe significar, es decir, que para todas las cosas inanimadas y para todo ser vivo, existe una forma arquetipo fluídica o etérea, que tendría la propiedad de atraer a sí, por la ley de la afinidad, las variadas moléculas orgánicas o inorgánicas necesarias a la creación de toda cosa existente en los reinos mineral, vegetal y animal. Es así como se reviste, de modo tangible, la forma invisible del módulo etéreo, y de esta manera se esclarecería notablemente el misterio impenetrable de la organización de los seres vivos.

Claude Bernard ya había presentado la solución del formidable misterio cuando habló de una Idea Directriz puesta al servicio de la organización de los seres vivos. Su genial concepción pareció a los fisiólogos una audaz teoría metafísica, puesto que subentendía la idea de la existencia de una finalidad en la evolución biológica de la especie. Pues bien, con la investigación de las manifestaciones metapsíquicas, se empezó a percibir que la intuición de Claude Bernard tenía fundamento, pues todo concurre para demostrar la existencia de una Idea Directriz en la organización de la Vida, la cual se presenta con la formación de un duplo etéreo que precede

al cuerpo carnal, evolucionando gradualmente con él y está siempre en precedencia a él, por cuanto constituye la trama sobre la cual habrán de converger y concretarse todos los elementos de la materia organizada. Los cuatro ejemplos por mí referidos en la monografía citada, ya proporcionan los primeros núcleos de pruebas experimentales en tal sentido y a ellos vienen ahora a juntarse las importantísimas pruebas fotográficas obtenidas por el Dr. Schwab.

En cuanto a la cuestión del génesis puramente biológico o trascendental del citado cuerpo etéreo, no es este el momento de discutirla. Los fisiólogos y biólogos de tendencia materialista podrán admitirle la existencia sin renunciar a sus convicciones, mientras que los estudiosos, de cualquier orden, libres de prejuicios de escuela, podrán percibir, con mayor razón, en el fenómeno a examen, una prueba admirable más, en apoyo de la tesis espiritualista.

El Dr. Geley se aproximó grandemente a la concepción aquí considerada cuando intentó dar un cuño científico a la concepción metafísica de Claude Bernard. A propósito del misterio inescrutable que envuelve el fenómeno de la organización de los seres, observó:

O bien hemos de contentarnos con inclinarnos ante el misterio y declararlo impenetrable, o bien tener el valor de confesar que la fisiología clásica está orientada en falsa dirección. Y, para comprender el misterio de forma específica, del desarrollo embrionario y pos-embrionario, de la constitución y conservación de la personalidad, de las reparaciones orgánicas y los demás problemas generales de la biología, basta admitir una noción que no es nueva ciertamente, pero que ha de ser encarada de un modo nuevo: la de un dinamismo superior al organismo, y que lo condiciona.

No se trata tan solo de la Idea Directriz de Claude Bernard, especie de abstracción, de entidad metafísico-biológica, sino de una noción concreta, de un dinamismo dirigente y centralizador, dominando las contingencias intrínseca y extrínseca, las reacciones químicas del medio orgánico, al igual que las influencias ambientes del medio exterior.

Así habló Geley y estoy de pleno acuerdo con él en lo de considerar necesario establecer la existencia de un dinamismo superior al organismo y que lo condiciona. Reconozco, no obstante,

que la amplia exposición por él desarrollada en apoyo de sus aseveraciones, exposición basada en datos biológicos y fisiológicos, y ya suficiente para tal fin, concurre eficazmente a preparar una sólida base científica para la concepción metafísica de la existencia de una Idea Directriz en la organización de la Vida. Ello no impide que la concepción del Dr. Geley sea todavía un tanto abstracta y esto siempre y cuando no se llegue a designar, sobre la base de los hechos, la modalidad con que ese dinamismo superior ejerce su influencia dirigente y organizadora sobre la materia y, si se llegase a designarla sobre la base de los hechos, entonces quedaría demostrado que, en un ambiente terreno, la existencia de un dinamismo inmanente queda revelada por la creación de una trama etérea que sirve de forma arquetipo de todas las cosas existentes o seres vivos. Pues bien, se ha visto que la investigación de los fenómenos metapsíquicos proporciona la prueba experimental de la legitimidad científica de tal concepción, literalmente fundamental del ser.

En mi monografía *Pensamiento y Voluntad*, presenté la misma cuestión, no ya desde el punto de vista de la desintegración y reintegración consecutiva a los fenómenos de transporte, sino del de la fuerza plástica y organizadora del pensamiento por la cual se consiguen las fotografías del pensamiento, los fenómenos de ideoplastia y los de materialización de fantasmas, y así me expresaba al respecto:

Sé que actualmente existen sensitivos clarividentes que, observando una planta en curso de germinación o la larva de un insecto, declaran, espontáneamente, sin que nadie haya pensado en ello, percibir, en torno a la planta en germinación, la forma fluídica de la misma planta, en pleno desarrollo floreal, y, en torno a la larva, la forma fluídica del insecto adulto. Todo esto parece extraordinariamente sugestivo en el sentido de que las formas fluídicas de los vegetales, de los animales y de los seres humanos aparecen antes de las formas orgánicas en vías de desarrollo, de modo que, por la ley de la afinidad, las moléculas de la materia orgánica quedarían en estado de gravitar infaliblemente en el órgano que les compete en virtud del modelo fluídico existente, en el cual ya estaba predeterminado el punto preciso en que debía colocarse cada molécula.

Así debería decirse, del mismo modo, en los fenómenos de ideoplastia, que la Idea Directriz, originada en la subconsciencia del

médium o en la voluntad de una entidad espiritual, se exterioriza en una forma fluídica correspondiente que atrae hacia sí las moléculas del ectoplasma, las cuales por la ley de la afinidad van a integrarse en la tal forma-arquetipo, así como en el órgano que les corresponde, creando, en pocos instantes, un ser vivo perfectamente organizado.

Igualmente, la Idea Directriz, que preside al origen y evolución de las especies vegetales, animales y humanas en el ambiente terrestre, se exterioriza en una forma fluídica que precede a la creación somática, cuyas fases ulteriores de desarrollo están igualmente precedidas por las correspondientes formas-arquetipos fluídicas, destinadas a servir de modelo en torno al cual se condensará gradualmente la materia viva, que llega a las individualidades vegetales, animal y humana por el trámite de la nutrición fisiológica.

Así me expresé en la citada monografía, después de proporcionar ejemplos correspondientes a las observaciones formuladas, citando episodios de sensitivos que en estado sonámbulo vieron emerger, de un capullo de rosa y de una hierba del prado, la forma-arquetipo de la rosa, plenamente desarrollada y de las florecillas del prado inexistentes, al igual que vieron emerger de una oruga la forma-arquetipo de la mariposa en que habría de transformarse. Cité además, en la misma monografía, las interesantes experiencias del prof. Ochorowicz en las cuales se indica un caso de desdoblamiento de la forma-arquetipo de un dedal de plata, que estaba en un dedo de su mano izquierda y apareció, en la fotografía, en la mano derecha desdoblada de la médium.

En tal circunstancia, preguntó el profesor a la personalidad mediúmnica de Stasia: Explícame cómo ha sucedido el fenómeno del dedal, a lo que la médium contestó: Sustraje al dedal metálico la parte fluídica y la condensé en mi dedo.

Está claro, por tanto, que la parte fluídica del dedal metálico, de que habla Stasia, corresponde a lo que aquí se denomina forma-arquetipo. De donde se saca la conclusión de que, en el precedente trabajo, ya se había conseguido proporcionar ejemplos experimentales de la existencia de formas-arquetipos pertenecientes a los reinos de la naturaleza: mineral, vegetal y animal. Faltaba un ejemplo que se refiriese al hombre. Reproduzco, pues, el siguiente interesante episodio en que una sensitiva ve

siempre emerger del cuerpo de un niño lactante una forma fluídica del mismo, pero en condiciones de desarrollo notablemente aventajadas sobre el niño real. Tal observación es debida al Dr. Maxwell que, respecto de ese caso, escribió al Coronel de Rochas, que lo publicó en su obra (Las vidas sucesivas). Refiere el Dr. Maxwell:

Conozco a una sensitiva que actualmente amamanta a un crío. Se trata de una sensitiva notabilísima que ve en condiciones de vigilia. El niño que amamanta no es suyo, sino que le fue confiado desde su nacimiento. Pues bien, esa señora, principalmente cuando se halla a oscuras, ve, en torno al niño, una sombra luminosa del mismo, pero con rasgos más desarrollados y un tanto mayores que el lactante. Tal sombra, con ocasión del nacimiento, era menos adherente al pequeño que actualmente, y parece integrársele en el cuerpo gradualmente. El pequeño tiene ahora 74 meses y la forma fluídica se diría adherente a él en dos tercios.

Extraña pero sugestiva observación, tanto más si consideramos que la vidente no podría auto-sugestionarse hasta el punto de alucinarse en un sentido tan contrario a la experiencia y aún más inverosímil y absurdo para la razón humana, mientras, por el contrario se demuestra que esa persistente visión de un doble de niño, en condiciones de desarrollo superiores al de la criatura real, concuerda admirablemente con lo que se viene exponiendo.

Resulta de ahí que, con apoyo en estos últimos párrafos, surge, en su imponente complejidad, la convergencia maravillosa de todas las pruebas en demostración de la tesis aquí propugnada. De hecho, habrá de reconocerse que las observaciones de los experimentadores y de los médiums, a propósito de la modalidad con que se realizan los fenómenos de transporte, concuerdan admirablemente con las de los sensitivos videntes, que perciben la forma-arquetipo de los vegetales, de los animales y de los niños en proceso de desarrollo; sin embargo, el episodio de la sustracción, por parte de una entidad mediúmnica, del duplo fluídico de un dedal de plata, duplo que quedó impresionado en la placa fotográfica, corresponde al caso referido por el Dr. Schwab, que logró, a su vez, fotografiar el duplo fluídico de un transporte en vías de materializarse.

Dicho esto, se deberá llegar a la conclusión de que las modalidades por las cuales se producen los fenómenos de transporte, no solo armonizan con las modalidades por las cuales

se verifican los fenómenos de la fotografía del pensamiento, del ectoplasma y de las materializaciones de fantasmas, sino que concuerdan igualmente con las modalidades por las cuales se determinan la organización y el desarrollo de los seres vivos en los tres reinos de la naturaleza: mineral, vegetal y animal. Somos pues, llevados a la conclusión de que una sola gran ley cósmica gobierna la evolución de la materia inorgánica en cuya base deberá colocarse una Idea Directriz (el lo que tenía razón Claude Bernard), que se manifiesta bajo la forma de un dinamismo superior inmanente que condiciona los organismos y las cosas (tenía pues, razón el Dr. Geley) y lo condiciona creando la forma-arquetipo fluídica, que constituye la trama esencial de toda cosa existente y de todo ser vivo (tercera inferencia, que es refuerzo experimental de las otras dos). Mientras tanto, la convergencia de todas las pruebas, en la demostración e ilustración de los procesos ocultos con los cuales opera la naturaleza, asume el aspecto de un nuevo y fecundo descubrimiento científico y con fundamento en él llegarán las disciplinas biológica, morfológica y psicológica a orientarse finalmente en dirección a la Verdad.

El Dr. Carmelo Samona, en su libro *Psiche Misteriosa*, tuvo la intuición clara de la solución, en tal sentido, del misterio del ser. A propósito de los fenómenos mediúmnicos de orden físico, argumenta en los siguientes términos:

Esos fenómenos, en sustancia, demuestran la existencia, en nuestro organismo, de una energía por nosotros hasta ahora completamente ignorada, que según todas las apariencias no halla parangón en ninguna otra conocida y, cuando proyectada fuera del organismo, por el modo de actuar podremos considerarla (si se me permite la imagen) como un arquetipo potencial invisible de nuestro organismo visible; en condiciones y por motivos que se nos escapan, posee el poder de hacerse sensible al tacto o también a la vista y, en este caso, adensa la materia en torno a sí. Ciertamente tal energía deberá ejercer en nuestro organismo alguna importante función que por ahora no percibimos, y todo nos lleva a creer que probablemente el gran misterio del método con que la naturaleza crea el mecanismo de la vida y las varias formas de los organismos complejos según líneas predeterminadas, reside, seguramente, en esta energía, cuyo campo de acción parece empezar a desarrollarse en aquel punto en que hoy la biología no sabe dar un paso más.

Otro investigador que tuvo la intuición de la verdad fue el profesor Federico Bligh Bond, arqueólogo que se hizo célebre por haber exhumado, con el auxilio de revelaciones mediúmnicas, los restos de dos grandiosas capillas que hace muchos siglos se erguían en torno a la abadía de Glastonbury y que hace otros sesenta años eran buscadas y no encontradas por numerosos arqueólogos. Él, en un magistral trabajo titulado *Atanasia*, publicado en la revista del órgano de la Sociedad Americana de Pesquisas Psíquicas, a propósito del ectoplasma, así se expresa:

Parece demostrado que el pensamiento puede en ciertas contingencias crear una forma psíquica, visto que determinada sustancia plástica no material puede asumir la forma deseada. De ahí la legítima inferencia de que toda forma puede ser considerada como la materialización de una idea, tendiendo los biólogos modernos a acercarse a esta última proposición como consecuencia de sus investigaciones especiales.

Como corolario de todo ello, se deberá inferir que el misterio del nacimiento se nos presenta como debido a un aglomerado de átomos físicos en torno a un núcleo etérico preexistente que sería el centro dinámico del ser. Somos pues, llevados a la conclusión de que las experiencias de ectoplasma ya son suficientes para considerar demostrado en base a los hechos, que en la creación de las formas la imagen mental precede a la imagen psíquica (o etérica) y ésta precede a la consolidación física de la misma imagen. Resulta de ahí que dada una estructura ideal creada por la imaginación, ésta tenderá a concretizarse en una forma etérica bien precisa que dará a sí propia un cuerpo constituido de materia sólida, todo ello, bien entendido, siempre que se presenten las condiciones indispensables al caso. En otros términos, la Idea acabará por materializarse en su duplo simbólico.

El Dr. Gustavo Geley, a su vez, comparando el génesis de los órganos y organismos, tal como se presenta en los fenómenos de ectoplasma, con el de los órganos y organismos tal como se presenta en la autogénesis del embrión, argumenta en estos términos:

Desde el punto de vista de la filosofía biológica, ¿qué es, en el fondo, la ectoplasma? No es más que la reproducción, prodigiosamente acelerada, del género de los órganos y organismos. La evolución metapsíquica de las formas vivas comporta así las mismas enseñanzas que la evolución normal del

embrión. Esta última reproduce, muy rápidamente, las fases sucesivas de la evolución de las especies, obra de siglos incontables. La primera nos ofrece, igualmente, en un esbozo maravilloso y sublime, el espectáculo de la creación, en pocos instantes, de seres vivos cuya formación normal requiere largos años. Cuando la ectoplasma sea minuciosamente analizada en todos sus detalles, nos proporcionará, sin duda alguna, la clave del prodigioso misterio de la vida.

Pues bien, noto, en esta última afirmativa del Dr. Geley acerca de la enorme importancia futura de la ectoplasma, algo así como el esbozo de un vaticinio ya en vías de realizarse y esto en la base del análisis establecido en torno a las relaciones existentes entre los fenómenos de la fotografía del pensamiento, de la ectoplasma, de los transportes y de la visión clarividente, reveladoras de las modalidades ocultas con que se desarrollan una flor, un insecto, una criatura. Esas relaciones son entre sí complementarias, de ellas surge una verdad grandiosa e insospechada que, conviene aquí repetir, invirtiendo el orden de las proposiciones precedentes expuestas, es decir, observando que, en la base de todo lo que existe y de todo ser vivo, se descubre una forma-arquetipo fluídica reguladora de todas las condensaciones atómicas, que traiciona el origen de un misterioso dinamismo superior en el universo, dinamismo que, en último análisis, está condicionado por una Voluntad primordial infinita y divina, así también en último análisis, los fenómenos de la fotografía del pensamiento, del ectoplasma, de las materializaciones de fantasmas vivientes y de los transportes en ambientes herméticamente cerrados son también condicionados por un acto de la voluntad humana, subconsciente, que, según los casos, puede ser obra de un vivo o de un muerto.

Tengamos entonces en mente, con base en lo que aquí se expone, que nos hallamos en presencia de un Acto Creador, verdadero y peculiar, que tiene sus raíces en el poder oculto de la psiquis humana, con la consecuencia de identificar a la individualidad pensante humana con el Poder Primordial, de cuyo pensamiento el universo no es más que la realización.

Conclusiones

Recuerdo que, en la introducción a la presente clasificación, expliqué que me proponía únicamente demostrar, sobre la base de los hechos y de las inducciones y deducciones extraídas de los hechos, que los fenómenos de transporte deberían ser considerados como reales, realísimos, por cuanto han sido experimental y exuberantemente demostrados por medio de variadas pruebas acumulativas, incontestables y resolutivas.

Esta demostración se hacía necesaria, por cuanto la existencia real de esos fenómenos supra normales era, ora vigorosamente negada, ora puesta en duda por eminentes hombres de ciencia, profundamente versados en las disciplinas metapsíquicas y exentos de prejuicios misonéistas, entre los cuales se hallaban personalidades que desde hace mucho se habían adherido a la interpretación espírita de una parte de las manifestaciones mediúmnicas. Y, reflexionando sobre las causas que determinaban este persistente escepticismo en las altas filas de los dirigentes del movimiento metapsiquista, me convencí de que esto era debido al hecho de no haberse nunca pensado en reunirlos, clasificarlos y analizarlos, y reunir cierto número de fenómenos de transporte en una monografía especial y tal falta tenía como consecuencia que, aunque existiesen numerosos casos del género, producidos en condiciones indubitables, se les encontraba dispersos en libros y revistas, y quedaron así ignorados por la mayoría de los cultores de las pesquisas metapsíquicas. Siendo estos los motivos que me indujeron a escribir la presente monografía, será útil mencionar las opiniones de algunos de los más autorizados hombres de ciencia que se declararon escépticos o todavía no convencidos de los fenómenos de transportes y de la penetración de la materia a través de la materia.

Para empezar, recordaré que Hartmann, cuya mentalidad era de tal modo abierta a cualesquiera novedades científicas, siempre que estuviesen fundadas en hechos, lejos de detenerse frente a la fenomenología mediúmnic, la aceptó casi integralmente, inclusive las materializaciones de fantasmas, pero hizo excepción de los fenómenos de transporte y de la penetración de la materia a través de la materia, que clasificó entre la categoría de los fenómenos particularmente inverosímiles. En cuanto a Frank Podmore éste se

mantuvo irreductible con referencia a los fenómenos de transporte que explica en masa con la hipótesis del fraude o de la mentira por parte de quien los refería. Y, cuando se encontraba frente a episodios en que parecía lógicamente absurdo rehusar la hipótesis en estudio, entonces se refugiaba en la hipótesis alucinatoria; no obstante, cuando ésta no pareciese tampoco sostenible a causa del testimonio colectivo, tenía distinciones sutiles y laboriosas, a fin de explicar que no tenía intención de referirse a alucinaciones patológicas propiamente dichas, lo cual se comprende pronto, porque no podían siempre admitirse en los casos de testimonios colectivos; sino a una categoría especialísima de ilusiones o falsas percepciones que en muchos casos habría representado solamente una reacción levemente anormal de los estímulos sensoriales, o en otras palabras, una percepción en que los procesos asociativos habrían hecho emerger una idea falsa.

Pero ni siquiera con esta laboriosísima y oscurísima hipótesis, combinada con otras, logró Podmore dar explicación a cierta serie de fenómenos de transporte obtenidos con médiums por encima de cualquier sospecha, en sesiones dirigidas por hábiles experimentadores, en las cuales la naturaleza de los objetos transportados excluía cualquier tipo de alucinaciones o ilusiones. Así, por ejemplo, él se encontró confuso y contrariado respecto de los fenómenos de transporte obtenidos con la médium del prof. Flournoy, Srta. Helene Smith, y con la mediumnidad del Rev. William Stainton Moses; entonces Podmore salió del apuro acusando a los dos médiums de haber cometido fraude conscientemente. (Ídem, pág. 326).

Después, vino el conde Petrovo Solonovo que, en vez de admitir la existencia real de los fenómenos de transporte no vaciló, a su vez, en acusar a la muy íntegra persona del Rev. Moses de prácticas fraudulentas. Argumenta él en los siguientes términos:

Se sabe que las pruebas de la realidad de los fenómenos de transporte se ligan, en su mayor parte, al nombre del Rev. Stainton Moses, pues, a no ser de él, casi nada conozco de otros episodios del género, dignos de atención. Pues bien, por eso, en lo que se refiere a Moses, no puede haber duda sobre el hecho de que la gran mayoría de los fenómenos obtenidos con su mediumnidad, inclusive los transportes, es susceptible de ser explicada por el fraude, necesariamente consciente en muchos casos y tal vez inconsciente en otros. También reconozco que, ya a primera vista,

parece inverosímil que un hombre de su posición social se haya divertido, durante años, en mistificar a sus más íntimos amigos, no obstante, como es mucho más inverosímil que él haya tenido el don de hacer llegar, no se sabe de dónde ni cómo, innumerables objetos, haciéndolos penetrar en ambientes herméticamente cerrados, a través de puertas y paredes, conservando, pese a todo, sus formas primitivas, se deduce que, en tal contingencia, solo tenemos para elegir, como ya se ha dicho, entre un milagro físico y un milagro moral, o entonces entre una imposibilidad física y una improbabilidad moral, y siendo así, no hay motivo para vacilar en la elección.

En otras palabras: el conde Petrovo Solonovo pone la cuestión en términos simplistas: ¡los transportes son imposibles, por tanto está claro que el Rev. Stainton Moses hacía trucos! ¡Más lógico que esto no podría ser! Pero, por el contrario, si los transportes fuesen posibles, ¿a dónde iría a parar la lógica irreflexiva del emérito crítico? Él habría de sentirse probablemente atormentado por los remordimientos por haber calumniado y difamado a una de las más nobles e íntegras figuras del neoespiritualismo. Pero antes de calumniar al prójimo con tanta liviandad, ¿no tendría él quizás el deber de profundizar suficientemente sus propias investigaciones sobre los transportes, a fin de no cometer la enorme necedad de afirmar que, fuera de los casos obtenidos con el Rev. Stainton Moses no se habían producido otros fenómenos del género, merecedores de su atención? Sería difícil encontrar un descuido más edificante que este como prueba de crasa ignorancia sobre un tema por parte de quien, con tanta firmeza de juicio, acusa a Moses de prácticas fraudulentas.

Hemos, hasta aquí, examinado una forma de escepticismo de tal suerte gratuita y absurda que si hubiese que atender únicamente a esa no sería caso de tomarla en consideración. Hay, no obstante, eminentes investigadores que poseen prudencia y experiencia adecuadas para no negar livianamente la existencia de los fenómenos de transporte, pero que sienten no poder acogerlos sin una construcción lógica de pruebas literalmente aplastantes y ello por fuerza de consideraciones a priori, de orden científico. Ahora bien, era en esta categoría de dubitativos, que merecen estima respecto de sus dudas, en quienes pensaba yo cuando me propuse escribir la presente monografía, visto que la falta de recopilaciones de casos de transporte, coordinados y comentados,

los priva del material bruto de hechos indispensables que les ayuden a vencer las vacilaciones, en apariencia más que justificadas, persuadiéndoles de que los fenómenos en aprecio no solo existen, sino que son perfectamente conciliables con las leyes fundamentales e indeclinables de la naturaleza.

Uno de estos eminentes hombres de ciencia, también una autoridad en el campo de las disciplinas metapsíquicas, se mostró siempre libre de cualquier clase de prejuicios. Con esto aludo al afamado físico inglés profesor Oliver Lodge, que, como físico, no sabe cómo comprender el fenómeno de la penetración de la materia a través de la materia. En una conferencia impartida en Londres, en la sede de la London Spiritualist Alliance, se expresó en los siguientes términos:

Y ahora os diré que el fenómeno que no llevo a concebir es el de desintegración de la materia. Pero ¿esto se produce, realmente? Sabéis que en el caso de los transportes en ambientes herméticamente cerrados o en el caso de un objeto retirado de una caja bien cerrada y lacrada, los experimentadores explican que el objeto fue desmaterializado en un lugar y rematerializado en otro. Ahora bien, observo que hace varios siglos que la materia viene siendo estudiada, analizada profundamente y que, basados en los conocimientos adquiridos sobre ese asunto, parece excesivamente arduo suponer que los átomos que constituyen el objeto puedan – así lo diré – ser soltados y después repuestos en su sitio. Pero ¿podría ser que hubiese otra explicación para los transportes? Podréis hacerme la observación de que, en estos últimos tiempos, la naturaleza de la materia ha cambiado, mayormente de aspecto, para vuestra mentalidad y esto a causa de los descubrimientos hechos respecto de la constitución interior de los átomos, descubrimientos que os ayudan a comprender. Puede ser, pero yo no llevo a formar un concepto del fenómeno y, por más que me esfuerce, las dificultades continúan siendo insalvables. De ahí he llegado a la conclusión de que serán precisas pruebas excepcionalmente importantes y decisivas para convencerme de que el fenómeno de la desmaterialización es real. Y yo no sabría decir dónde se encuentra la mejor de las pruebas de tal naturaleza. Tal vez alguno de vosotros sepa más que yo respecto de esto, pues yo nunca he tenido la ocasión de asistir a experiencias que me convenciesen de la existencia de la desintegración y reintegración de la materia. (Light, 1927, pág. 184).

También el profesor Charles Richet se quedó perplejo y dudando del fenómeno de la penetración de la materia a través de la materia y, a consecuencia de esto, también a propósito de los transportes se pronunció, aunque en términos comedidos y prudentes. Escribe él:

Otro tanto oscura es la cuestión de los transportes, que subentienden el paso de la materia a través de la materia o incluso la creación de la materia: dos afirmativas que son igualmente extraordinarias... Tal fenómeno (el de la penetración de la materia) parece bastante dudoso. Posible, sí, ciertamente, pero hasta ahora no demostrado, pese a los relatos de las experiencias con Stainton Moses. Igual incertidumbre, o mejor, mayor incertidumbre, se nota a propósito de los transportes. No se conoce un solo transporte cuya realidad esté seriamente probada. Por el contrario, casi siempre, cuando se analiza con severidad la narración de tales experiencias, se hace patente que hubo fraude, como sucedió con Bailey y con Anna Roth. Entendámonos: yo no niego los transportes. Daría prueba de una temeridad imperdonable negando la posibilidad de cualquier fenómeno en metapsíquica. Me limito, pues, a afirmar que la realidad de los transportes aún no está experimentalmente demostrada. Las materializaciones de manos están absolutamente demostradas. Pero en lo que atañe al paso de la materia a través de la materia o al fenómeno análogo de los transportes, ninguna prueba satisfactoria ha sido dada hasta ahora, y, siendo así, será prueba de prudencia reservarse el propio juicio al respecto.

También mi amigo, ingeniero Stanley De Brath, director de la Revista inglesa y autor de varias obras metapsíquicas de notable valor científico y filosófico, se quedó perplejo ante los fenómenos de transporte, aunque, a su vez, se guarde bien de negarlos y reconozca que algunos entre ellos no pueden ser explicados por el fraude, pero, frente a la cuestión de la enorme energía necesaria para lograr la desintegración de la materia, que se impone sobre todo a los hombres de ciencia especializados en Física, también De Brath duda y recalitra.

Escribe él acerca del asunto en cuestión:

Se llega, en fin, a la cuestión de los transportes, respecto de los cuales aún no me declaro plenamente satisfecho. En el número de enero de la *Psychic Science* fue publicado un relato de Bozzano sobre el transporte de un pequeño bloque de pirita que se hallaba

encima de su mesa de despacho, a dos kilómetros del lugar donde se hacía la experiencia. En tal circunstancia había faltado la fuerza necesaria para reintegrar la materia del objeto y se encontraron los muebles y los experimentadores cubiertos de finísima capa de polvo de azufre. Pues bien, el fenómeno de la desintegración exige una suma de energía tan formidable que, para mí, tal dificultad se transforma en una objeción casi insoportable. Con todo, es verdad que en las experiencias químicas un trozo de metal puede disolverse en el ácido nítrico y formar un nitrato en el cual todos los átomos del metal desaparecen, aunque estén presentes, en forma invisible, en la solución. Todo esto demuestra que pueden existir medios de desintegración que no reclamen gran dispersión de energía.

En otra parte de la misma Revista (pág. 83), argumenta él sobre el mismo tema:

El hecho por el cual queda demostrado que un átomo, que está constituido por protones y electrones, contiene dentro de sí mismo más espacio que sustancia no nos ayuda mucho a comprender la posibilidad del paso de la materia a través de la materia.

Y en un fascículo anterior de la misma Revista (pág. 8), había dicho:

En lo concerniente a los fenómenos de transporte, nos hallamos todavía en el período en que se debe demostrar que ellos realmente se producen. Bajo cierto punto de vista, las sesiones de Millesimo son importantes, pero los experimentadores no deben olvidar que las pruebas demostrativas de la existencia real de los transportes no equivalen a un décimo de las pruebas que existen en favor de la fotografía trascendental, la cual aún no ha sido aceptada como demostrada por muchos investigadores en metapsíquica.

Como se ve, las dudas y la perplejidad del ingeniero Stanley De Brath tienen como causa las mismas consideraciones de orden científico formuladas por el profesor Oliver Lodge. No seré yo quien osará discutir sobre energía física con dos sumidades especializadas en tal rama de la ciencia, y, por el contrario, declaro que comprendo toda la fuerza de su objeción sobre el enorme empleo de energía para obtener la desintegración y la reintegración instantánea de cualquier objeto, sin embargo... Como hechos son hechos, se sigue que, desde mi punto de vista, el debate no puede ser sobre la cuestión del génesis de la energía necesaria para

desintegrar un transporte, sino únicamente respecto del mejor modo de convencer a los eminentes hombres de ciencia antes mencionados, de que los fenómenos de transporte son reales, realísimos. Después de haber conseguido esto, llegará la vez de discutir a fondo e intentar penetrar el gran misterio implícito en el hecho de que un fenómeno físico, que reclama enorme suma de energía imposible de extraer del médium y de los asistentes, sucede, a pesar de nuestra incapacidad para comprenderlo.

Y, en mi opinión, se deberá terminar por admitir que, en el caso de los transportes, no se trata solamente de energía física, sino, sobre todo, de energía psíquica, liberada por un acto de voluntad subconsciente o exterior.

¿Qué sabemos nosotros de las presumibles reservas de energía existentes, en potencia, en el espíritu humano, capaces de producir, en la materia, explosiones formidables de energía física? Apunto, a propósito, que, si se admite que la voluntad subconsciente o extrínseca puede llegar a tales cumbres portentosas de potencialidad para materializar casi instantáneamente un fantasma, extrayendo la sustancia necesaria del organismo del médium y de la atmósfera, ciertamente no es de maravillar si la misma voluntad llega a realizar el prodigio, bastante más modesto, de desintegrar un objeto.

Y, a propósito de la suma formidable de energía física presumiblemente liberada por un acto de voluntad subconsciente, no será inútil que yo cite un fragmento de cierto mensaje trascendental que hace referencia a tal asunto: las buenas ideas y las elucidaciones personales en torno al misterio del ser son siempre bienvenidas de donde quiera que vengan, visto que su valor es intrínseco. En una recopilación de revelaciones trascendentales en que se dan enseñanzas espirituales caracterizadas por una penetración filosófica y científica altamente impresionante y sugestiva, recopilación que se titula *The New Nuctemeron* (médium Sra. Marjorie Livingstone, espíritu comunicante Apollonius Tyana), se argumenta en los siguientes términos sobre la cuestión:

La Materia es interpenetrada por la Fuerza y el único Poder capaz de controlarla es la Fuerza correspondiente e inmanente en el Espíritu humano. Tal Fuerza es el Elemento de la Vida, la cual se origina de Dios y, en consecuencia, confiere a la humanidad absoluto dominio sobre la Materia. No solo esto, pues el Elemento

de la Vida tiene el poder de renovar sus propias reservas, sustrayendo Fuerza al Infinito...

Los hombres de ciencia van orientándose rumbo al descubrimiento de tal Fuerza, pero no les será concedido alcanzar el objetivo mientras la humanidad no esté bastante madura para el gran acontecimiento... En las condiciones actuales en que viven los pueblos sería peligroso, incluso peligrosísimo, si el hombre descubriese su propia omnipotencia sobre la Materia. En los tiempos de hoy, los pueblos aún están dominados y obsesivos por el instinto del Mal y, mientras no se encuentren redimidos de tan degradante estado del alma, es indispensable que el hombre, para su propia salvación, ignore su omnipotencia subconsciente, porque, si así no fuese, de ella se serviría para destruirse a sí mismo, a la humanidad y a la Materia, que es condición de Vida para él.

Estas son las afirmativas de la personalidad espiritual comunicante. ¡Qué profunda verdad se oculta en las últimas consideraciones expuestas! Es ciertamente verdad que, en el momento presente, en que asistimos aterrorizados a una bárbara porfía entre las naciones a fin de descubrir el gas asfixiante más eficaz para destruirse recíprocamente en una guerra mundial, no solo en las fronteras, sino donde quiera que exista un centro habitado en toda la extensión de un Estado – digo la verdad – si le fuese concedido al hombre descubrir la Fuerza Cósmica, puesta al servicio de la voluntad humana, de ella se aprovecharían los pueblos para anularse mutuamente.

Desde el punto de vista que directamente nos atañe, observo que el referido dominio de la Voluntad sobre las Fuerzas Cósmicas, dominio que debería considerarse en su doble manifestación Anímica y Espírita, nos revelaría el origen de la enorme suma de energía empleada en el fenómeno de la desintegración y reintegración instantáneas de los objetos transportados; o en el otro fenómeno de materialización de los fantasmas con desintegración y reintegración parcial e instantánea del cuerpo del médium; y, en menor grado, en el fenómeno de la levitación de personas o de mesas pesadísimas, lo cual estaría en perfecto acuerdo con lo que ya se conocía experimentalmente acerca del Pensamiento y la Voluntad en el mundo de los vivos.

Basta. Volviendo al asunto en pauta, observo que, aunque se quisiera hacer abstracción de las consideraciones expuestas, sigue estando claro siempre que el mejor modo de vencer la controversia

científica en discusión es el de demostrar, con pruebas de hecho, variadas y cumulativas, la existencia real de los fenómenos de transporte, por eso la presente clasificación es lo que de más práctico se podría oponer a las dudas científicas formuladas por los profesores Oliver Lodge, Charles Richet y Stanley de Brath.

Hallándose las cosas en estos términos, me alegro de que mi trabajo, en el cual se encuentran reunidos y comentados seis casos importantes relativos al fenómeno de la penetración de la materia a través de la materia y treinta casos de transporte, que en realidad llegan a un ciento, visto que muchos de los casos en aprecio son los resultados de varias experiencias. Me felicito, digo, porque será notablemente provechoso para los eminentes científicos mencionados, concurriendo valiosamente a disipar en sus mentes las legítimas perplejidades teóricas por ellos formuladas. A este propósito, me apresuro a indicar al profesor Charles Richet que los episodios aquí considerados difieren radicalmente de aquellos a que él se refiere, citando a los médiums Bailey y Anna Roth, y difieren radicalmente por cuanto los episodios por mí reunidos, en gran parte, han sido obtenidos por encargo y porque fueron los objetos de proporciones tan grandes que no podrían ser ocultados en parte alguna; o se demostraron de tal género que no podrían ser conservados integrales bajo el cuerpo de la persona (recuerdo los transportes de hielo y nieve); o han sido conseguidos a plena luz, en fin, porque se ha podido asistir a la fase de reintegración del objeto transportado. Todas esas circunstancias excluyen, de modo definitivo, cualquier posibilidad de fraude.

Con esto considero agotada la discusión sobre la finalidad que me he propuesto en el presente trabajo y en cuanto al método de pesquisa adoptado para llegar a esa finalidad. Resta recordar que, en los comentarios a los casos por mí referidos, he tenido el cuidado de acumular pruebas sobre pruebas para la demostración de otra verdad incontestable: la de que los transportes se producen por fuerza del proceso, casi instantáneo, de desintegración y reintegración que parece tan arduo a los eminentes científicos ya citados, proceso que algunas veces asume forma inversa con la desintegración y reintegración de un boquete en puertas y paredes, lo cual no cambia la esencia del fenómeno. Por brevedad no resumiré aquí toda la adecuada argumentación desarrollada en el texto en demostración de tal verdad, limitándome a recordar las consideraciones principales: en primer lugar, la circunstancia de

que los transportes de piedra o de metal, bastantes veces fueron encontrados tibios, calientes o ardientes, según la estructura atómica de los mismos objetos, lo cual, sobre la base de las transformaciones físicas, debe producirse si nos hallamos frente a un fenómeno de desintegración y reintegración rapidísima de los átomos constituyentes de la materia.

Noto a propósito que no se podría encontrar otra explicación para el fenómeno térmico en aprecio, fuera de esta aquí considerada; y este es un detalle de gran elocuencia demostrativa.

Recuerdo, en segundo lugar, los casos referidos de experimentadores que, a plena luz, asistieron al fenómeno de reintegración del objeto transportado, y es este también un detalle de importancia resolutiva. Recuerdo, en tercer lugar, la circunstancia de que, al ser interrogadas al respecto, las personalidades mediúmnicas (que deberían saber lo que hacen y cómo lo hacen) informaron de manera concorde, que desmaterializaban y rematerializaban los objetos transportados o bien una sección adecuada de las puertas o paredes, concordancias estas bastante importantes, tanto más que los médiums por cuyo intermedio se obtuvieron las explicaciones, ignoraban absolutamente que entidades mediúmnicas hubiesen dado antes informaciones idénticas. Añado, en fin, que recientemente, por iniciativa del British de Londres, se llevaron a cabo numerosas tentativas a fin de fotografiar los transportes en el mismo instante en que se reintegraban, y con la mediumnidad del Sr. Lynn (un minero), se obtuvieron varias fotografías muy animadoras. Entre otras cosas, se llegó a fotografiar una cucharilla de sal en el momento mismo en que se materializaba. En esa fotografía, publicada en el número de julio de 1929 de la *Psychic Scienza*, se observa que la cucharilla está provista de un largo pedúnculo retorcido, el cual, presumiblemente, se liga al médium y sirve para proporcionar la energía necesaria para el trabajo.

Me parece, por tanto, que ha de considerarse también resuelta esta cuestión de las modalidades con que se llevan a cabo los fenómenos de transporte. Naturalmente, al afirmar esto, no tengo intención de presumir que los hombres de ciencia hayan de considerarse compensados de cuanto hayan hecho, hasta ahora, en esta parte de las pesquisas psíquicas; muy por el contrario, tienen ellos el deber de recomenzar la cuestión por propia cuenta, experimentando pacientemente, analizando y controlando los

resultados logrados por sus predecesores, puesto que solamente la eficacia cumulativa de un gran número de experiencias concordantes puede conferir a un fenómeno, aún no conquistado por la ciencia, el valor experimental exigido. Esto, no obstante, no impide que en el restringido ambiente de los iniciados en las investigaciones metapsíquicas, es decir, en el terreno de los competentes en el tema, no se pueda reconocer, desde ahora, el valor incontestable de las pruebas proporcionadas por los casos aquí considerados. En cuanto a los no iniciados en la nueva ciencia, esos podrán esperar y es bueno que esperen.

Termino refiriéndome de paso a la cuestión teórica vertiente sobre el génesis presumible de los fenómenos de transporte. A este propósito, me apresuro a observar que los fenómenos en examen, por ser de orden físico, no pueden por sí mismos proporcionar pruebas directas en demostración de la existencia y supervivencia del espíritu humano, pero al mismo tiempo añado que la hipótesis espírita no tiene necesidad de los transportes para ser demostrada.

De cualquier modo, los fenómenos de transporte podrían proporcionar buenas pruebas indirectas en tal sentido, llevando en cuenta que se realizan con el auxilio de facultades supra normales inherentes a la personalidad integral subconsciente, así como inherentes ya se revelaron las facultades de clarividencia en el presente y en el futuro. Todo esto significa que, en la personalidad humana integral se encuentran, en estado latente, potencialidades maravillosas de toda especie, que no teniendo finalidad alguna durante la existencia terrena, habrán de considerarse actividades y facultades espirituales en estado latente en la subconsciencia, a la espera de emerger y ejercitarse en un ambiente apropiado después de la crisis de la muerte. Ya lo he afirmado repetidas veces: el Animismo demuestra el Espiritismo y, si no hubiese fenómenos anímicos, faltaría base al Espiritismo.

No ignoro que un eminente fisiólogo, benemérito de las disciplinas metapsíquicas en cuanto que siempre ha afirmado valerosamente la existencia real de una casuística supra normal, aun sin renunciar a sus convicciones teóricas en torno a que el pensamiento es función del cerebro, no ignoro que ese fisiólogo ha intentado recientemente explicar biológicamente la existencia de las facultades supra normales subconscientes, presuponiendo que

éstas representan un sexto sentido en gestación, que se preparaba para emerger y fijarse establemente en la especie humana. No mencionaré aquí las observaciones de hecho, de orden biológico, fisiológico, etnológico, histórico y metapsíquico que contradicen, de modo resolutivo, tal punto de vista; y no lo haré porque demasiadas veces ya las he discutido en otros trabajos míos.

Me limito, por tanto, a considerar la hipótesis del sexto sentido bajo otro punto de vista y es que todo concurre para demostrar que las facultades supra normales subconscientes nunca se tornarán normales y esto porque son inconciliables con las condiciones en que se realiza la vida terrena.

Si la clarividencia en el presente y en el pasado, combinada con la lectura del subconsciente ajeno se volviese un sentido biológico, en tal caso quedarían para siempre violadas y demolidas las condiciones esenciales a toda convivencia social, lo cual quiere decir que los secretos más íntimos y más celosos con que se desarrolla la vida privada individual, conyugal, familiar, estarían a merced de todas las comadres chismosas y de todos los holgazanes del vecindario.

Y, si la clarividencia en el futuro se convirtiese, a su vez, en un séptimo sentido, quedaría paralizada toda iniciativa humana y cada individuo no tendría sino que cruzar los brazos, esperando fatalmente desarrollarse y cumplirse matemáticamente su propio destino, previsto e inevitable; y si los fenómenos de transporte se convirtiesen en un octavo sentido, entonces cada cual podría tomar impunemente del prójimo todo cuanto le agradase: haberes, tesoros, riquezas. Y me parece que basta.

Noto que, de las observaciones expuestas, surge otra consideración más, rigurosamente lógica, aunque bastante curiosa, y es que solamente a los propugnadores de la existencia y supervivencia del alma está racionalmente concedido afirmar el origen subconsciente de los transportes, de las premoniciones, de las profecías, de las visiones clarividentes en el presente y en el pasado, así como de los fenómenos de ideoplastia. A los positivistas-materialistas no está lógicamente concedido atribuir las manifestaciones en aprecio a los poderes de la subconsciencia sin caer en una enorme contradicción de términos, visto que con eso tendrían que admitir que existen, en la subconsciencia, facultades supra normales maravillosas, emancipadas de los vínculos del

tiempo y del espacio, pero destinadas a permanecer siempre subconscientes e inútiles como inconciliables con las condiciones en que se verifica la existencia humana.

Se sigue de ahí que los positivistas-materialistas no podrán sustraerse, en modo alguno, a las consecuencias lógicamente desastrosas y, al mismo tiempo, inevitables, de la objeción aquí expuesta.

De hecho, ¿para qué otras finalidades existirían entonces en la subconsciencia humana las facultades supra normales? ¿Cómo justificar su génesis, desde el punto de vista biológico? ¿No queda tal vez clara la gran verdad arriba presentada, es decir, que ellas representan sentidos y facultades de la existencia espiritual destinados a emerger y ejercitarse en ambiente apropiado, después de la crisis de la muerte? Pero, al mismo tiempo, ¿no queda, igualmente claro, que un positivista-materialista no podrá nunca, por una comodidad teórica, afirmar la existencia de esas facultades sin caer en una enorme e insostenible contradicción de términos? Repito pues, que, desde el punto de vista aquí considerado, se habrá de llegar a la conclusión de que solamente los espiritualistas tienen pleno derecho a afirmar que una parte de las manifestaciones a examen tienen, presumiblemente, origen en los poderes de la subconsciencia ya que, así afirmando, vienen simplemente a reconocer que el hombre es también un espíritu encarnado y, en consecuencia, que, en determinadas condiciones especiales de disminución vital del organismo, sus facultades espirituales subconscientes llegan a emanciparse en parte de los vínculos de la carne, emergiendo, por momentos fugaces, al umbral de la consciencia normal.

Queda, pues, entendido que únicamente los espiritualistas son lógicos cuando atribuyen a los poderes de la subconsciencia una parte de los fenómenos portentosos inherentes a la casuística metapsíquica, mientras que los positivistas-materialistas no pueden hacer otro tanto sin caer en una enorme herejía científica, según la cual existirían, en la subconsciencia humana, facultades psíquicas y actividades supra normales muchísimo superiores a las normales, que serían literalmente inconciliables con la evolución biológica de la especie y no tendrían finalidad alguna, salvo la de emerger esporádicamente de la subconsciencia en períodos de éxtasis psíquico en los individuos, pero más especialmente en las crisis de enfermedades graves y en el momento pre agónico. ¿Por qué?

¿Para qué? Ningún positivista-materialista conseguirá jamás desembarazarse de esa confusión de cuestiones insolubles, lo cual equivale a reconocer que a los negadores de la supervivencia no resta otra vía de salvación que negarse ciega y obstinadamente a admitir la existencia de una casuística supra normal.

Esto establecido, reconoce, basado en el análisis comparado de los hechos, que se debe tener como presumible que una parte de los fenómenos de transporte tiene origen en un acto de voluntad de la personalidad subconsciente del médium, lo cual, repito, no debería pasmar grandemente cuando se tienen en cuenta las consideraciones expuestas. Quiero decir que, si el espíritu humano sobrevive al cuerpo, entonces el hombre es un espíritu, incluso cuando está todavía encarnado, y, siendo así, nada más natural que en las crisis de disminución vital a que puede estar sujeta una persona (y el trance es un estado producido por minoración vital), deban emerger, en momentos fugacísimos, sus facultades espirituales con la producción de manifestaciones supra normales, del mismo modo que tales facultades ya emergían espontáneamente durante el sueño natural, el desmayo, el éxtasis, la hipnosis, la narcosis y el coma.

De estas consideraciones se esboza otra, por la cual somos llevados a reconocer que, si así es, entonces se deberá lógicamente admitir que lo que puede realizar un espíritu encarnado debe poder realizarlo, aún mejor, un espíritu desencarnado, de ahí la inferencia inevitable de que si muchos transportes son de orden subconsciente, otros deben ser de naturaleza espírita, lo cual lleva a la conclusión de que la cuestión vertiente sobre el génesis de los fenómenos de transporte no es cuestión que se pueda resolver a golpe de sentencias dogmáticas a favor o en contra de su interpretación espírita, sino que han de resolverse analizando, minuciosamente, caso por caso. A título de ejemplo, recuerdo que, en nuestras experiencias de doce años sobre los fenómenos en referencia, de las cuales he proporcionado ejemplos en esta clasificación, sucedió cierta vez que se manifestó una entidad espiritual de un turco (caso XVI) que se expresó en lengua turca (lo cual conseguimos comprobar) y, cuando le pedimos que trajese un objeto cualquiera de su país, cayó tintineando en el suelo una moneda turca.

Ahora bien, observo que, si llevamos en cuenta que ninguno de los presentes conocía la lengua turca, nos hallamos racionalmente

en la obligación de admitir que, en tal circunstancia, había intervención de una entidad extrínseca al médium y a los presentes y, si así es, entonces también el transporte de la moneda turca deberá ser atribuido a la misma entidad espiritual y no a la personalidad integral subconsciente del médium.

Resalto además otra circunstancia de hecho, que me parece de tal modo importante y sugestiva que fuerza a reflexionar seriamente antes de atribuir la facultad de producir los transportes a la personalidad subconsciente del médium. Tal circunstancia ha quedado ya patente en el episodio ocurrido, en nuestras experiencias con Eusapia Paladino (caso XII), en el cual el espíritu-guía, después de haber traído un gran pan, lo llevó súbitamente de vuelta y, cuando le pedimos que lo volviese a traer, observó: Pertenece a la panadería que está cerca de aquí. Si quieres quedarte con él, dame dos sueldos. En este caso yo había observado que el acto de escrupulosa honradez de que había dado prueba el espíritu-guía de Eusapia Paladino, se extendía por regla general a las personalidades mediúmnicas que dirigen los fenómenos de transporte, según se observa el modo en cómo se producen todos los casos; y la naturaleza de los objetos transportados demuestra todo esto de manera impresionante. Terminaba yo declarando que me reservaba para comentar, en las conclusiones, tal circunstancia de hecho, que asumía gran importancia teórica desde el punto de vista del génesis presumible de buena parte de los fenómenos de transporte.

Cumplo ahora mi promesa. Y observo, ante todo, que los opositores a la hipótesis espírita, cuando discuten respecto de los transportes, se valen de la circunstancia de que los objetos transportados son insignificantes y privados de valor comercial, y que machacaron más que nunca en el hecho, para ellos evidentísimo, de que los fenómenos en cuestión no pueden tener otro origen sino un acto de voluntad subconsciente. Y hacen resaltar, a propósito, cuánto parece absurdo e inverosímil que una entidad espiritual nada mejor tuviese para dejar como donativo a los vivientes que una piedra, un ramito, una perla falsa, y así sucesivamente. Pues bien, tal circunstancia de hecho se traduce, por el contrario, en la más formidable objeción que se pueda lanzar contra la tesis del origen subconsciente de los fenómenos de transporte.

A tal propósito conviene, ante todo, recordar que las personalidades mediúmnicas explican el hecho de la escasez de valor comercial de los objetos transportados, observando concordantemente que eso sucede porque no les es lícito hurtar; y algunas veces añaden que podrían buscar objetos de valor no pertenecientes a nadie, pero que les está prohibido hacerlo porque no se deben prestar a satisfacer una baja avidez de lucro.

Reconozco que un análisis superficial de las explicaciones expuestas llevaría a considerarlas como disculpas desharrapadas, forjadas para ingenuos por las personalidades sonámbulas subconscientes, pero un análisis más profundo de dichas explicaciones conduce, por el contrario, a conclusiones diametralmente opuestas.

Reflexionemos por un momento. Cuando, efectivamente, la explicación en masa de los fenómenos de transporte tuviese que ser buscada exclusivamente en la hipótesis anímica, es decir, en las facultades supra normales inherentes a la personalidad integral subconsciente del médium, queda claro que, en tal caso, no debería haber otras restricciones en la elección de los objetos a transportar que las relativas al volumen y peso de dichos objetos, es decir, que si las voluntades reunidas del médium y de los presentes se hallasen de acuerdo en desear el transporte de un determinado objeto, ese debería infaliblemente ser transportado a sus pies, lo cual debería verificarse indiferentemente, tanto en el caso de que el objeto perteneciese a uno de los presentes, como en el caso de que perteneciese a extraños, tanto si se tratase de una moneda de cobre como si fuese una de moneda de oro, tanto de una tarjeta de visita como de un billete de banco, tanto de una perla falsa como de una verdadera.

Por el contrario, todos saben que tal equivalencia entre los objetos transportados no existe, es decir, si un experimentador deseara el transporte de una moneda de cobre, de una tarjeta de visita especial, de una perla falsa, él muy frecuentemente vería su deseo atendido; pero cuando, por el contrario, deseara intensamente el transporte de una moneda de oro que no fuese suya o de un billete perteneciente a otra persona, o una perla genuina que hubiese de ser sustraída en una casa comercial, él no podría esperar nunca que su codicia fuese satisfecha... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué relaciones existen entre un fenómeno mediúmnico de orden físico y los dictámenes de la ética? ¿No queda claro que,

si una relación existe entonces el hecho se muestra literalmente inexplicable por la hipótesis del subconsciente? Y ¿no queda, por el contrario, del mismo modo claro que la relación en aprecio es muy plausible, basándose en las explicaciones proporcionadas por las personalidades mediúnicas? En otros términos: si el génesis de los fenómenos de transporte fuese puramente anímico, en tal caso los tesoros de los escriños ajenos deberían ser transportados a los pies de los experimentadores que los deseasen; pero como semejante portento, aunque deseadísimos por buen número de médiums y experimentadores, no se ha producido nunca y nunca se realizará en la práctica, ¿cómo explicar las severas restricciones de orden moral que gobiernan los transportes, sin exorbitar de la hipótesis anímica?

Nota final

Las consideraciones expuestas resultan de tal eficacia persuasiva en favor del origen extrínseco de los fenómenos de transporte que inducen al autor a suspender su propio juicio, por cuanto no siente urgencia alguna en atribuir los transportes a la intervención extrínseca. Cuanto más se reflexiona sobre la circunstancia misteriosa a examen, tanto menos se llega a concebir cómo sea posible explicarla sin recurrir a la hipótesis espírita.

Concluyo, por tanto, invitando a los propugnadores irreductibles de la hipótesis anímica a dignarse a esclarecerme al respecto.

NOTA FINAL

El profesor Charles Richet tuvo la gentileza de comunicarme un caso de transporte por él mismo registrado, caso cuyo valor teórico es enorme, motivo por el cual le manifiesto públicamente mis más vivos agradecimientos.

Para ilustración de los hechos, reproduzco aquí cierto fragmento de la carta con que el prof. Richet acompañó la narración del caso en cuestión.

Apreciado Colega,

He aquí un acontecimiento que os relato y que cabe enteramente en vuestros escritos sobre los fenómenos de transporte.

Está inédito. Si os interesa, podéis publicarlo.

La persona que me lo narró es uno de mis excelentes amigos, en el cual deposito absoluta confianza.

Se trata del Vizconde Saúl de Vitray, nieto de la famosa condesa de Ségur (Rostopchine de soltera), que escribió tantos libros encantadores para los niños, libros que han sido ciertamente traducidos al italiano.

Este caso (todavía inédito) me parece muy curioso.

Desgraciadamente el conde y la condesa de Vitray no continuaron sus experiencias. Después del transporte de su hijito, tuvieron miedo y cesaron en las experiencias...

Relato del vizconde Saúl de Vitray-Ségur

Estas son las manifestaciones que se verificaron en Buenos Aires, en el año de 1891.

Nos reuníamos cuatro personas para interrogar a la mesa mediúmnica, cosa por nosotros considerada como pasatiempo.

Las sesiones se hacían en un vasto aposento débilmente iluminado por la luz exterior, lo cual determinaba una oscuridad relativa y permitía el control de nuestros movimientos. En el transcurso de una de esas sesiones ocurrió posarse, encima de la mesa, un gran puñado de violetas de Parma, con flores y tallos entrecruzados. Podía pesar bien un kilo.

Preguntamos al espíritu que manejaba la mesa cuál el origen de semejante regalo, en pleno invierno, y se nos contestó que las violetas habían venido de Mar del Plata, lugar de veraneo de los habitantes de Buenos Aires, sito a más de 250 kilómetros de distancia de la Capital.

Ante nuestro asombro, el espíritu, por la mesa, añadió: Para hacer penetrar las flores en la sala, les descompose la materia para después reconstituirla. Tal explicación aumentó nuestro interés, en vista de lo cual le pedimos: Traednos un billete de banco. Transcurrido breve instante, un golpe sordo nos avisó de que el fenómeno ya se había producido. Encontramos, de hecho, encima de la mesa, un billete nuevecito de cinco céntimos, división mínima de la moneda de aquella época.

Ya era un bello resultado, pero pedimos enseguida: Traednos un billete de 1000 piastras. Ante tal petición, por la mesa él contestó: No puedo hacerlo, pues sería un hurto. Les he traído un billete de cinco céntimos, que retiré de la caja-fuerte de un banco, porque considero insignificante el perjuicio causado, pero en una suma importante, no puedo operar.

Animados por los resultados obtenidos, continuamos interesándonos por el juego y, a petición, los más diversos objetos existentes en la sala levantaron vuelo y vinieron a depositarse encima de nuestra mesita. Cuando el leve ruido, producido por el objeto transportado, nos avisaba de que el fenómeno se estaba realizando, encendíamos una cerilla y encontrábamos el prodigio. Por encargo nuestro, los mismos objetos, consistentes en naderías de toda clase y llaves de las cerraduras, volvían a tomar sus respectivos lugares.

Sucedía algunas veces que, ante nuestras peticiones demasiado exigentes, no daba respuesta durante varias horas, pero la larga espera no nos cansaba y proseguíamos en nuestro interesante pasatiempo.

En una de esas sesiones, que ya duraba tres horas y se había prolongado hasta las 11 de la noche, el espíritu que operaba, por la mesa y evidentemente enfadado con nuestra insistencia, nos ordenó: Tratad de cenar y después volved aquí.

Nos levantamos entre risas y bromas y nos dirigimos al comedor, situado al fondo de una hilera de habitaciones, de las cuales la última era nuestro dormitorio y servía, al mismo tiempo, de sala para las sesiones. Allí se hallaba adormecido nuestro hijito en su camita de hierro, rodeada de una barandilla alta. Nuestro pequeño Pablo, que la guerra de 1914 nos arrebató para siempre, tenía entonces nueve meses y todavía no andaba.

Para mejor comprensión de lo que sigue, adelanto que habíamos dado permiso al ama y que en apartamento no dormían criados. Nosotros los cuatro, los evocadores del espíritu, éramos, con el niño, las únicas personas presentes.

Terminada la cena, tomé un quinqué de petróleo y, precediendo a los demás, me dirigí a la sala de las sesiones, en la cual, como he dicho, habíamos dejado adormecido a nuestro hijito, cuando, inesperadamente, divisé, en el cuarto contiguo, acurrucado cerca de una silla, en medio del cuarto, a nuestro pequeño Pablo, con los ojos cerrados, lloriqueando de sueño.

Tal espectáculo inaudito arrancó de todos nosotros expresiones de horror, principalmente por el hecho de haber sido el niño transportado, hacia aquel punto, por una fuerza desconocida.

Este acontecimiento imprevisto fue causa de que desistiésemos, para siempre, de nuestras experiencias.

Firmado)

Vizconde Saúl de Vitray-Ségur.

Este interesantísimo relato que me fue enviado por el prof. Richet, el transporte del niño de un cuarto para otro, no hay duda de que es importante, pero desde el punto de vista teórico, tal importancia es bastante inferior a la que está implícita en el fenómeno de transporte de un billete de banco de ínfimo valor, combinado con la respuesta obtenida por los experimentadores cuando pidieron el transporte de un billete de gran valor.

Y la importancia del incidente en aprecio está en relación directa con mis consideraciones precedentes sobre el hecho de que las personalidades mediúmnicas, que atienden a los experimentadores cuando piden una tarjeta de visita, no lo hacen cuando solicitan un billete de banco u otros objetos de valor, consideraciones fundadas inamoviblemente en resultados obtenidos durante ochenta años de experiencias en el mundo entero, pero que han tenido siempre la mala suerte de no satisfacer plenamente a algunos críticos sofisticados, según los cuales las consideraciones expuestas no eran confirmadas por un ejemplo en el cual quedase prácticamente demostrada la capacidad de las personalidades mediúmnicas de transportar, bajo petición, un billete de banco.

Y he aquí que se verificó el fenómeno solicitado, sin con ello contradecir, en modo alguno, mis conclusiones, o mejor, antes por el contrario confirmándolas admirablemente, con la respuesta proporcionada por el espíritu a los experimentadores, que pidieron el transporte de un segundo billete, éste de mil piastras. El espíritu, de hecho, contestó: No puedo hacerlo, pues sería un hurto. He traído un billete de cinco céntimos, que he retirado de la caja-fuerte de un banco, porque considero insignificante el perjuicio causado, pero, en una suma importante, no puedo operar. En estas últimas palabras se halla una aserción muy sugestiva y también concuerda con lo que he expresado en mis conclusiones. ¿Por qué entonces

no podía él operar cuando se trataba de un billete de gran valor? ¿Quién se lo impedía? ¿No queda claro que tales palabras confirman exactamente las afirmativas de tantas otras personalidades mediúmnicas que aseguran que entidades superiores les prohíben hacerlo? Y en homenaje a la lógica ¿no somos obligados a reconocer: si los fenómenos de transporte se verificasen tan solo gracias a las facultades supra normales subconscientes, los deseos combinados de médiums y asistentes no habrían de tener, por consecuencia, el ponerles ante los pies los tesoros de los cofres ajenos?

Añado que en el modo de proceder de las personalidades mediúmnicas se nota otra particularidad, más que nunca elocuente en el sentido espiritualista, y es que las mismas personalidades se niegan, otrosí, a transportar objetos de valores diversos no pertenecientes a nadie, informando a los experimentadores de que les está prohibido hacerlo porque no deben prestarse a satisfacer la baja avidez de lucro. ¿Cómo esclarecer, por la hipótesis del subconsciente, este escrúpulo casi exagerado, de las personalidades mediúmnicas en la observación de reglas austeras de una perfecta moralidad?

¿Se pretendería quizás que estas admirables aplicaciones de ética evangélica sean siempre herencia común de todas las personalidades subconscientes? Contesto que nunca podría entender que, en la subconsciencia de un ladrón arramblador de cofres, haya una personalidad tan pura y acrisolada que le rehusase la posesión de valores que a nadie pertenecían. Pero hay otra cosa más que resaltar a tal propósito, pues al reflexionar en que los metapsíquicos-materialistas consideran a las personalidades mediúmnicas como creaciones efímeras del pensamiento colectivo, entonces parece más que nunca enorme el absurdo de atribuir a personalidades ficticias de tal naturaleza principios morales sublimes, en abierto contraste con la voluntad colectiva generadora de esas personalidades. Y aunque uno quisiese refugiarse en la otra hipótesis propugnada por los referidos metapsíquicos-materialistas, según la cual las personalidades mediúmnicas serían manifestaciones proteiformes de la personalidad integral subconsciente de los médiums, personalidad provista de facultades supra normales capaces de producir los fenómenos de transporte, tendríamos siempre que indagar por qué una personalidad integral subconsciente, destinada

a extinguirse con la muerte del cuerpo, debería mostrarse tan evangélica, moralmente tan austera, tan indiferente al bienestar de la parte consciente de sí misma, ya que esta última, como la primera, está destinada a extinguirse con la muerte del cuerpo. Los romanos de la decadencia eran infinitamente más lógicos cuando exclamaban: Embriaguémonos con vino y amor, saboreemos los goces de la riqueza, pues la vida es breve y todo termina con la muerte.

Aunque se quisiera abrir mano de la única hipótesis lógicamente sostenible, aceptando la supervivencia (y por tanto la espiritualidad) de la personalidad subconsciente, para de ahí atribuirle la producción de los fenómenos de transporte, en tal caso sería más verosímil suponerla dotada de una elevación moral excepcional, pero quedaría siempre por resolver una cuestión literalmente inconciliable con la ética inmaculada con que se querría gratificarla, y es que no se sabría explicar cómo tal personalidad integral subconsciente podría mentir constantemente, insulsamente, infamemente, camuflándose a sí misma con las vestiduras de una sucesión de espíritus desencarnados, vinculados afectivamente a los presentes. Ni podría evitarse la dificultad observando que tal suceda por efecto de sugestión y autosugestión, ya que en este caso ya no se trataría de personalidad integral subconsciente del médium, sino de una personalidad sonámbula efímera; se ha notado, efectivamente, que la personalidad integral subconsciente emerge tan solo en los estados profundos de hipnosis y por lo tanto es sugestionable. Hallándose en estos términos las cosas, se sigue que no se podría gratificar a una personalidad sonámbula en extremo sugestionable, privada de voluntad, destinada a vivir una hora para después diluirse en la nada, con el atributo sublime de una moralidad perfecta.

Convengámoslo: todo concurre para demostrar que no se podría imaginar una prueba más eficaz que ésta, aquí considerada, para demostrar la intervención de las entidades espirituales en la realización de los fenómenos de transporte.

Repito, por tanto, mi desafío: Quien sea de parecer contrario quiera exponer públicamente sus razones y yo replicaré.

(1) Los términos técnicos son: apport y asport. Apport cuando el objeto es traído desde fuera hacia dentro, y Asport cuando se

lleva desde dentro para fuera, de modo que los neologismos aplicados a los casos de este género no tienen razón de ser. Transporte es el término ya consagrado y con esta designación me refiero a ambos casos, salvo en raras excepciones en que, para diferenciar, en el texto, aplico uno u otro, para mejor comprensión del lector (Nota de uno de los traductores).

Fin